María Bengoa

LAS DAMISELAS Y EL ESCRITOR

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Un encargo Noviembre de 2023

Primera parte. Mayusculitis(1970-1990)

- Bailarina
- Amor platónico
- Madera
- Actriz
- Cabezas
- Gatitos
- Huelguista

Segunda parte. Verbos irregulares(1980-2012)

- Cuaderno naranja Junio de 2003-Navidad de 2004
- Periodistas
- Suicida
- Concursante
- Premio

Tercera parte. Apoyo logístico(2012-2020)

- Cuaderno verde 2005-2008
- Guía
- Hostelera
- Secretaria
- Limpiadora

Cuarta parte. Geografía o historia(2014-2024)

- Penúltima conversación con el biógrafo Febrero de 2024
- Cuaderno de la muerte 2017-2024
- Última conversación con el biógrafo Abril de 2024
- Radióloga
- Matemática
- La última damisela

Epílogo

- El secreto
- Poema para después

Agradecimientos

Créditos

LAS DAMISELAS Y EL ESCRITOR

María Bengoa Lapatza-Gortazar

TUSQUETS EDITORES

A mi hermana Mar,
que nunca dejó de ser una damisela.
In memoriam

El escritor que aparece en estas páginas existió, pero las damiselas son producto de mi imaginación.

Como tantas esposas propulsé al marido hasta la divinidad y ahí lo sostuve.

ANNE CARSON

Un encargo
Noviembre de 2023

—Entonces, ¿usted les puso el nombre de «las damiselas»?

—Sí, fue cosa mía. Al principio las llamaba de otra forma, crías, criajas; pero a él no le gustaba, le parecía despectivo: «Suena a criadillas, a casquería». Por eso, cuando las fui conociendo, busqué otros nombres casi sin darme cuenta: pebetas, jovenzuelas, chiquillas, coralinas... Criajas era el que más me gustaba, pero se convirtieron en damiselas. Siempre fueron un colectivo para mí, era una manera de quitarles importancia.

—¿Todas eran mujeres jóvenes?

—Sí, ahora se han hecho mayores, pero entonces no lo eran. A algunas las conoció con quince años cuando él tenía cincuenta. Cuando yo entrevisté al escritor, las damiselas eran jóvenes, guapas, y hacían algo artístico. Una actuaba, otra bailaba, muchas escribían: eran poetas, periodistas. Había una fotógrafa, una profesora de yoga... Todas tenían muchos proyectos, ninguna madrugaba como yo.

Después de tantos años no sé qué pensarán; pero para cada una fue importante en sus vidas. Era un seductor a su manera, tenía la virtud de hacer que cada persona se sintiera única. Creo que muchas solo significaron para él un poco de entretenimiento y compañía. Escuchando a alguna hablar parece como si hubiera sido su novia. Pero él siempre lo negó, lo repitió hasta poco antes de

morir. Le hacía gracia cómo hablaba yo de las damiselas, hasta la propia palabra. Le halagaba que sintiera celos.

A finales de los años noventa, cuando lo entrevisté, me sorprendió verle en una foto antigua que me enseñó mi pareja de entonces. Era una foto de grupo en la que estaban los dos cuando ambos militaban en el Partido Comunista, en los setenta del siglo pasado. El escritor era el único hombre de cincuenta años entre jóvenes de veinticinco y treinta. Estaba sentado detrás de mi novio, a quien años después dejé por él. Y, delante de ambos, la mujer de uno de mis mejores amigos, Uriarte, una profesora que había sido modelo. La foto estaba tomada en la Librería Tango, un local que cerraron en la Transición donde organizaban actos vinculados al PC en el sótano. Allí había abogados, escritores, estudiantes, catedráticos, un teólogo..., mujeres y hombres sentados en las escaleras que bajaban hacia el sótano. Escuchaban atentos a alguien fuera de campo, no pude averiguar a quién; años después me enteré de que en aquella reunión clandestina el ponente hablaba de la necesidad de aceptar la diversidad sexual. En la fotografía el escritor no podía tener más de cincuenta años, pero estaba idéntico a cuando lo entrevisté en 1997, a los setenta y cuatro. De joven parecía más viejo; de mayor, más joven. Cuando nos conocimos, llevaba boina, pantalón de pana, camisa de cuadros, las mismas gafas de pasta negra que en la foto de la librería.

—Volvamos a las damiselas.

—Creo que les puse ese nombre cuando me cansé de la cantidad de amigas que tenía. A esas alturas admiraba su obra y su personalidad me fascinaba. Cuando llegaba a su casa de campo, comentábamos varios capítulos de su enorme manuscrito, llevaba pequeñas observaciones en notas adhesivas. Hablábamos sobre los textos, ese era el plan. Recuerdo dos palabras con las que se reía

mucho: anacoluto y mayusculitis. Abusaba tanto de las mayúsculas que me parecían una epidemia antigua e inventé ese nombre. Otro día, le señalé la falta de concordancia entre la primera parte de una frase y la segunda. Desde entonces, repetía la palabra anacoluto como un chiste. El lenguaje crea complicidad y enseguida empezamos a tener el nuestro. Después del trabajo, hablábamos sobre cualquier cosa. Así empecé a tener noticia de sus amigas y se me ocurrió numerarlas, eran tantas que no se acababan nunca, unas eran del periódico que fundó, otras del taller de escritura al que yo también asistí. Alguna había publicado en la editorial que creó con un amigo para vender libros a precio de coste. Otras, ni sé de dónde habían salido. Pero las damiselas tenían características en común y, salvo una, todas eran guapas. Lo siguen siendo. Me las fue presentando una a una.

Me intrigaba qué habría tenido con ellas, hice alguna indagación: la exmujer de uno de mis mejores amigos, profesora de Literatura, conocía al escritor. Pedí a mi amigo que hablara con ella y averiguara qué había habido con las damiselas. No se prestó. Solo dijo que su ex aseguraba que «no había habido tomate». Es lo que dijo en una cena, recuerdo la expresión porque fue la primera vez que la escuché.

Aquellas mujeres le llamaban mucho por teléfono, o quizás le llamaban poco, pero como eran tantas... El verano que empecé a frecuentar su casa con el manuscrito a vueltas (eran cuatro gruesos tomos encuadernados en guairo), siempre llamaban ellas, él escuchaba. Recuerdo que permanecía mucho rato sin decir palabra con los pies sobre el escritorio, sosteniendo el auricular con desgana. Aquel teléfono antiguo de baquelita era, como él mismo, de otro tiempo. Aparece en la foto de la primera entrevista que le hice. Sobre la mesa una manta, el teléfono negro, una naranja, él sentado

al escritorio... Las damiselas no paraban de hablar, él soltaba una palabra de vez en cuando. Alguna le llamaba del extranjero, de Londres, de Ámsterdam; otras, de Barcelona y Pamplona... Muchas eran de Getxo y de Bilbao.

A veces quedaba a comer con una de ellas en un chino. No hace mucho encontré anotada una dirección electrónica en un papel: damisela número dos TZ@hotmail2000.com. Apunté ese correo porque él me lo pidió. Aquel día comimos los tres juntos en el chino más antiguo de Bilbao, recuerdo que la chica se marchó a Navarra y le dejó su gato con un transportín. El gato se escapó enseguida, en cuanto lo dejó en la huerta, pero el transportín estuvo en el sótano mucho tiempo.

Aunque siempre andaba mal de dinero y era muy austero, se permitía pequeños gastos como ir a comer o al cine con las damiselas. Le querían de verdad, eran sus amigas. Se reía cuando le preguntaba si habían sido sus novias. Con frecuencia tenían problemas, recurrían a él cuando se escapaban de casa o rompían con su pareja. Se quedaban embarazadas de un hombre que se desentendía de ellas, alguna fue madre soltera. Le contaban cosas que no compartían con nadie más; después, a veces, él me las contaba a mí. Pero a la mayoría las conoció antes de que yo apareciera en su vida, era su refugio, las escuchaba y sabía transmitirles calma: a su lado cualquiera se sentía protegida. Para mí fue un profesor de felicidad, supongo que también lo fue para alguna damisela. Habría que preguntárselo a ellas, no sé si querrán hablar; pero creo que todas lo recuerdan con admiración. Les transmitía fe en sí mismas, las animaba a creer en sus aspiraciones artísticas, ese anhelo que tanto desasosiega. La filosofía del escritor basada en la perseverancia y la voluntad era un consuelo cuando las

cosas no salían bien. Y en el arte las dificultades son frecuentes; como sabe, es casi imposible vivir de escribir o pintar.

—¿De verdad lo admiraban tanto?

—Eso creo. Les prestaba atención. Era como si a cada una le dijera: tú no eres una más. Un amigo mío tituló una columna en el periódico «Admiración arrojadiza». Buscaré el artículo para usted. Decía que, al hablar del escritor, yo ponía en ridículo a mis conocidos, les quitaba valor; hablaba con pasión de su personalidad en las cenas del periódico. En cierto modo estaba fascinada. Quizás yo también fui una damisela al principio. «Cuidado, vas mucho por allí. Vete a saber...», me dijo aquel amigo. Yo tenía pareja y ni se me pasaba por la mente que me estaba enamorando. Me enfadé. Desde el principio no quise ser una más. Con los años, me sentí orgullosa de ser su mujer.

Es curioso, cuando alguien importante desaparece de nuestras vidas, deseamos saberlo todo de su vida anterior. Me gustaría hacer su investigación, tener licencia para preguntar. Siempre quise saber de sus amores: ¿a quién había amado?, ¿por qué vivió solo durante décadas? En la vida de aquel solitario muchas mujeres habían ocupado un lugar antes de que yo apareciera. Me pregunto qué relación había mantenido con ellas, qué grado de intimidad escondía su afecto. ¿Las había abrazado?, ¿alguna damisela había posado la cabeza en su hombro llorando, como hice yo?

Aquel día su mano acarició mi pelo en un gesto consolador. Nuestras miradas se encontraron... Lo del beso fue inesperado también para él, estoy segura. Algo encendió su mirada, aunque ninguno queríamos admitir lo que estaba sucediendo. Minutos después seguimos protegiendo nuestros ojos bajo las páginas de trabajo. Al día siguiente, cuando llegué a su casa, dijo: «Aquí viene el milagro», uno de los nombres que me puso a partir de entonces.

Aquella primavera, cuando trasladaba el enorme manuscrito de Bilbao a Getxo con notas sobre su novela (aún no sé cómo tenía valor), me repetía dos ideas: «Deja a tu novio y deja el psicoanálisis». Tal vez tenía razón al animarme a buscar la felicidad dentro de mí. Entonces alimentaba mis penas con lecturas melancólicas en un pesar sin progreso, rumiaba sin querer mi talento natural para la tristeza. Leía mucho, quizás por eso me eligió para leer su enorme manuscrito. Ojalá las damiselas le cuenten más. No sé..., yo, desde luego, leería un libro sobre ellas.

Recuerdo a una fotógrafa de nombre Eva, le hizo un retrato entre la floresta de Walden, el mejor retrato que he visto de él jamás. Cuando fui becaria del periódico municipal, el escritor habló con la directora para que le hiciera una foto esa chica y otra damisela lo entrevistó. Las relaciones con él proporcionaban trabajo a sus amigas: publicaban en su editorial, colaboraban en la revista que fundó y hasta vendían publicidad. Pero a la que más quería, era a la bailarina. Es la primera con la que debería hablar.

—Cuénteme cómo conoció usted al escritor, por lo que dice no fue su primer amor.

—En absoluto. Cuando estaban a punto de fijar la mayoría de edad a los dieciocho años, yo tenía esa edad. Me marché de casa con mi profesor de Matemáticas de COU, quería vivir en el Sur. Siempre he sido rebelde. Mi padre amenazó con denunciar a aquel profesor y nos casamos por lo civil un poco obligados porque no queríamos esperar, yo aún no era mayor de edad. Dos años después estaba separada y mi divorcio fue uno de los primeros que se resolvió en Bilbao. Mi historia amorosa siempre ha sido complicada. Supongo que, desde fuera, mi vida no ha sido aburrida: he vivido en distintas ciudades, he conocido personas interesantes y me han amado. No sé si he aprendido algo sobre el amor... No mucho, el

amor es iniciático cada vez: nunca estamos preparados para el cataclismo de enamorarnos.

En 1997, cuando fui a entrevistarlo, el escritor me doblaba la edad, yo tenía treinta y siete años; él, setenta y cuatro... Con el paso del tiempo he reconocido el amor con mayúsculas; mis amores anteriores fueron livianos y algunos efímeros. Platón explica en *El Banquete* que los seres humanos eran hombres y mujeres a la vez. Los dioses, celosos de su felicidad, los separaron. Y solo algunas veces se vuelven a encontrar una mujer y un hombre que habían formado parte del mismo ser. Tuve la sensación de que él y yo nos pertenecíamos desde siempre.

—¿Influyó que fuera escritor?

—Entonces hubiera respondido que no; pero hoy sé que la admiración fue decisiva. Todos deseamos vivir un gran amor. Yo me repetía un verso de Jaime Gil de Biedma: «Los ojos me dolían de esperar». Cuando empezamos a estar juntos, llevaba años psicoanalizándome. Al enterarse del precio de aquellas sesiones me dijo: «¿Por qué pagas tanto dinero por hablar? Es como pagar una hipoteca». Recuerdo que vivía de alquiler, pero arrastraba la hipoteca emocional de haber sido educada por una madre enferma. No había desarrollado sistemas de alarma para evitar relaciones complicadas. Cuando nos enamoramos dejé el psicoanálisis, no lo necesitaba. Lo dejé todo porque estar con ese hombre se convirtió en mi absoluta prioridad, me dolía no haberlo encontrado antes. Era un sabio, todo en él me fascinaba. Un día me di cuenta de un detalle a partir del que era inútil oponer resistencia a un hombre: desear conocer fotos de su infancia.

El escritor tenía más de doscientas fotografías de sus veraneos en el caserío de Getxo, a pocos metros de la playa. Su padre, un dandi en las imágenes, fue un fotógrafo aficionado lleno de talento:

registraba con su Leica aquella felicidad anterior a la guerra. Tal vez solo somos lo que guarda la memoria de los otros de nuestro paso por el mundo... y, aunque a él le producía tristeza ver aquellas fotos antiguas, los últimos años me explicó quiénes eran las personas que aparecían en ellas. Era cuando repetía: «Tú eres mi memoria».

—¿Qué sucedió entre aquella primera entrevista de 1997 y su noviazgo?

—Al año siguiente de conocernos publiqué un libro de relatos y me lo presentó en la Sala Rekalde de Bilbao. Era 1998, había un Mundial de Futbol, y para él, anticlerical y ateo, el futbol era una religión. Hace poco encontré un calendario de los partidos de aquel junio, lo guardé con recortes de prensa y cartas. Fue complicado cuadrar fechas. El calendario del Mundial apareció junto a tres páginas que el escritor leyó en mi presentación:

> Suavidad, delicadeza, buen gusto, limpieza expresiva, honestidad... Nos queda la sensación de que Beatriz —que se repite en todas las historias tanto con su nombre como con ninguno— nos ha escamoteado una novela. Sus vacilaciones, inquietudes, patetismo o paranoia, se repiten con un tono musical melancólico irremediable... lleno de sensibilidad.

Años después me confesó que cuando hablaba de la sensibilidad de un autor era porque no tenía nada mejor que decir. «Todo el mundo tiene su sensibilidad», se rio. Fue frustrante. Cuando éramos pareja, volvió a leer aquellos cuentos e hizo preciosas anotaciones a lápiz en los márgenes del libro. Lo guardaba en una repisa bajo su escritorio donde tenía un diccionario de sinónimos con el que escribió toda su vida. Siempre dijo que aquel diccionario editado en 1959 sería para mí; pero no pude conservar ni mi libro de cuentos con sus notas ni el diccionario.

—¿Por qué leyó usted el enorme manuscrito?

—Eso tendría que haberlo respondido él.

Cuando éramos amigos me animó a asistir a su taller de escritura de Algorta. Entre 1997 y 2001 yo di un taller en el Ayuntamiento de Bilbao, un proyecto de animación a la lectura. «En tu taller tienen que leer más a autores buenos y leerse menos entre ellos», le insistía.

El escritor recomendaba un ejercicio que solo hizo una damisela. Nadie le escuchaba, pero a él no parecía importarle. Había que copiar un texto que te hubiera encantado: un párrafo o una página, palabra por palabra, así la mano y el boli sentían la «música del lenguaje», una expresión muy suya. Después de haber copiado el original cinco veces, cerrabas el libro y escribías en una página en blanco el texto con tus propias palabras. Aquel ejercicio del taller apareció en el suplemento literario más prestigioso del país años después: lo practicaban en una universidad americana. Nunca supe si fue una coincidencia.

La literatura nos unió. Yo estaba orgullosa de lo que había leído desde que me llevaron interna con nueve años. Convertí mi afición en profesión antes de acabar la carrera; en tercer curso ya empecé a reseñar libros y hacía entrevistas para la sección de «Cultura». Cuando murió, encontré páginas de colaboraciones mías de periódico en un cajón de su escritorio. Descubrirlas me conmovió. «Es más difícil escribir eso que una novela», repetía. Por supuesto, yo sabía lo equivocado que estaba.

Tenía el don, ese talento de los elegidos. En su taller todos comentábamos lo que leían los demás. Recuerdo que le regalé *Aspectos de la novela* de E.M. Forster: «Para alguien que tiene en su mente todos los secretos de la narración sin saberlo, con esa intuición certera de los grandes escritores». Ni se planteaba aquellas reflexiones, había algo instintivo en su modo de abordar las historias como si no supiera cómo lo hacía. Vivió veinte años a solas con

doscientos ochenta personajes en su cabeza y en sus fichas. Sostenía que a un narrador le perjudicaba haber leído demasiado. Creo que lo decía por mí.

Hablábamos todos los días por teléfono. Una tarde de 2004, en medio de una charla telefónica, me pidió que esperara porque llamaban a la puerta: era la frutera. Me tuvo allí un buen rato, los escuchaba hablar; le pagó y se despidió de ella. Cuando se hubo marchado, me dijo algo que anoté: «Escribir es un trabajo igual que el del frutero o el albañil, hay que sembrar, cultivar, regar, quitar malas hierbas. Un albañil pone un ladrillo tras otro con cemento: así es escribir, un trabajo artesano». Estaba orgulloso de una pared que levantó en el camarote cuando el carpintero le hizo allí una cabaña de madera adonde trasladó su estudio en los años setenta. «Estoy más orgulloso de ese muro que de todas mis novelas.»

Cuando venía a Bilbao desde Getxo, le acompañaba a la librería Herriak a recoger libros que había encargado por teléfono. Un día me regaló *Walden* de Henry David Thoreau. Sabía que su casa se llamaba así, pero no conocía la obra de ese filósofo. Años después me dedicó otro ejemplar. Yo había copiado en la primera página de una edición recién salida en Cátedra un fragmento: «He aquí la vida, en gran medida un experimento que aún no he llevado a cabo, de nada me sirve que ellos lo hayan hecho». «Ellos o él», puse entre paréntesis. Aquel día me contó que releía el libro cada año. Escuchándolo, no podía imaginar una vida tan austera como la que proponía Thoreau... Debajo del fragmento copiado puse: «Dedícame este libro que me has descubierto para que me enseñe a ser tan sabia como tú». Al acabar el fin de semana, lo recogí: «Quisiera haber escrito este libro en vez de todos los míos, al que deben casi todo. En cuanto a ti y a mí, María, algo bueno al menos te he dejado con él». La firma de la dedicatoria ni siquiera tiene rúbrica.

Paseábamos por Bilbao hablando mucho de literatura y un poco de la vida. Meses antes de publicar el primer tomo de la trilogía me pidió que dibujara sobre un mapa inmaculado de Getxo los caseríos, la Venta, la casa de Ella y el verdadero roble de los vascos: todos los escenarios de su novela. Después, me enseñó hileras de personajes en papeles sueltos: parecían ristras de chorizo. Con esas notas y lo que había leído de la trilogía hice un árbol genealógico relacionando a los personajes. Recuerdo su asombro cuando se lo entregué una semana después: «Pero ¿cómo lo has hecho?». Mandamos el mapa y el árbol genealógico a la editorial. En la primera edición, el árbol genealógico se publicó en las últimas páginas; luego, el editor consideró oportuno promocionarlo a las primeras para orientar a los lectores.

La primavera que empezamos a trabajar en serio, iba con frecuencia a su casa; el largo verano de 2003, durante mis vacaciones, fui a diario a Getxo. Meses después me dijo: «Me enamoré de tus brazos llevando los manuscritos de mi novela». Ese verano hizo mucho calor, yo usaba camisetas sin mangas, recorría la distancia desde el metro a su casa. No sé exactamente por qué iba cada día con mis notas a hablar con aquel hombre mayor. A veces me preguntaba: «¿Qué hago aquí pudiendo estar en la playa?». Pero, al día siguiente, volvía. Era un escritor auténtico y ver de cerca cómo abordaba su trabajo me subyugaba, siempre había ansiado escribir. Ese verano fui conociendo a las damiselas.

—¿No tenía amigos?

—Tenía sobre todo amigas, pero tuvo dos grandes amigos.

El primero tenía veinte años menos que él, lo conoció antes de ir a vivir a Getxo cuando estaba marcando las zanjas para los cimientos de su casa con el albañil. Los dos iban cada mañana a Bilbao en el tren de las ocho y diez, uno a trabajar en la Fábrica de Gas del

Ayuntamiento y el otro a estudiar: primero, al instituto; después, a la Universidad de Deusto. El gran anhelo de aquel joven —se llamaba José Javier— era escribir y, cuando el escritor ganó el Nadal, esa afición los unió. Fue una amistad de más de treinta años, fundaron juntos una editorial romántica autogestionada, Libropueblo-Herriliburu. Paseaban por las tardes por Andra Mari y Las Arenas. Caminaban horas entre La Galea y Algorta, o llegaban hasta la iglesia de San Ignacio en Neguri. José Javier empezó estudiando Derecho, pero lo dejó y se hizo periodista, se marchó a Londres como corresponsal de la Agencia Efe. Mantuvieron contacto por carta hasta que en 1985 regresó a cuidar a su madre. Años después se enfadaron. Cada uno siguió su camino. A mí me dijo: «Era amigo de todo el *mariconeo* de Bilbao». Con él no había vuelta atrás, era muy susceptible. Si alguien hacía algo que no le gustaba, lo borraba de su vida para siempre. Con su amigo de la infancia, Juanito, y su mujer, Berta, dejó de hablarse durante años. Al morir Juanito, fuimos juntos a su funeral. Cincuenta años después se iba a reeditar la obra con la que ganó el Nadal y se la dedicó. Se atrevió a decirle a la hija de su amigo que el protagonista de *Las ciegas hormigas* estaba inspirado en su padre. Pero Juanito ya no vivía para verlo. Repetía mucho ese nombre, también llamaba así a su editor.

Juanito tenía siete años más que él, fue el ídolo de su infancia en el caserío Arrune, donde veraneó hasta los trece años: le enseñó a pescar y cazar, fue su Robinson. Me hablaba tanto de las habilidades de buen salvaje y de las herramientas con las que lo arreglaba todo y construía ingenios maravillosos, que un día, paseando frente a La Galea, señalé el acantilado y le dije: «Y eso, ¿no lo habrá hecho también Juanito?».

Los últimos veinte años de su vida su gran amigo fue un médico que iba al taller, Víctor. Publicó un libro de cuentos, lo entrevisté para

el periódico. Fueron íntimos, hablaban de todo. Se entendían de maravilla, aunque se llevaban cuarenta años. El médico ganó con quince años un «Concurso de cuentos contra la suciedad», una encantadora iniciativa para concienciar sobre el deterioro de la naturaleza. Décadas después aterrizó en el taller de escritura y se hicieron amigos íntimos hasta su muerte. Le gustaba estar con gente joven. Sus amistades siempre lo eran. Cuando crecieron los chavales y se marcharon a estudiar fuera, se quedó solo. Con más de cincuenta y seis años, empezó a relacionarse con amigos de sus hijos. Su espíritu díscolo y airado atraía a la gente joven. Las damiselas salían del taller de escritores, de la revista *Galea,* querían publicar en la editorial... Siempre querían algo.

Después de su muerte, algunas me contaron cómo lo conocieron; otras, no quisieron saber nada. Una de las que se alejaron me dijo un día: «Tú lo has desasnado». No lo conocía bien, su apariencia ruda era una pose; aborrecía el culto a la imagen, no quería ser un dandi como su padre.

Estoy cansada. Le voy a entregar un diario que empecé antes de ir a Madrid, cuando fuimos juntos a presentar la trilogía; él no quería ir a ningún sitio sin mí. Son dos cuadernos en los que escribí algo sobre aquellos días, en ninguno llegué a avanzar mucho... También escribí unas páginas cuando murió, las buscaré para usted. No puedo hablar sin que me duela. Arrastro mucho dolor. Ha muerto mi hermana pequeña, la última damisela. También murió una gran amiga el otoño pasado. La muerte está alrededor. Sé lo que él fue para mí y lo que yo fui para él. Mi novela sobre su infancia y juventud basada en recuerdos sobre lo que él me contó y en la que imaginé su vida hasta los treinta y ocho años me dio algún disgusto, tuve que suprimir dos capítulos. El editor parecía entusiasmado, pero

tardó más de tres años en publicarla. Sufrí esa espera como una condena, me impidió cerrar el duelo.

Por favor, ocúpese de las damiselas, hable con ellas. Son valiosas, usted es un hombre joven, estoy segura de que conseguirá testimonios interesantes. Entrevístelas, quiero que se hable de él.

Primera parte
Mayusculitis
(1970-1990)

> Las mujeres hermosas atraviesan adolescentes los años.
>
> JUAN CARLOS ONETTI

Bailarina

—¿Cuándo lo conoció?

—Con doce años, él fue el primer hombre feminista que conocí. Lo recuerdo porque en 1986, en la edición de Libropueblo de *Verdes valles* que no leyó nadie, según decía, puso en la dedicatoria: «A tus trece años». Y cuando publicó un libro que regalaban con la revista *Pérgola* titulado *Quince años,* me escribió en la primera página: «Hay una edad perfecta. Donde la encuentres, presérvala». Creo que yo rondaba entonces esa edad y ya me había escapado de casa, donde tenía muchos problemas. Él estaba obsesionado con la inocencia de los quince años, recuerdo que le dije: «Si quieres quedarte congelado, tú sabrás..., pero yo no soy esa idea perfecta de la inocencia». «Tienes razón», contestó un día por no oírme después de una larga charla. Yo no quería vivir congelada, pero él sí.

Se evadió de todo lo que era real durante años. Dejó de ir al futbol primero, dejó de ir al cine después... Fue dejándolo todo. Tenía muy poco dinero. Cobraba una pensión de jubilado y le enviaba la mitad a uno de sus hijos que vivía en Madrid.

Cuando estuve en Ámsterdam años después me escribía cartas, yo le respondía en papel naranja. Tuvimos una bronca sobre si «echo de menos» era con *h* o sin *h*. «No eres mi profesor», le decía yo. Pero él insistía en corregirme las faltas a vuelta de correo. Estuve a punto de dejar de escribirle.

—¿Qué hacía en Ámsterdam?

—Aprender a bailar, solo quería dedicarme a eso.

—¿Tenía alguna beca?

—No, y me fui con poco dinero, pero estuve allí varios años. Había estudiado Historia, no me gustaba y quería ser bailarina profesional. Lo intenté. Sin embargo, lo que hoy me da de comer son las clases, la danza ha quedado en segundo plano.

—¿Qué recuerda de su amistad con el escritor?

—Siempre hablaba de aquel amigo que le traicionó. Era de una fidelidad extrema. Los demás les tildaron de homosexuales. Él se sintió abandonado cuando su amigo empezó a frecuentar a gente del teatro. Habían escrito a medias una obra premiada en el Festival de Teatro de Sitges y el amigo intimó durante los ensayos con el director que la llevó a escena. Así se alejaron. Concebía la amistad con una fidelidad excluyente, era posesivo.

—¿Lo fue con usted?

—No mucho. También era muy libre.

Una vez vino a visitarme a Altea, donde viví dos años con un novio. La danza hasta entonces se impartía solo en los conservatorios y allí querían convertirla en una disciplina universitaria. Un asunto político que luego no prosperó. Los días que estuvo en Altea yo debía presentar un proyecto y le hice un vídeo para ese trabajo: solo llevaba un calzoncillo, una peluca rizada de pelo blanco y los labios pintados. Parecía un travesti o un efebo, sin un pelo en todo el cuerpo. Cuando lo vio, me hizo prometerle que nunca se lo enseñaría a nadie. Pero me dejó utilizarlo.

—¿Le sirvió?

—Sí, formaba parte de una *performance* de danza en tres secuencias, en el segundo vídeo aparecía una amiga y en el tercero yo, todos vestidos de blanco. Intentaba hacer Arte y él me apoyaba, siempre decía que hay que trabajar en lo que te gusta porque nos

pasamos media vida trabajando. No he vuelto a ver el DVD, pero era especial: él aparecía con la cabeza apoyada en una mano, recostado.

—¿Le alentaba a bailar?

—No exactamente, más bien a que buscara mi lugar en el mundo, no tenía la misma actitud que otros adultos. Un día iba a su casa con un proyecto de baile, la semana siguiente llegaba con otro completamente distinto y todo le parecía bien.

Durante un año viví en el Gaztetxe de Getxo con unos okupas, porque me había ido de casa de mis padres. Comía con él un día a la semana, los jueves. Aunque no tenía dinero —recuerdo que llevaba una camisa raída—, compraba chuletitas de cordero y las pastas de Zuricalday que me gustaban. Se permitía algunos lujos y encendíamos la chimenea como un ritual. Después, comíamos y hablábamos. Me entendía muy bien con él. Mentalmente, mejor que con ninguna de mis parejas. Me adoctrinaba: «Tienes que tener tu propia casa, no vivir en el mismo lugar que tu novio», eso se lo he oído mil veces. Nos veíamos a solas. A mí me daba un poco de vergüenza que nos vieran por la calle juntos, prefería ir a Walden. Iban otras dos o tres chicas más. Yo, algunas semanas, también aparecía por allí los sábados. Los vecinos murmuraban, pero no le importaba.

Llegábamos todas en estado calamitoso: nos había echado nuestro padre de casa o nos había dejado un novio. Una volvió del extranjero embarazada; otra necesitaba dinero para abortar... Lo mejor es que salías más tranquila. Cuando tenía una crisis, me encerraba cuarenta y ocho horas en aquella casa y salía renovada. Dormía en la habitación de su hija. Yo llamaba a Walden el útero, en el despacho donde él trabajaba hacía calor por la estufa de leña.

Le contaba muchas cosas; él me hablaba de sus hijos, de su exmujer y de sus años en el caserío Arrune, junto a la playa de

Arrigunaga. La idealización de su niñez y de todas las infancias me ponía enferma... Cuando publicó la novela breve titulada *Quince años,* en 1990, me la dedicó, aún no sé por qué.

Había en él algo adolescente a pesar de la edad. Me hablaba de su madre. Le había afectado mucho su muerte con sesenta y pocos años, tan joven según él (yo no llegué a conocerla). Al poco tiempo, su padre, que se quedó solo en Bilbao, vino a vivir con él a Getxo. Recuerdo que le echaba la bronca por cómo trataba a sus hijos, sobre todo porque intentaba que la chica hiciera de ama de casa. En los últimos años, cuando iba a Walden, sus tres hijos ya se habían marchado. Vivió años solo con su padre.

—¿Se parecían?

—Se parecían más de lo que él hubiera deseado. El padre siempre iba impecable y él no cuidaba su aspecto; pero tenían el mismo cuerpo e idéntica admiración por la madre, los dos veneraban su memoria.

—Una temporada usted estuvo empadronada en Walden.

—Sí, creo que no he sido la única; pedí una subvención y necesitaba un domicilio, pero nunca llegué a vivir allí. A veces iba con mi hija cuando la niña tenía pocos años, ahora tiene dieciséis. Fui madre joven. Él tenía una manera especial de tratarla, le hablaba como si fuera adulta y a la niña le gustaba.

—Me contaron que también llevó una cabra a su casa.

—Una mañana vi una cabra perdida que me seguía. Pensé: «En aquella casa donde hay animales, se encontrará bien». Al perro que tenía lo llamaba siempre *Leo;* conocí tres *Leos,* pastores alemanes, perros policía, pese a lo poco que él simpatizaba con la autoridad. Pero no les dejaba entrar en casa y a los gatos tampoco. Llevé la cabra para que comiera la hierba que invadía el jardín.

—¿Qué fue de ella?

—Duró poco, alguien la reclamó. Al escritor le gustaban los animales. Me parece que en sus novelas hay muchos.

—¿Las ha leído?

—Alguna... «Eres un ser salvaje», me decía. Su animal preferido era el hipopótamo.

—¿Cuántos años duró su relación?

—Desde mis doce años hasta el final, cuando murió. Casi treinta, aunque hubo temporadas largas que apenas nos veíamos; sobre todo los últimos diez años que tenía pareja. A mí ella me gustaba, me parecía inteligente. Pero no siempre caía bien. Creo que le quería mucho. Estuve en el hospital el último mes de su vida. Hablé con sus hijos y con la mujer. Fue un lío, el escritor no les había contado que se habían casado. Me dijo: «Buena la he armado». Se enteraron cuando lo ingresaron en la UCI.

—¿Qué sentía por él?

—Mi referente de hombre es él. Sus amores fueron platónicos durante décadas. Estuvo enamorado de una profesora, una poeta misteriosa con un pasado exótico; todos estábamos un poco enamorados de ella. A veces, en los primeros años, me pedía un abrazo. Pero jamás hubo ambigüedad entre nosotros, era como un amigo gay. No había problema con él.

—La mujer del escritor dice que usted nunca participa en los actos en su memoria.

—No me gustan esos actos de tanta gente, pero cada 13 de septiembre, en el cumpleaños del escritor, lo recordamos juntas.

—¿Qué le parece la novela *Quince años?*

—Si le digo la verdad no la recuerdo. Empecé a leerla hace mucho, pero trataba de la guerra y cosas así... No soy muy lectora.

—¿Él nunca le preguntó si le gustaba su obra?

—Para mí su obra era él, no sabría diferenciar entre él y sus libros. Puede que le interesara saber si me gustaban, pero nunca me lo preguntó. Se me hace extraño cuando tanta gente habla de él sin conocerlo. Era tímido, recuerdo cuánto le avergonzaba su calva.

—¿Sabe que en *Quince años* la Guardia Civil rapa a la maestra protagonista porque da clases en euskera en plena guerra, en 1938?

—No, no lo sabía... Tendré que leerla.

—La maestra se casa con la cabeza calva y dice: «Nunca imaginé que el pelo fuera tanto (...). Sentí el frío de diciembre en mi pobre cabeza».

—Supongo que hablaba de la suya, le obsesionaba la falta de pelo... No soy lectora; pero me alegré del éxito que tuvo los últimos años. Durante mucho tiempo, cuando llegaba a su casa, siempre estaba escribiendo. Vivió solo décadas y no hacía otra cosa que escribir. De vez en cuando, iba al cine conmigo. No sé por qué me dedicó ese libro ni le di importancia. Casualmente, ayer, antes de quedar con usted lo cogí y vi una frase subrayada a lápiz. Ni siquiera sé si la subrayé yo o lo hizo él antes de regalarme este ejemplar: «Siempre piensas mal de los jóvenes. Es una señal de vejez. Yo soy tan joven que pienso mal de los mayores».

—Pero, usted, ¿qué edad tiene?

—Nunca digo mi edad.

—Otra frase de la novela dice: «Las mujeres siempre tienen quince años», ¿qué quería decir con eso?

—Ni idea..., parece una broma. Se reía de todo.

Busco entre las páginas la frase mientras la bailarina observa una gran pantalla del local sin prestarme atención. Retransmiten un

campeonato europeo de gimnasia rítmica. Una joven etérea se mueve por el tapiz con una pelota; en algún momento acaricia la esfera con la mano, apenas pisa el suelo y lleva un moño estirado hacia la coronilla. La brillante esfera rosa se desliza entre sus piernas infinitas, vuela y recorre sus brazos entre una muñeca y otra posándose en la nuca sin dejar de rozar la silueta a través de los hombros. Su manera de sostener la cabeza con el cuello altivo mientras la pelota vuela hacia el cielo es hipnótica. Los dos esperamos a que acabe el ejercicio y, al levantarnos de la mesa, me doy cuenta de que la bailarina lleva el mismo moño alto que la gimnasta. Aparece el nombre en la imagen: Sofia, sabiduría en griego. Pienso en las palabras de Keats de la *Oda a una urna griega:* «La belleza es verdad».

Cuando nos hemos despedido y salimos del local, me vuelvo para preguntar:

—¿Sigue bailando?

—Sí, aunque ya no doy clases... Pero las expresiones más auténticas de la gente están en su baile y su música.

Amor platónico

—El escritor estuvo enamorado de usted durante años, ¿le correspondió?

—No sé si eso es cierto, jamás me dijo nada, fue como un padre para mí. Yo, desde luego, no veía en él nada más. Me quejaba de mi exmarido porque pasaba de nuestro hijo y él me solía decir: «Disfruta ahora que es un niño, aprovecha todo lo que puedas». Me traía calabazas e higos de la huerta y tengo recuerdos preciosos de lo bien que me trataba.

—¿Cómo se conocieron?

—Durante cuatro o cinco años mi familia veraneó cerca de su casa; entonces solo lo conocía de vista. Nosotros éramos de Eibar, yo nací allí; pero mi madre regentaba una farmacia en Getxo. Mi hermana pequeña, María, se hizo amiga de la hija del escritor, jugaba con ella en Walden, la casa donde vivían se llamaba así. La primera mujer del escritor era rara: siempre iba muy pintada y llevaba tacones a la playa. A veces se ponía un abrigo de piel, aunque hiciera buen tiempo. No era como nuestras madres. En la misma calle había otra mujer extraña con muchos hijos que fue a Bilbao a comprar un abrigo y volvió con un loro. Eso decían, aunque no sé si era cierto; lo que sí sé es que en el chalet de al lado tenían un loro y se escapaba a la huerta del escritor, una vez lo vi posado sobre su hombro. Mis recuerdos de aquellos veranos están envueltos por un leve desconcierto ante aquellas mujeres extravagantes que vivían cerca.

Mucho tiempo después, cuando me separé de mi marido con casi treinta años, había perdido mis contactos de soltera y quería conocer gente. Mi amiga Rosa se enteró de que el escritor impartía un taller en la Asociación de Vecinos para enseñar a escribir. Nos apuntamos, era una forma de relacionarnos. Después íbamos a tomar algo todos juntos.

A él, lo que escribía y leía en el taller le parecía maravilloso, se quedaba siempre con nosotras al salir; entonces vivía solo con su padre. Como yo estudié Filología en Deusto, me consiguió un trabajo de profesora de Inglés. Nunca había trabajado hasta entonces y me abrió ese camino. Era generoso, no nos cobraba las clases de su taller, que duró años.

—El primer tomo de *Verdes valles, colinas rojas,* publicado en 1986 en Libropueblo, está dedicado a su amiga Rosa Aguirre.

—Sí, mi amiga murió de cáncer en 1987, era actriz aficionada y también escribía. Las dos colaboramos en los primeros números de la revista *Galea,* creada por el escritor. Nunca supe el motivo de la dedicatoria: «A Rosa Aguirre, corazón de oro», quizás ella supo escucharle. Entonces, yo estaba demasiado interesada en publicar en su editorial y no le prestaba atención. Libropueblo fue un proyecto rompedor, vendían libros a precio de coste. Ponían una mesita de cervecera con libros y un cartel hecho con una sábana e iban a las plazas de los pueblos para vender en las fiestas y a la Plaza Nueva de Bilbao los domingos; también a la salida de las fábricas entre semana. En una ocasión hasta fueron al Rastro de Madrid, vendieron mucho. En 1982 publiqué un poemario en aquella editorial, cumplí mi sueño y los acompañé un domingo a vender en la calle. Mi libro era el número once, tenía una portada rosa que diseñó un pintor. El texto de la contraportada decía: «Mujer, friega

tus suelos, friega tus sueños». Dos años después publiqué otro libro: *Poemas de aire*.

En aquella época me pusieron un mote porque padecía una enfermedad de la piel, él me protegía. Me propuso formar parte del jurado del Premio de Novela Iruña. Venían escritores de fuera: Savater, Vázquez Montalbán... Lo pasábamos bien, me sentía feliz de participar en el mundillo literario. Fui jurado del premio con su amigo José Javier, con el que fundó la editorial, y con otro periodista de Bilbao, Luciano Rincón. Traían a otros escritores hasta que el número de jurados era impar para evitar empates. Una vez vino Juan Marsé.

Al principio leíamos todos los originales, a veces trescientos, y era imposible... Luego, hicimos lotes de cincuenta para cada uno. Él y yo coincidíamos bastante en la selección. Un año ganó una novela distinta de la que nosotros defendíamos. Habíamos votado lo mismo los dos; pero su amigo J.J., Luciano y otro (no sé quién era ese año), no. Seguimos charlando mientras tomaba una copa de Oporto, algo excepcional en él. Una hora después de la votación, de repente, fulminó con la mirada a su amigo J.J. para decir: «Pero ¿cómo habéis podido premiar esa mierda?». Luciano, que había bebido, se levantó rojo de ira y dijo: «Frailón, más que frailón: eres un frailón que va engañando a la gente». Estábamos todo el jurado reunido con el secretario que no tenía voto. Nadie dijo ni mu. Aún me pregunto por qué lo llamó así: era el ser más ateo que he conocido.

Cuando fui profesora de Inglés en un instituto de Menorca, perdimos un poco el contacto. En aquellos años dejé de escribir poesía, aunque traduje a Sylvia Plath. El Premio Iruña cambió de nombre y luego, sencillamente, desapareció. En 2003, de nuevo en Getxo, me matriculé en euskera y coincidí con un hijo suyo obsesionado con que su madre, la primera mujer del escritor, estaba

internada injustamente. La había sacado del sanatorio para vivir con ella años antes, pero, tras unos meses, la ingresaron de nuevo. Tuvimos bastante relación su hijo y yo.

—¿Y con el escritor?

—Entre nosotros jamás hubo nada, quizás sea cierto que estuvo enamorado de mí, pero nunca me lo dijo. De quien sí estuvo enamorado es de una extraordinaria actriz, la protagonista de *Proceso, anatematización y quema de una bruja en un ensayo general,* la obra con la que ganaron el Premio de Teatro de Sitges, la escribió con su amigo J.J. Fueron íntimos durante años, tenían que serlo para escribir una obra a medias, como puede imaginar. Creo que no había ni pizca de homosexualidad en su relación, aunque se rumoreó.

Al taller iban muchas poetas, había más poetas que narradoras. El escritor se impacientaba escuchando sus versos, no le gustaban y ellas se sentían incómodas. Hubo una escisión: una poeta creó un taller en Barakaldo y algunas se fueron con ella. Pero él se mantuvo al margen, no apoyó a nadie. Pronto llegaron más poetas, así que siguió aburriéndose con sus ripios. Hablaba mucho de sostener la tensión narrativa, lo que de verdad le interesaba era el relato y la novela... Abandonamos la sede de la Asociación de Vecinos del Aula de Cultura porque sus exigencias nos incomodaban. El taller se inició en 1978 y, cuando empezaron los problemas, el escritor dijo: «No importa, el taller somos nosotros». Desde entonces empezamos a reunirnos en bares y locales. No había un lugar de encuentro fijo. De algunos bares nos echaban: ocupábamos mucho, consumíamos poco.

Cada participante escribía lo que quería y lo leía por turno de llegada al taller. El único que nunca leía un texto suyo era él, solo escuchaba con los ojos cerrados cómo leíamos los demás. Después

de la lectura, los asistentes comentaban fallos y logros; quien sobrevivía a aquel despellejamiento, aprendía. Yo me sentía valorada por él. Nos enseñaba a escribir sin escrúpulos, a fijarnos en el lenguaje. Odiaba que se hablara de maestro y discípulos; pero su actitud era un ejemplo. Un surfista asiduo al taller dijo una tarde: «Su ilusión y constancia eran como un tractor para todos».

En enero de 2014 falleció mi madre en Bilbao a los noventa y seis años y se celebró una misa en los Trinitarios de Algorta. A la hora del funeral, vi al escritor frente a la iglesia, nos miramos en la distancia. Supongo que no podía imaginar que ese mismo año moriría él también.

Madera

—Usted fue alumna del taller de escritura de Algorta.

—Sí, recuerdo el taller; después he asistido a otros y he dado alguno en el extranjero. No tenían nada que ver con aquel.

—¿Por qué?

—Más que un taller aquello era un grupo de amigos; ni siquiera teníamos una sede fija: era itinerante, nos reuníamos en bares, en la librería de uno de los talleristas, Jesús; en un piso y hasta en algún trastero. Al final, en un local de la familia del médico escritor, su mejor amigo. Estaba en la plaza de Algorta y sus padres lo habían alquilado a unos hosteleros como bar, pero quedaba un gran espacio disponible que además tenía un aseo. Nos reunimos allí durante años, nos lo cedían, aunque también hacía de almacén del bar. Al escritor le obsesionaba recoger madera de la calle para calentar su casa. Tenía una estufa de leña. Al salir del taller, su amigo le llevaba a casa en coche y lo acompañaba a recoger maderas que él había localizado junto a obras y contenedores entre semana. La recogida nocturna tenía un aire clandestino.

En aquellos años frecuentaba el taller un ebanista que escribía muy bien, Javier. Le regalaba listones, recortes de tableros... El escritor hablaba de la madera como de un tesoro; pero, luego, la quemaba toda en la chimenea.

Un día me contó que los muebles de la casa de sus padres —la cómoda, un aparador, la mesa con sus sillas y varios armarios—, guardados en el gallinero desde que su padre se fue a vivir con él a

Walden al abandonar la casa de Bilbao, los fue quemando uno a uno. Lo miré espantada; pero él dijo muy tranquilo: «A mi madre le hubiera parecido bien que sus muebles me sirvieran para calentarme». Conservó las puertas de un aparador vitrina y unos cuarterones de roble del armario donde, en tiempos, había guardado sus libros en el comedor de la casa de Gordóniz: una aldeana y un aldeano vascos en bajorrelieve. Años después, la segunda mujer mandó restaurar en una almoneda de Bilbao aquellos cuarterones que se salvaron de la quema. Fue un regalo de cumpleaños. Sus hijos los colgaron aquel verano en el arco que separaba el comedor de Walden de la cocina; antes hubo allí un tabique que el escritor derribó a martillazos para unir cocina y comedor.

Al salir del taller, algún atardecer tomábamos algo. Una tarde nos contó una escena digna de una novela. Al morir la madre del escritor, el padre empezó a llamarla «Ella», como si no se atreviera a pronunciar su nombre. «El domingo no voy a venir a comer porque voy a llevarle flores a Ella.» Iba al cementerio. Cuando la madre del escritor tenía previsto trasladarse a Getxo para cuidar a los chavales —su ayuda parecía imprescindible para criar a los niños desde que la mujer del escritor quedó ingresada por una grave enfermedad—, y todo estaba dispuesto para su llegada, murió en dos días. De repente. En pocos meses, perdió a su mujer, internada para siempre, y a su madre.

El padre del escritor aguantó poco tiempo viviendo solo en Bilbao, tenía un piso alquilado en Gordóniz donde se habían criado sus hijos y vivió siempre la familia. Un buen día se trasladó con todos los muebles a Walden: padre e hijo decidieron vivir juntos. El viejo cogió la cama que el matrimonio había compartido, donde concibieron a sus dos hijos. Puso las piezas ordenadas en un espacio ante la casa, en la huerta, las miró largo rato, cogió un hacha y empezó a cortar

un larguero; después, el otro, los travesaños, el piecero y, por último, el cabecero. Sobre un tocón, fue cortando todas las piezas en trozos de madera cada vez más pequeños. No quería que nadie usara la cama que había compartido con Ella. Muchas veces me he preguntado si el escritor quemó los restos de aquella cama. Le vi cortar madera con un hacha e imaginaba perfectamente la escena del padre, siempre con su pipa, haciendo leña. La relación del escritor con la madera era muy especial. Cualquiera que lo haya conocido se lo dirá.

—¿Qué tipo de gente acudía al taller?

—Gente de toda edad y condición. Una primavera, un matrimonio de maestros de Algorta llevaron a un niño que había intentado suicidarse. Los maestros decían que solo le interesaba escribir y lo cierto es que no lo hacía mal. Era un niño de unos diez años, encajó bien en el taller, un lugar abierto, sin inscripción, límites de edad ni requisitos, donde nadie pagaba por asistir.

El maestro que trajo al suicida se reconvirtió en contratista de obras años después, no le gustaba la enseñanza. Aquellos maestros aficionados a la ópera se hicieron amigos del escritor; el contratista le regalaba camiones enteros de madera de un monte que había talado para construir chalets. En 2005 puso una barandilla maciza en la escalera del porche, recia madera de teca. Antes, durante años, el escritor se agarraba a un cable colgante enganchado al tejado como improvisado asidero. Las escaleras estaban combadas, eran irregulares y había riesgo de caerse.

Al taller asistía un chico guapísimo. Leía un diario donde contaba cómo había vivido con dos mujeres mayores en el extranjero. Lo escuchábamos fascinadas. Había un grupo de poetas, un librero, un médico, una arquitecta, una hostelera, un ingeniero, alguna profesora, el carpintero, periodistas y una vez un señor mayor... El

que no aguantaba las críticas, no volvía. Cada uno llegaba a la hora que quería y se iba cuando le daba la gana. El horario de ocho a diez, todos los lunes menos cuando había partido —el futbol era la única circunstancia que suspendía el taller—, no era estricto. Allí todo era libre, tenía su sello. Lo normal era coger una silla al llegar y colocarse a un lado u otro del escritor formando un círculo. El único sitio fijo era un sillón orejero de color azul turquesa con rayas tenues donde él se sentaba; fue pasando de una sede a otra en los últimos años. A veces no había sillas suficientes y alguien se sentaba en las escaleras que daban a un almacén.

Empezó a asistir una punki, llevaba el pelo de colores, ocupaba más espacio que los demás en todas las reuniones y un día se sentó con su silla en el centro del círculo al llegar. En aquella ocasión, el escritor le pidió que se alineara con los demás. No volvió. Sobre un módulo de madera se dejaban patatas fritas, chocolate, regalices, tartas o pasteles en las celebraciones... Él llevaba pan, jamón y sidra en su cumpleaños en septiembre; una vez le regalamos un par de zapatillas para sus paseos por La Galea, las usó muchos años hasta que se separó la suela de una de ellas y no tenían arreglo.

En el taller se compartía todo, no se limpiaba nada. Vaciábamos la basura de vez en cuando y, excepcionalmente, alguien pasaba el aspirador. Como leíamos por orden de llegada, había quien esperaba su turno, escuchaba comentar su texto, y se largaba sin escuchar a nadie.

Intentamos hacer un listado de quiénes habían pasado por el taller, salieron sesenta personas a lo largo de los treinta y cinco años que había durado hasta entonces. Pero siguió funcionando hasta la semana que ingresaron al escritor en el hospital. Estuvo en el taller el 15 de septiembre de 2014 y el ingreso fue el 19. Hicieron un grupo de WhatsApp para compartir información de cómo

evolucionaba su salud. La mujer del escritor informaba a su amigo médico, que también se acercaba a hablar con los doctores en el hospital, y el médico del taller informaba al grupo. Vi páginas impresas con mensajes que intercambiaron aquel mes. El primer mensaje enviado a través de la mujer fue: «Doctores y doctoras de este templo de la creación, os quiero mucho y espero regresar pronto. ¡Escribid, escribid!».

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Uno de los últimos veranos de su vida. Yo vivía en el extranjero, pero regresaba a Getxo cada verano. Aquel atardecer recordamos una noche que recogimos madera en el coche del médico. Nos reímos muchísimo porque no acababa de oscurecer y necesitábamos el amparo de la noche para coger dos palés rotos de una obra; no sé si por la mañana los echarían de menos. Me contó que su amigo ejercía la medicina desde que se había casado; antes, solo escribía. «Esa mujer lo quiere convertir en otro hombre. Ya no recogemos madera», se lamentó. Desde que ella apareció le molestaba ensuciar el coche. «Dejeléis...», repitió imitando una expresión de los aldeanos que le hacía gracia. Y minutos después me dejó muda con una pregunta: «¿Cuál es tu propósito en la vida?».

Poco antes de marcharme, me hizo una confidencia. Le habían quemado una novela mientras convalecía en Barcelona de un desprendimiento de retina, en 1962. Le había operado el doctor Arruga. Postrado en la cama, al cuidado de su madre, se puso como loco cuando su mujer le dijo por teléfono: «Esas cosas que escribes perjudican a nuestros hijos». Su madre lo contuvo porque debía permanecer inmóvil, pero quería levantarse. Al volver de Barcelona, reescribió la novela entera... Yo le dije: «Pero ¿cómo podías acordarte?». Pues se acordó y la reescribió, es *El salto,* un libro que nadie quiso editar en años hasta que una pequeña editorial, Marte,

lo publicó en 1975. Me dio un resumen del argumento, lo tengo en este papel de copia antiguo con correcciones manuscritas:

> *El salto* es la historia de un hombre que se incorpora ingenuamente a la evolución darwiniana para tratar de acceder a la gran clase de los privilegiados. En su demencia, somete a sus hijos a las leyes de Mendel, castrando a unos, impulsando a otros. Es la historia de una obsesión solitaria y secreta, tan insólitamente lúcida como absurda. Si Charles Darwin hubiera sido también Carlos Marx, habría introducido la lucha de clases en su lucha por la supervivencia del más apto.

Como ve, una idea original. Aquel día me dijo: «Desperdicié una gran idea. Aquella novela era mala». El protagonista comía con cucharas y cuchillos de madera, aunque llegó a ser millonario. En una colada de hierro tuvo un accidente y desde entonces no podía comer con cubiertos metálicos. Odiaba el hierro, siempre la madera.

Actriz

—Tuvo una conversación un poco desagradable con la mujer del escritor por lo que me han contado.

—Sí, me confundí con su nombre y eso le sentó fatal. De todos modos, ella tiene una actitud acaparadora, no se da cuenta de que muchas personas lo conocimos y tratamos antes de que apareciera en su vida.

—¿Qué pasó?

—En 2014, cuando murió el escritor, organicé una lectura en su memoria en la Escuela de Teatro de Getxo; participó la mujer del escritor, pero no nos caímos bien. Conectó con un chico de la escuela que había empezado a leer la trilogía por un artículo que ella firmó en octubre de 2004 en el periódico, la primera crítica publicada, por lo que me he enterado después. Ese chico es un colaborador importante en la Escuela de Teatro; sin embargo, conmigo hubo cierta tensión. Recuerdo que me preguntó si yo le había llevado flores al estudio del camarote. En un reportaje antiguo de los años ochenta, aparecía en una foto con flores sobre su escritorio. En la entrevista, el escritor decía que las flores se las había regalado una amiga. Era yo; pero no se lo quise decir. No me dio la gana, ¿por qué indagaba en su pasado?

Cinco años después de su muerte, presenté el proyecto de una gincana y una obra teatralizada con textos extraídos de novelas del escritor al Ayuntamiento de Getxo. Me dieron una subvención. A

punto de estrenar, me llamó la mujer para recordarme que él había dejado su legado tanto a sus hijos como a ella.

«Bueno, Begoña», le dije, «ya he hablado con la bibliotecaria y con el hijo que ahora vive en su casa. Además, tengo la subvención del Ayuntamiento.»

«Yo no me llamo Begoña», casi gritó.

«Ah, perdona... Es que no me acuerdo de cómo te llamas.»

—No imagina cómo se puso. Parecía que la había insultado. Begoña era el nombre de la primera mujer.

—Aparte de haber teatralizado obras del escritor, es intérprete de otros textos. ¿Le interesa el teatro contemporáneo?

—Más que lo contemporáneo, me interesa lo eterno. Mi cuerpo no me pertenece, se lo presto a los personajes que interpreto.

—Pero también escribe y publicó un libro autobiográfico. ¿Hablaba del escritor?

—No.

—¿Por qué si él fue una persona importante en su vida?

—Yo entonces era muy joven..., él me llevaba treinta años. En realidad, sigo conservando a una niña en mi interior; me gustan las personas inocentes.

—¿El escritor lo era?

—Sí, y tenía un gran deseo de vivir en armonía con la Naturaleza. Era ecologista antes del Ecologismo, la prueba es el «Concurso de cuentos contra la suciedad» que organizó en 1981.

—¿Qué puede decirme de aquel concurso?

—El premio lo ganó un chico de quince años que luego estudió Medicina y seguía escribiendo. Se convirtió en el mejor amigo del escritor. El número seis de Libropueblo recoge dieciocho cuentos seleccionados entre ciento sesenta y uno que se presentaron al Concurso. La selección incluía tres en euskera y quince en

castellano; entre estos, uno es de una bibliotecaria de Getxo; otro, de un cuentista y poeta bilbaíno; un tercero, de otro médico alergólogo también escritor... Entonces todos eran muy jóvenes. La iniciativa tenía que ver con las ideas naturalistas del escritor: Walden y Thoreau eran su inspiración. En aquellos años tenía el proyecto de escribir una especie de Biblia atea, aunque nunca llegó a hacerlo.

—¿Cómo era su personalidad?

—Era un ser llano, con mucho sentido del humor, nada atrapado en la lucha de egos típica de los artistas. Su falta de malicia era alarmante, quería parecerse a los aldeanos del barrio de Andra Mari, donde vivía. Me hacía reír porque se notaba que había sido educado en la ciudad y sus manos eran muy finas, no había trabajado con ellas.

—¿Recuerda alguna anécdota?

—Hay tantas... Una tarde fui a entrevistarle porque en aquella época colaboraba en una sección del periódico que se llamaba «El rincón de...»; salía los domingos y retratábamos el estudio de un artista. Manu Cecilio le hizo una foto preciosa. Tenía el estudio en el camarote, forrado de madera hasta el techo. Él lo diseñó con mucho gusto. El primer sol que salía por el este iluminaba una foto de Thoreau que presidía la estancia y las estanterías de libros llegaban hasta el techo. A un lado había un sofá cama tapizado con cuadros verdes y negros donde dormía; al otro, la mesa. Prácticamente vivía allí arriba para escribir, escribía a diario; su primera mujer ya no habitaba la casa familiar, abajo vivían los hijos que ya no eran niños. Era como una cabaña con techo abuhardillado, un sitio delicioso, tendría tres metros y medio por dos y medio de ancho. Por la ventana abierta, las ramas de un árbol alto invadían el escritorio; más que entrar la luz, parecía entrar el paisaje. Daba la impresión de escribir suspendido en un árbol. Un día, al abrir la puerta, se formó

una corriente de aire. De repente, salieron volando las hojas que tenía sobre la mesa, más de cien. Se puso a correr como loco escaleras abajo. «No tengo copia, no tengo copia.» Acababa de perder el trabajo de meses. Una hora después habíamos conseguido recuperar las páginas sembradas por el jardín y alguna huerta cercana. Un aldeano nos ayudó. Los tres recogimos de un lado a otro las hojas volanderas. Días después me dijo que solo había perdido dos páginas.

Cuando iba a trabajar, llevaba a los chavales a casa de una vecina que les daba el desayuno. Lo preparaba todo de víspera para que los niños se arreglaran solos. Dejaba leche y galletas para toda la semana en aquella casita amarilla separada por un camino estrecho de la casa de piedra que lindaba con Walden. No quería meter a ninguna mujer extraña en casa, eso lo repetía sin preguntárselo. Y cuando sus hijos eran pequeños, mucho menos. Entonces hizo de padre y de madre. Años después, leí en una entrevista: «He sido un privilegiado, pocos padres han podido criar a sus hijos. Ha sido la época más maravillosa de mi vida».

Por lo que me contó, les lavaba la ropa otra vecina. Le traía las sábanas y la ropa limpia y planchada una vez por semana. No tenían lavadora. La vecina lavandera vivía a menos de cien metros junto a la carretera, camino de la estación. Un día murió.

Una tarde, muchos años después, apareció en el taller de escritura excitado —era 1985, creo—: había comprado una lavadora automática. Repetía la palabra «automática» como si alguna no lo fuera; buscaba cualquier pretexto para ponerla. Le asombraba lo que se producía allí dentro: ¡la ropa entraba sucia y salía limpia! Los que asistíamos al taller escuchábamos asombrados a aquel ser tan distinto a los adultos que conocíamos.

En el caserío de la lavandera quedaron varios hombres solos cuando la mujer murió. Quién sabe si aquellos hombres inspiraron *Seno,* una obra con la que quedó finalista del Premio Planeta en 1971. Aquella era, de repente, una casa sin hembras. Cuando iba a Bilbao a hacer la gran compra semanal al mercado de La Ribera, el escritor pasaba frente a la huerta de aquel caserío, por la carretera, y se paraba a saludar a los hombres solos que trabajaban la tierra: el marido de la lavandera lo miraba compungido.

«Hay que seguir», le decía a aquel solitario con el ceño cada día más fruncido. Pero, por más que lo intentaba, no conseguía animarlo. Un hermano del viudo dijo una mañana: «A este le hace falta una pandereta; cuando era chaval le trajeron una los reyes y le gustaba tocar». El marido de la lavandera sonrió al oírlo.

Al volver del mercado ese mismo día, en las enormes bolsas que traía el escritor con comida para sus hijos que, a veces, como esa mañana, transportaba desde la estación del tren en un burro prestado, sobresalía una pandereta comprada en el Casco Viejo de Bilbao. Se la regaló al marido de la lavandera al pasar por su caserío. Esto me lo contó él mismo, tal y como se lo cuento. Se identificaba con los afligidos y solitarios. Era un hombre que amaba la soledad. Me repitió muchas veces: «Lo mejor que puede hacer un ser humano lo hace en soledad. La gente sociable nunca escribirá».

—¿Cuál es su obra preferida de él?

—*Seno,* un precioso homenaje a todas las mujeres. Me gustaba tanto que me regaló el original de la sobrecubierta del pintor Arri: una vaca con todos los personajes mamando de sus ubres que hizo ese artista como portada de Libropueblo. Recuperaron los restos de la edición de Planeta y de algún otro título descatalogado para publicarlos en esa editorial. Ponían una sobrecubierta y vendían la misma novela retapeada a cien pesetas. En la contraportada decía:

«Este libro ha sido recuperado por Libropueblo para sus lectores». Había un afán reivindicativo en el proyecto. Tengo en casa el cuadro en blanco y negro con un marco metalizado, la portada de Libropueblo de *Seno* es más bonita que la original de Planeta. Y esa novela finalista era mejor que el Premio Planeta 1971 de Gironella, hasta lo dijo un crítico en un periódico. La editorial no se portó bien: *Seno* salió al mercado seis meses después que la premiada, en abril de 1972. Ese y otros desencuentros con los editores le empujaron a crear Libropueblo en 1982.

En los años setenta estaba muy orgulloso de esa novela; pero su segunda mujer le convenció de que era muy deudora de García Márquez y el realismo mágico y le oí decir que no la reeditaría jamás. Cambió mucho coincidiendo con su etapa de reconocimiento, los últimos años.

—¿Ha leído las obras que publicó en esa etapa?

—Bueno, mucha gente cree que *Seno* es su mejor novela, no solo yo. La escribió con una beca de la Fundación Juan March de 1970. Dedicó muchísimas horas a elaborar ese lenguaje distinto que no había usado hasta entonces. Una tarde me enseñó una frase grabada con punzón en la pared trasera de la casa: «Hoy he aprendido a escribir». Creo que fue en febrero de 1970. Yo estuve con él cuando recibió la carta con la noticia de la concesión de la beca a principios de ese mismo año. Eran quince mil pesetas mensuales de la Fundación Juan March. No se imagina cómo se puso, parecía que le había tocado la lotería. La beca le permitió dedicarse de lleno a su novela. En aquellos años, jubilado por invalidez de la Fábrica de Gas tras el desprendimiento de retina, colaboraba con la Editorial Vasco Americana, EVA. Sus tres hijos, de entre once y diecisiete años, estudiaban. No le sobraba un céntimo.

El centro del mundo de *Seno* es la mujer sublimada. Los hombres solos de un caserío se sienten atraídos por una vaca que les deja su difunta madre. Uno cree ver en ella a una muchacha que encarna a la Virgen; otro, se deja tratar como un niño por su prima mayor. Todos, perdidos por la ausencia de hembras, emprenden un viaje hacia la mar, el Seno de la especie humana.

Hice dos páginas de cerámica reproduciendo un libro abierto, cada una con una frase de *Seno:*

> Para nadie era un secreto que sostenían con la vaca conversaciones apacibles. Viéndola tan estropeada se le ocurrió insinuarles que llamaran al veterinario. «Nadie le pondrá sus sucias manos encima.»

> María trató por todos los medios de impedir que la familia se le marchara como una banda de gitanos. Las dos mujeres con sus críos, arrastradas por el remolino que ellos dejaban a su paso, resignadas a no comprenderlos jamás, por ignorar que unos hombres sentenciados a errar en el desamparo por una tierra creada exclusivamente para utilizarlos, por haber aceptado el reto de las nostalgias más profundas que acechan a todos los hombres, no podían tener otra conclusión que la locura.

Esas páginas de cerámica que le regalé las guardó hasta el final de su vida en una vitrina. Yo viví la gestación de esa novela.

—Su mujer dice que el escritor se refería a usted como «tontusca» y en los últimos años la rehuía un poco.

—Su mujer tiene celos de todas las personas que lo conocimos antes que ella, sobre todo si tuvimos alguna intimidad con él.

—Pero ¿tuvieron una relación sentimental?

—¡A usted qué le importa! Bueno, me están esperando para un ensayo.

—¿Qué le gusta tanto del teatro?

—Lo efímero. Cada representación es única.

Cabezas

—Su fama como artista plástica, sobre todo sus instalaciones, le preceden; pero he sabido que en su adolescencia asistió a un taller de escritura y se relacionaba con el escritor al que investigo.

—¿Qué investiga?

—Hay dos tesis doctorales sobre su obra; sin embargo, no profundizan en su vida. Me interesan los años en los que se relacionó con usted y otras amigas, cómo era entonces.

—Un tío genial, la persona más abierta de Getxo cuando yo era muy joven. Era mayor que mis padres, aunque, hablando con él, parecía de mi edad. Yo me puse el nombre de un personaje de *El Rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda*. Solo mis amigas y él me llamaban así. Después, cuando me hice punki, no dijo ni mu del collar de perro y las ropas negras con imperdibles que llevaba. Tuve que marcharme a Londres; pero, antes, paseábamos juntos por Algorta: él con su calva y yo con mi cresta.

En 1987 me enviaron a Londres una entrevista que le hicieron en un periódico. Recuerdo una respuesta suya: «La que tenía que haber huido es la calle Telletxe, no mi amiga punki a la que insultaban las decentes paseantes de los domingos». A él no le importaba que le tuvieran por un tipo extraño, era libre. No le preocupaba ir acompañado de chicas muy jóvenes con las que sintonizaba mejor que con otras personas. Media docena de amigas quedábamos con él. Decía que si los vecinos murmuraban era problema de los vecinos. «No me gusta escandalizar, pero tampoco lo evito.»

Respetaba incluso a los que se consideraban sus enemigos y miraba con una sonrisa mis pelos de colores. Supongo que nuestras cabezas ofrecían una imagen curiosa, la suya concienzudamente calva; la mía, fosforescente.

Por lo que me contó su amigo con el que fundó la editorial, en una semana se le cayó el pelo de todo el cuerpo: sobacos, cejas, cabeza... Todo en menos de un mes. Fue fulminante. Un médico de Madrid, el doctor Sabatini, dijo que el problema tenía un origen traumático. Y en Londres su amigo José Javier recibió un plano con las medidas de su cabeza para que le comprara una peluca. Me dijo: «Cuando yo le conocí no era de mucho pelo, tenía entradas y ya no era rubio sino castaño. Se peinaba hacia atrás, sin raya. Al perder todo el pelo en pocos días, empezó a ir a médicos... Su gran enfermedad era la timidez y aquello le hizo sufrir. Salir de repente con aquella calva oronda debió de ser terrible, el pobre hombre llegó a la locura de creer que todo el mundo le miraba. Se obsesionó. Yo le decía: Pero ¿tú qué te crees? Hasta que descubrió la *txapela...*».

Fue a varios médicos y un dermatólogo de cierta fama de Bilbao le dio una medicina y le preguntó: «¿A usted le ha pasado algo terrible, algún susto..., cuando se le cayó el pelo?». «Me han quemado una novela», dijo. Según el médico, esa era la explicación.

—¿Qué es eso del plano de la peluca?

—Yo vivía en Londres, como ahora, que no puedo imaginar la vida en otro lugar. Entonces estudiaba Arte pero tuve que hacer otras cosas para sobrevivir, trabajaba de *au pair* de día y por las noches transformaba el paisaje londinense con mi arte urbano, era grafitera. Una tarde me encontré con su amigo J.J., en un acto donde había pintores, periodistas (entre ellos Felipe Mellizo de la Agencia Efe) e invitados de todas las edades. Nos saludamos, sabía que el escritor y yo nos conocíamos y me contó que mantenían correspondencia. Esa

misma semana me crucé otra vez con J.J. en Harrods. Era mi día libre y había ido a comprar material porque un compañero de piso me había avisado: «Hay ofertas de tubos de acuarela Watteau, telas para óleos, papel Canson... Están liquidando la sección». Pero no había espráis. Cuando salí, J.J. entraba. Sacó unos papeles doblados del bolsillo nada más verme y me dijo: «Mira lo que me ha mandado», era el plano de una cabeza en tres hojas, «quiere que le compre una peluca». No sabía dónde encargarla y pensaba mirar en los grandes almacenes. Me pidió que lo acompañara; estaba un poco indignado con el encargo.

Como puede imaginar, me entró la risa; pero lo acompañé. Los planos eran pulcros, curiosos: uno en alzada, otro de perfil y otro en planta, llenos de medidas con cotas de su cabeza: de una patilla a la otra; del nacimiento del pelo en la frente hasta la nuca; la diagonal entre el cuello y las entradas de la frente sobre el ojo derecho, el perímetro frontal... Dibujaba muy bien: distintas líneas discontinuas atravesaban un esquema cuyos bordes eran los de una cabeza. En la sección de pelucas de Harrods dijeron: «Para una peluca completa es imprescindible que se presente el individuo; otra cosa es un postizo, un bisoñé...». Nos mandaron con viento fresco. Aquella misma noche dibujé su cabeza en una pared.

No supe más del asunto peluca... J.J. y yo nos reíamos al recordarlo. Pero el escritor no era amigo de bromear sobre su alopecia. Aquel verano, cuando volví a Getxo, tenía peluca. Era rubia, bastante fea; le hacía parecer más joven. La usó durante años. Y no vino de Londres, no, tiempo después me enteré de su origen. Le habían llamado para firmar libros en El Corte Inglés, querían poner un estand en la calle y obsequiar con flores el Día del Libro como hacían en Barcelona. ¿Qué les diría para que le regalaran una peluca? A aquella peluca le buscó una bola, un soporte sobre el

que la dejaba cubierta con un pañuelito limpio cuando no la llevaba puesta, así la protegía del polvo. Siempre estuvo obsesionado con su falta de pelo, hasta el final de su vida.

Años después me crucé con él en su paseo diario por el acantilado de La Galea. Lo vi con gorra y me sorprendió. «Tú ahora hasta podrías llevar un tiesto en la cabeza», le dije. Le acababan de dar el Premio Nacional, llevaba visera en vez de boina. Durante años había usado *txapela* hasta en agosto. De repente, empezó a llevar gorras inglesas. En los paseos y las salidas se le veía con visera. La primera que llevó fue de segunda mano: se la había regalado un surfista que iba al taller. Estaba muy estropeada y pronto desapareció.

Después supe que su segunda mujer no le dejaba llevar ropa tan usada y, para convencerle de llevar gorra, se dedicó durante dos años a contar en las calles de Bilbao los hombres que llevaban gorra inglesa y los que usaban boina. De eso me enteré mucho después. Todos los miércoles, cuando él iba a Bilbao a verla, antes de cenar en la cafetería Isla de Loto, contaban boinas y gorras. Le convenció de sustituir una por otra. A ninguno le gustaban las boinas. Ella decía: «Aplastan la cabeza»; él las asociaba a los nacionalistas radicales.

Entre nosotras alguna vez hablamos de aquella mujer joven que irrumpió en su vida cuando él tenía casi ochenta años y con la que cambió tanto. De repente, iba bien vestido. Siempre había sido terriblemente austero, de esos que no iban a un bar a tomar un café, ni compraba unos zapatos hasta que destrozaba los anteriores. A todas nos pasó lo mismo: desde que ella apareció, ya no tenía tiempo para nadie más. Creo que hasta le prohibió a la bailarina quedarse a dormir en su casa.

En aquellos años yo era muy intensa, hacía *happenings,* instalaciones: no me importaba que la obra se destruyera; el arte

efímero formaba parte de mi vida. Pero cuando el *collage* se cruzó en mi camino, lo cambió todo. Uno de esos *collages* cubrió una calle entera de una capital europea y me dio la fama: combinaba lo popular con la vanguardia, tal vez por eso gustó tanto. Estuve casi una semana subida a un andamio para hacerlo, porque me habían dado una subvención. El mural representaba su regia cabeza con todas las pelucas, gorras, boinas, pañuelos y tocados que pude imaginar. El conjunto en lo alto de una cabeza calva era como una diadema femenina muy gruesa. También le puse una cresta rosa como las que yo llevaba de adolescente y una peluca con el pelo ensortijado de un negro, junto a las trenzas auténticas de una inmigrante boliviana con la que compartí piso. Ella intentó venderlas sin éxito y al final me las regaló por un descuento del alquiler. Aquel mural fue un homenaje al escritor; aunque en Bilbao, su lugar de nacimiento, pocas personas saben quién me inspiró la cabeza regia del *collage.*

En Getxo tampoco lo hubiera entendido todo el mundo; el arte no siempre es fácil de digerir: debe ser así para ayudar a cuestionarse lo establecido. Me colé en la UCI la última semana de su vida, haciéndome pasar por su sobrina; pero no tuve el valor de hablarle de la obra que me había inspirado.

Es curioso, hace poco apareció una cabeza gigante de una niña ahogándose en la ría de Bilbao de un provocador artista mexicano. El efecto era increíble: cuando subía la marea no se veía; pero, con la marea muy baja, quedaba a la vista la estructura metálica sobre la que se apoyaba la cabeza de resina de casi dos metros. Vista desde la orilla, con distancia, en algunos momentos parecía una niña ahogándose de verdad. Formaba parte de una campaña que invitaba a la reflexión con varios *slogans* para pensar el futuro. Estaba claro que la niña pedía ayuda. Una de las frases que destacó el periódico

decía: «En 2040 el Athletic pertenecerá a un empresario indio». ¡Menuda reflexión! Su Athletic, mi cabeza, la cabeza de la niña que apareció en la ría el 23 de septiembre, día de la explotación sexual. Niñas, futbol, cabezas... Él era un artista y los artistas saben navegar entre las ambigüedades; su cabeza tenía un perfil escultórico. Yo habría acuñado una moneda con ella.

—Pero ¿usted, cómo lo conoció?

—Al volver de Nueva York, antes de marcharme a Londres. Fui modelo de desnudos de pintor allí con diecisiete años. Me había escapado de casa donde algo indefinido me oprimía y tuve el valor de poner un océano de por medio. A una niña del colegio le tocó un viaje en un concurso de esos que parece que nunca van a tocar. Se lo compré con el dinero que había ahorrado vendiendo ropa customizada. Mi familia era de clase trabajadora desde varias generaciones, ese era el espíritu en el que había crecido y empecé a ahorrar muy pronto. Pintaba cosas humildes: una papelera, mi silla, la puerta de mi habitación... También cosía estrellas en mi ropa: a una falda le puse un aro de metal y pegué un sujetador encima de una camiseta... Algo que nadie me había enseñado gustaba a los demás. Tenía una especie de inteligencia artística, por lo que dijo una profesora.

Mi amiga bailarina me ayudó a vender lo que hacía en una tienda de ropa usada de Algorta. Todos mis ahorros fueron para aquel viaje: era de ida y vuelta, pero yo no volví. Creía que en Nueva York sería fácil convertirme en diseñadora o artista, era ingenua hasta ese punto... La ciudad me contagió su desasosiego y me perdí entre la gente, nadie entendió mi alegría creativa. Por algún motivo, el arte no me pudo salvar allí. Los problemas se multiplicaron en cuanto aterricé: no tenía dónde dormir, pasaba hambre y ni siquiera dominaba el inglés. Conseguí un trabajo para posar como modelo de

pintor; pero pagaban poco. Milagrosamente, una monja de un albergue donde acabé llamó a mi familia y me enviaron un giro para el pasaje de vuelta. Mi padre se estaba muriendo.

Llegué a Getxo en estado calamitoso, mi delgadez quedaba a la vista, pero mi desahucio interior, no. Aun así, me importaba la ropa y, completamente perdida, asistí al funeral de mi padre con una bandera americana envolviendo mi cuerpo a modo de vestido. Debajo solo llevaba unas botas camperas. Mi madre empezó a llorar más fuerte al verme entrar a la iglesia; la ceremonia estaba acabando. Mi hermano me dio un bofetón nada más salir. Después, mi amiga bailarina me llevó a Walden y me dijo: «Este lugar es como un útero, aquí estarás bien». No podía volver a casa y el escritor me acogió una semana. Aquella tarde en la que todo parecía a punto de derrumbarse, me dijo: «Eres un alma libre, no dejes que nadie mate eso en ti». Así era ese hombre.

Gatitos

—¿Reconoce esta foto?

—¡Claro! Soy yo con nueve años en el rodaje de la película alemana. Qué graciosa con esas trenzas postizas. Ahí está Fermín «el Gordo», el hijo de Sabas que se despeña por La Galea y muere en la película. ¡Qué bonita la muñeca de trapo! Es una pena que no aparezcan los gatitos..., ¿de dónde ha sacado la foto?

—Estaba en un ejemplar antiguo de *Las ciegas hormigas;* me lo ha prestado la mujer del escritor. Mire lo que pone detrás: «Con todo afecto de tu Nerea». Y la firma del 23 de abril de 1970.

—¡Menuda letra, sí, era la mía! Fue el Día del Libro, pero yo no tengo esa foto, ni sé cuándo se la dediqué. Me acuerdo de que era la única actriz española entre todos los alemanes de la película, la gente iba a que les firmara su novela ese día.

—¿Qué recuerda del rodaje?

—Lo pasamos bien. Fui a Walden con la intérprete de los alemanes varias veces. La chica era novia de un cámara; pero, por alguna razón, me adoptó un poco: pasaba muchas horas conmigo. Una tarde, en una visita, también fueron con nosotras el director y un fotógrafo. El escritor decía enfadado que iban a rodar una película sobre su novela y no le habían pagado ni sabía que habían vendido los derechos.

Mientras escuchaba hablar a unos y otros en alemán y castellano, yo miraba a un hijo del escritor muy guapo regar la huerta. Era unos años mayor que yo y, luego, hizo de extra en una escena del barco.

Jugamos en la playa de Sopelana juntos. A todos los críos nos gustaba el decorado del barco encallado cortado por el eje de proa a popa. Depende desde dónde se mirara, se veía que era medio barco.

El escritor me explicó la escena de los gatitos mejor que el director: debía acercarlos amorosamente al pecho. Recuerdo que les dieron algo con una jeringa para mantenerlos tranquilos, pero uno me arañó.

Al entrar en la calle particular para ir a Walden, el primer chalet se llamaba Villa Nerea, siempre pensé que el nombre de la niña de la película, Nerea, venía de ahí. Los nombres de los gatitos eran extraños, difíciles de recordar: el negro, *Cuarto oscuro;* el blanco, *Flor de peral* y el otro, *Baldosas de colores*. Sus uñas rasgaban la falda de mi vestido. No podían quedarse quietos cuando les daba de mamar.

Tengo el vídeo del rodaje, lo vi hace años; también algunas fotos de la película en blanco y negro. El vídeo en color es en VHS, pero ya no tengo reproductor: habría que reconvertirlo a un DVD. El rodaje para la televisión alemana se estrenó el 14 de octubre de 1970 y el vídeo es lo que hoy llamaríamos un *making off*. El director alemán, con barbita rubia y gafas de sol, aparece fumando en escenarios de Las Arenas, La Galea, la plaza de San Nicolás y alguna fábrica del gran Bilbao. Hay carros con bueyes, sacos de carbón y cestos usados entre la gente humilde caracterizada con ropa de primeros del siglo xx. La estrella es la intérprete de alemán, sale mucho porque el cámara estaba enamorado de ella. En una toma larga come un helado en la playa, en bikini, junto al falso barco encallado. En otra, la gente del pueblo se cuela entre el camión de catering y una furgoneta de Mudanzas La Paloma y, luego, un grupo de niños y niñas de uniforme se sientan en la plaza para ver rodar una secuencia. En la comida de fin de rodaje el escritor, con camisa

blanca y boina en pleno verano, firma un libro. He visto el vídeo muchas veces. Yo apenas salgo en él.

—¿Volvió a ver al escritor?

—Lo vi cuarenta años después. Me acerqué de visita con mi hija. No era actriz, nunca lo había sido, pero había publicado dos libros sobre Palestina cuando fui corresponsal de guerra. Vivía en Madrid y visitaba a mi familia en el Norte en vacaciones. Una tarde de verano leí en el periódico el enorme éxito que había tenido el autor de aquella novela que los alemanes convirtieron en película. Decían que su trilogía era la gran novela del País Vasco, le habían dado un premio importante. Esas vacaciones la leí y me sorprendió cuánto me ayudó a comprender la historia de Euskadi y el origen de ETA: todo estaba allí. Lo llamé por teléfono, hablamos. Estuvo amable, pero creo que no entendió que yo era la niña de los gatitos.

El verano siguiente me acerqué a Walden con mi hija y, aunque me avergonzaba regalarle mis libros, me atreví a hacerlo. Los miró con interés, nunca supe si los leyó. Encontré a un anciano cuya mirada no había renunciado del todo a la seducción. Me llevó a la huerta, junto a la casa, frente a un depósito cubierto de zarzas. Cogimos moras y frambuesas que repartimos en tres platitos. Mi hija jugaba con una gata tricolor, como *Baldosas de colores;* se llamaba *Anaconda*. Nos reímos, comimos frutos rojos y después fuimos al gallinero, de donde sacó dos libros de Libropueblo con tapa de cartón atados con una cuerdita. Me los regaló, los guardo como un tesoro.

Durante meses seguimos hablando por teléfono sobre política internacional varias veces al año. Era un lector asiduo de periódicos, estaba informado y siempre mostraba una visión propia. Me encantaba su humor fino y aquella voz llena de brío a pesar de la edad. Pero lo que más me cautivaba era la sencillez con la que

abordaba las grandes cuestiones de la vida, parecía haber encontrado al escribir un recetario universal. Sus conversaciones me tranquilizaban. No sé por qué alimenté la fantasía de compartir algo más con aquel escritor sabio; en aquellos años estaba muy sola. Pero siempre era yo la que llamaba y me cansé.

El último verano de su vida, después de releer el primer tomo de *Verdesvalles, colinas rojas,* volví a visitarlo. Mi hijita me acompañaba. Comimos paella sentados en el porche. Estaba decidida a acercarme a aquel hombre: me gustaba su mente poderosa y el espíritu libertario de su obra. No entendía por qué se mostraba esquivo, independiente como un gato. Hablamos de la escena de los gatitos, se acordaba bien. Mi hija era entonces menor que yo cuando rodé la película y huía de la gata *Anaconda*. Hacía pocos meses había nacido una camada, todos los gatitos recién nacidos se llamaban como los personajes de la trilogía: *Roque, Isidora, Flora*...

La niña quería jugar con ellos, pero la gata le impedía acercarse. El escritor me miró largamente con sus ojos llenos de vida, luego los dos nos quedamos contemplando a la gata defender a sus crías. En el silencio vegetal del porche atardecía. Yo trataba de comprender el aislamiento en el que vivía aquel hombre, tal vez su necesidad de imaginar le apartaba del mundo real..., como si todo lo que no fuera escribir le pareciera desperdiciar su vida. Pero estaba equivocada. Un rato después, cuando nos despedimos, la nena consiguió acariciar a un gatito blanco y negro; su madre había salido a cazar. «Ese es *Roque»,* dijo el escritor, y me cogió la mano antes de añadir: «Soy muy feliz, en mi vejez, cuando ya no lo esperaba, tengo un gran amor, ella les ha puesto esos nombres». Solo entonces comprendí que conocía perfectamente mis sentimientos hacia él. Fue la última vez que lo vi.

Por cierto, ¿podría darme esa foto del rodaje en la que aparezco? Me gustaría conservarla.

—Eso tendrá que preguntárselo a su mujer... Pero quizás podríamos hacer una foto de la foto.

Huelguista

—Me gustaría que me cuente cómo fue la huelga de hambre en la que reivindicaron que el Ayuntamiento de Getxo devolviera al pueblo más de catorce mil metros cuadrados que habían alquilado a un club privado.

—Fue en marzo de 1980, el terreno había sido donado al pueblo de Getxo en 1933 con la condición de ser utilizado como parque; pero se instaló allí el Club Jolaseta. Nosotros pedíamos la anulación del contrato de alquiler de la época franquista y los tribunales nos dieron la razón. El Club Deportivo privado más selecto de Bizkaia —al que don Juan de Borbón había dado el título de Real Club, un club de señoritos— seguía ocupando los terrenos con sus pistas de tenis ubicadas en la zona aristocrática de Neguri, próxima al mar. Tenía un contrato de alquiler por medio siglo a razón de cuarenta y cinco mil pesetas anuales.

—Durante el encierro un escritor hizo una «Pequeña crónica de una huelga de hambre».

—Sí, una crónica que no llegó a publicarse.

—Por lo que me he informado, una Asociación de Vecinos presentó varios recursos sin éxito porque el pleno de la corporación, presidida por el marqués de Zubiria en 1977, desestimó anular el contrato.

—Veo que está bien informado. Un grupo de siete personas, hartas de negociar, entre ellas el escritor por el que usted se interesa y yo, nos encerramos.

—¿Sabe por qué no se publicó la crónica de la huelga?

—Ni idea.

—Cuando usted la leyó dijo que aireaba ciertas intimidades...

—Ahora que lo dice, recuerdo ese detalle.

—Aún sigue inédita. Según la mujer del escritor, no la publicó porque a usted le molestó algo. El comienzo dice: «Ningún libro es capaz de contentar a todo el mundo, y este menos que otros. Pido perdón por ello». El hecho es que al final la crónica quedó inédita.

—Bueno..., no tendría mucho interés. También escribió un libro cuando cambiaron de ubicación la estación de tren, al inaugurar el metro en 1995, y no tuvo ningún éxito. Era un hombre reivindicativo, no le costaba posicionarse. Como tenía cierto nombre por el Premio Nadal, le pedían su firma; parecía un escritor de guardia. Hay personas cuya melancolía romántica les encamina hacia un mundo más justo y él sentía debilidad por las causas perdidas.

—La huelga de hambre duró ocho días. En primera página la crónica habla de un hermoso espectáculo de solidaridad humana y cuenta que anduvo por allí un tipo que, al encontrarse con unos materiales tan interesantes, decidió escribir lo que veía.

—Sí, escribía mientras estábamos allí. Tres asociaciones de vecinos, Neguri-Languille, Romo y Batasuna, nos unimos en un movimiento ciudadano porque el Ayuntamiento democráticamente elegido no defendía el derecho del pueblo. Había que hacer algo y lo hicimos.

—En la crónica se dice que perdieron cincuenta kilos de carne humana, adelgazados por los huelguistas.

—Perdimos entre seis y diez kilos cada uno, creo.

—¿Por qué una huelga de hambre?

—En una reunión de las muchas que habíamos mantenido, el urbanista del Ayuntamiento dijo: «El asunto Jolaseta está maduro,

solo falta acojonarlos un poco». Era un rojo que hasta tenía barbita a lo Lenin, él nos dio la idea. Reclamábamos unos terrenos en una zona privilegiada por su ubicación y por su diseño. El Ayuntamiento llamó años después «Ruta de las Grandes Villas» a un paseo digno de ser visitado entre las playas de Las Arenas y Ereaga. Reunía palacetes del esplendor de Getxo, construidos por conocidos arquitectos —José María Basterra, Manuel e Ignacio María Smith, Emiliano Amann, Ricardo Bastida...— cuando el clan de Neguri copaba las grandes fortunas de Euskadi y hasta de toda España.

—El escritor decía: «Para que unos acumulen tanta riqueza, otros han tenido que pasar mucha hambre» y, según su mujer, llamaba al entorno de los palacios «Paseo de la vergüenza».

—No me sorprende: la miseria de los maquetos que habían extraído mineral de las entrañas de los montes en el siglo XIX y principios del siglo XX le exaltaba... Quien no lo conociera podía pensar que era hijo de mineros, aunque después supe que fue un niño de clase media y veraneó en Andra Mari, entonces Santa María de Getxo, hasta la guerra, cuando tenía trece años. Pero aborrecía la ostentación de los palacios próximos a los terrenos usurpados.

—Por fin consiguieron recuperarlos.

—Pedíamos lo que era de ley, llevaban catorce años ocupándolos indebidamente. Tras meses de lucha y más de una semana de huelga, conseguimos los catorce mil cuatrocientos cincuenta y cuatro metros cuadrados para el pueblo.

—¿Cómo empezó la huelga?

—Fue el 1 de marzo de 1980 a la una de la tarde, era sábado y fuimos al bar Etxetxu a por bocadillos en mi coche, un 600 blanco; pero no había pan para todos: compramos los bocatas que había y paquetes de patatas fritas: queríamos empezar con el estómago lleno. En el trayecto, el escritor me habló de los ricachones de

Neguri: «Mineros, navieros y banqueros», según el afortunado título de un historiador. Yo le escuchaba.

Después de comer nos encerramos veinticuatro horas para evitar la huelga que ya estaba sobre la mesa, pero votamos hacerla. La impulsora de todo se llamaba Maixabel, en 1977 denunció ante los tribunales la ilegalidad de la ocupación de los terrenos donde se asentaba Jolaseta. Era madre de cuatro hijos, profesora de Euskera y una mujer resuelta. La sala de lo contencioso-administrativo le dio la razón. Con la huelga solo pedíamos que el Ayuntamiento retirara el recurso al Supremo.

—¿Cómo discurrieron esos ocho días?

—Un médico nos visitaba a diario, nos tomaba la tensión y el pulso y nos pesaba. Nuestro campamento en el consistorio se llenó de colchonetas, mantas, sacos de dormir, sillas de playa... En el salón donde dormíamos teníamos un pequeño televisor, radio, barajas de cartas, libros y toallas. El teléfono blanco del ordenanza Silvano se convirtió en improvisada oficina de prensa. Teníamos altavoces por los que emitíamos comunicados que una red de apoyo transcribía y fotocopiaba. Nos traían periódicos para leer. Hicimos mucho ruido. Un día acudieron más de doscientas cincuenta personas al Ayuntamiento en apoyo de la huelga, entre ellos el padre y los hijos del escritor.

Pero el mejor espectáculo lo ofrecimos el domingo en plena calle, cortamos la circulación. Dos damas y dos caballeros vestidos de impoluto blanco simularon un partido de tenis en plena carretera. El tenis estaba muy ligado al Real Club Jolaseta. Jugamos sin pelota; aunque, al fondo, briosos golpes de bombo de una fanfarria alentaban la pantomima; una pancarta hacía de red en una pista inexistente y, sobre una escalera, el hombre de leyes del grupo, Juan Luis Ibarra, arbitraba. Años después aquel abogado llegó a ser

presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco. «Si hubiera más personas como él, el mundo sería un lugar más justo», le oí decir al escritor cuando lo nombraron. Entre los encerrados había rojos, independientes y gente de distintos partidos. Se fraguó una conciencia de grupo, la sensación de que estábamos haciendo algo importante.

Recuerdo que una huelguista tricotaba de forma feroz; otra, leía novelas de Agatha Christie en su rincón y un grupo jugaba al mus. La gente acudía a hacer gestiones al Ayuntamiento y nos observaba a hurtadillas. Colgamos una pancarta en los balcones municipales, reciclada de un torneo de tenis de Jolaseta en el que yo había jugado. Me gustaba el tenis, un deporte de ricos a decir de aquellos rojos.

—¿Pasaron hambre?

—Los últimos días dos de nosotras enfermamos de pura inanición. Cada vez apetecía más la posición horizontal. Pedimos una ambulancia para ir a votar el quinto día de huelga, que eran las elecciones. El alcalde no nos hizo caso. Pasamos hambre; pero, cuando eres joven, todo te parece una aventura.

—¿Le importaría que se publique ahora aquella crónica de la huelga?

—¡Qué va! A mi edad esas tonterías no tienen importancia.

—¿Qué le dolía airear entonces?

—Bueno, prefiero no decirlo.

—¿Siguió relacionándose con el escritor?

—No de continuo, pero, cuando le dieron el Premio Euskadi en 2005, fui con un grupo de invitados a Ajuria Enea, quiso que le acompañáramos algunas amigas. Coincidí en el coche con dos de sus hijos y su mujer. A la altura del puerto de Altube, ella dijo: «Como Roque Altube». «¿Quién es Roque Altube?», preguntó

alguien. No hubo respuesta. Tampoco yo sabía quién era Roque Altube, protagonista de su trilogía. Nunca he sido lectora y menos de tochos como esos. Su mujer daba importancia a que hubiéramos leído al escritor, era como si el mundo se dividiera en dos mitades: quienes lo habían leído y los que no. En la Lehendakaritza la presentadora dijo tres veces mal el título de la obra, cambió los colores de los valles por los de las colinas. La mujer exclamó «Ha sido sonrojante». Pero el emotivo discurso del escritor acabó con la frase: «Pido comprensión hacia el otro en este País Vasco nuestro».

Comprensión hacia el otro, eso era él. Años después una amiga me contó que lo escuchó en una conferencia de un ciclo titulado «Encuentros en La Catedral» en Vitoria-Gasteiz. Al restaurar la Catedral Nueva de Santa María descubrieron restos valiosos del siglo XII y hacían visitas guiadas donde se veían las excavaciones desde un suelo de cristal. Llevaban a escritores como reclamo. La primera frase de su charla fue: «No me gustan las catedrales». El presentador dio un respingo ante aquella andanada. «Pienso en toda la gente que habrá muerto y sufrido para hacerlas», explicó. Y arrancó un aplauso del público.

Segunda parte
Verbos irregulares
(1980-2012)

> Cada mañana trae verbos irregulares que es preciso aprender.
>
> WYSTAN HUGH AUDEN

Cuaderno naranja
Junio de 2003-Navidad de 2004

El cuaderno de tapa dura naranja y brillante tiene en portada la marca Clairefontaine con un logotipo blanco triangular. Contiene postales y papeles pegados entre las páginas manuscritas numeradas de la una a la cuarenta y cuatro, y escritas a bolígrafo azul y negro. Al final, entre la cuarenta y cinco y la sesenta y dos, hay fragmentos a lápiz.

En la guarda, el nombre de la mujer, un teléfono fijo y una nota en primera página:

Este es un diario privado. Me gustaría que nadie que lo tenga en sus manos, lo lea sin permiso. No sé qué escribiré, pero mi deseo es contar las cosas importantes de la vida para atraparlas un poco y recordarlas años después. Uriarte está escribiendo un diario, él me ha dado la idea.

Una postal pegada en dos esquinas del borde izquierdo permite leer el reverso.

¿Fue posible que yo no te supiera
cerca de mí, perdido en las miradas?

Los ojos me dolían de esperar.
Pasaste.

Si apareciendo entonces
me hubieras revelado
el país verdadero en que habitabas!

Pero pasaste
como un Dios destruido.

Sola, después de lo negro,
surgía tu mirada.

11 de junio de 2004

Lo que me ha hecho decidirme a escribir el diario tiene que ver con la historia de amor con el escritor. He pegado aquí una postal que le regalé hace meses en la que reproduje un poema de Gil de Biedma.

La postal, con la imagen de *Alice* de Modigliani que no sé cómo ha vuelto a mí, refleja exactamente lo que sentí. Yo soy esa niña modosita en azul, esa muchachita, como él me llama, observando expectante el mundo, la llegada de la vida. Hace seis años le entrevisté por primera vez cuando publicó su novela *Huesos,* le miré sin verle, porque no me reveló el país verdadero en que habitaba... Me pregunto a partir de qué momento me dejó entrar en él.

Palabras que usa para llamarme: Milagro, Muchachita, Privilegio, Tehani, como un personaje que no sé si es de *La Isla del Tesoro* o *Los mares del sur*. Lleva un *sharong,* eso seguro.

Recuerdo una cena de primavera con mis amigos en la que dije:

—Creo que me estoy enamorando.

—Será un espejismo —dijo Uriarte—. Os doy como mucho seis meses. ¿Y qué va a ser de Patxi?

Yo tampoco lo sabía. Enunciar esas palabras fue confesármelo a mí misma. Antes de la cena me había prometido no mencionar al escritor. Llevábamos meses en los que entusiasmada por la obra que estaba leyendo hablaba a todas horas de ella, pero también de la honestidad y fortaleza de su autor, esa fe en sí mismo que le hacía parecer un Dios. Mis amigos habían empezado a quejarse.

Se me han quedado grabadas dos o tres frases, Uriarte diciendo:

«Pero ¿cómo voy a leerlo a estas alturas?». Ahora, dice: «Al oírte hablar de él, hasta me apetece conocerlo». Y tiene ganas de leer su obra, claro.

Miguel, que lo admiraba desde siempre, repitiendo:

«Cuidado, cuidado..., quiere convertirse en tu novio. Te has hecho una idea equivocada de él».

Un correo electrónico entre las páginas manuscritas.

De: mbengoa@teleline.es
Para: giltza@edeb.com
Enviado: Lunes, 14 de junio de 2004, 23:30
Asunto: Hola y Kirmen

Querida Miren Agur:

El otro día lo pasé muy bien, sentí no poder quedarme con vosotros. Después de comer me llamó P. para decirme que venía a Bilbao. Es una persona a la que adoro. Lamenté no quedarme de sobremesa; en ocasiones tiendo a sentirme desplazada porque no bebo. No me gusta y tomo medicamentos incompatibles con el alcohol. Por favor, guárdame el secreto.

Quiero agradecerte la recomendación de Kirmen (qué nombre tan extraño), su libro de poemas me ha encantado. Lo compré el sábado y estoy segura de que lo voy a leer muchas veces. ¿Me puedes dar su contacto o llamo a Visor? Quiero entrevistarle para el periódico.

Si no tienes su teléfono o correo electrónico, escríbeme de todos modos. Se me olvidó decirte algo, lo pensé al marcharme (lo que los franceses llaman síndrome de *l'escalier):* tú no das importancia a los premios porque tienes

muchos. Para mí son cierta garantía, como publicar en determinada editorial... No sabes cómo me animó que te gustase mi microrrelato «El ciclista». Por curiosidad, ¿lo identificas? Está inspirado en un poeta de Bilbao.

Hasta pronto, un abrazo.

2 de octubre de 2004

Su tosquedad es fingida. Dentro, superada esa primera capa de ermitaño alejado de la civilización —en su Walden, como Thoreau—, hay un ser enormemente delicado con manos de escultor y mirada de artista.

Después de pedírmelo muchas veces, por fin me quedé toda la noche con él en septiembre, por su cumpleaños. Ya lo habíamos hablado. Esa tarde me recibió con una rosa en la mano.

Poco después tuvimos nuestra primera bronca. Hice un intento de recuperar la relación con Patxi aconsejada por Uriarte, con el que últimamente hablo a diario, fuimos a Cádiz de vacaciones diez días. Inútil. Cometí el error de llevar los cuatro cuadernos de la novela inédita. Al leer aquellas páginas no dejaba de asombrarme, ¿cómo podía ser tan libre? No podía dejar de pensar en el escritor. Me escapaba para hablar con él y comentar la novela. Con Patxi no había nada que salvar.

No puedo decir que hayan sido unas vacaciones horribles. Conill es un sitio precioso y la casa estaba bien, todo propiciaba el descanso; pero había algo irreversible en nuestro trato amable, una evidente agonía de última página. Todo el viaje de vuelta ha sido un largo silencio.

11 de octubre de 2004

Hoy me ha regalado un gorro ruso de astracán negro. ¿De dónde lo habrá sacado? Cuando me lo he puesto ha dicho: «Estás muy guapa. Pareces una moscovita». Quiere que lo lleve a Madrid los próximos días. Pero no hace tanto frío; para llevar ese gorro de piel tendría que nevar. Él irá con su boina, claro.

También me ha contado algo que dijo su hija en junio referido a mí, cuando fue a visitarla a Sevilla, por lo visto le habló de nosotros: «¿No creerás que esa chica es una hippy?».

No, no lo cree. Ha prometido adaptarse a mis necesidades: cambiará el frigorífico de la puerta oxidada que me da asco, debe de ser insano guardar comida ahí; pondrá un armario grande en el dormitorio para que pueda colgar mi ropa y dejar algunas prendas en su casa. Me quedo los fines de semana desde el viernes. ¡Cuánto se nota que vive solo desde hace años! Hoy, cuando he llegado a las cuatro, acababa de comer. Había una sartén sobre la mesa; he preguntado: «¿Y el plato?». Había comido en la sartén. Me ha mirado con tal asombro que me ha hecho dudar de la utilidad de los platos. Tiene un tostador que activa apoyando un tenedor en la palanca atascada. Lo sostiene con una pieza de madera maciza. Cuando lo miro tostar el pan, pienso en los inventos del *TBO*. Le he pedido que compre uno nuevo y ha dicho muy serio: «¡Pero si funciona!».

Madrid, 13-17 de octubre de 2004

Han sido unos días extraños. Está sucediendo todo lo que pronostiqué. Él no está convencido de que su novela vaya a ser un enorme éxito, pero repite mi frase riendo: «Esto no ha hecho más que empezar». Hemos hablado tanto, nos hemos amado tanto. Este hombre es una fuerza de la naturaleza.

En el aeropuerto de Bilbao compré el periódico antes de coger el avión. Como era miércoles, había salido *Territorios*. ¡Qué emocionante que la primera crítica publicada haya sido la mía! Con algún cambio, eso sí, no sé el motivo. Mi título era «Extraordinaria novela», y se les ha ocurrido titular «La historia más próxima». Han colocado el texto a la derecha, resaltado, en un gran despiece en tono salmón de más de media página junto a una entrevista de I. Esteban. Le han dedicado la portada del suplemento y dos páginas. Ha leído la reseña mientras esperábamos para embarcar. Le han conmovido estas líneas: «A veces una novela puede arrojar más luz sobre una realidad histórica y los problemas de una sociedad que muchos sesudos artículos llenos de argumentos. La tierra convulsa del País Vasco que habitamos necesitaba una gran novela para ser comprendida por muchos». Lo que él no sabía es que me habían cortado el último párrafo:

> Presumo para esta obra reconocimientos, aunque siempre es arriesgado concretarlos y el mundo de la publicación no deja de ser una aventura llena de misterios; sin embargo, no me resisto a comentar una anécdota que retrata a su autor como un caso atípico alejado del mundanal ruido literario. Este verano al visitarle en su casa de Getxo donde con mucha frecuencia la puerta de la vivienda permanece abierta, me llamó la atención el soporte que la sostenía desde el suelo y le pregunté qué era. «Por fin le he encontrado una utilidad después de tantos años», dijo: era un trofeo literario que no supo concretarme a qué certamen correspondía.

¡Qué pena que lo hayan cortado! Creo que me pasé con la extensión.

Cuando el subdirector me pidió que hiciera la crítica, le dije que no sabía si era adecuado. «Tengo una relación muy estrecha con el autor», le expliqué. «No importa», dijo contundente, «de todos modos, haz la reseña.» Nieves le debió de decir algo, creo que ninguno imagina hasta qué punto nuestra relación es íntima.

En el Wellington, no hace más que repetir que el hotel es un lujo innecesario. A mí me encanta el mármol del baño, el armario con luces dentro donde te puedes quedar un rato ordenando la ropa, los albornoces blancos esponjosos y el chocolate que dejan junto a la almohada en el embozo abierto cuando preparan la cama... Si no fuera por mí, pediría que lo trasladen a otro hotel, estoy segura. Hay fotos de mi adorada Patricia Highsmith en un pasillo, por lo visto se alojó aquí. Al verme con el diario naranja ha preguntado:

—¿De qué escribes?

—De todo.

—Pues escribe de cómo nos amamos. Es lo único que merece la pena.

El último día después de todas las entrevistas estuvimos quince horas sin salir de la habitación, acabamos una bolsa de naranjas que habíamos comprado el día anterior y pedimos que nos subieran la cena ¡con dos enormes zumos de naranja! Cenamos en albornoz. Yo diría que le gustó esa comodidad después de tanto protestar.

El viernes vino su hija desde Sevilla para asistir a unas jornadas en Madrid. Me miraba mucho, fuimos a ver una exposición de Gauguin al Thyssen los tres juntos y nos hicimos fotos.

El sábado me desperté antes de las siete. Abrí la puerta de la habitación, pero no estaba el periódico colgado en la manilla, ese

lujo del hotel. Me vestí y bajé a recepción, tenía una corazonada. Salía una crítica elogiosa de Rafael Conte donde lo llamaba «El Homero vasco» en *El País*. Subí corriendo a la habitación «¿Qué traes ahí?», preguntó. Leí la reseña en voz alta. Cuando acabé me pidió: «Vuelve a leerla». Tenía dos gotitas en el lagrimal. Nunca le había visto llorar.

Por la tarde, en una librería de El Corte Inglés he buscado su libro del que no había ni rastro. La librera nos ha dicho: «No lo hemos recibido aún, aunque varios lectores ya lo han pedido». Le he enseñado una novela de Marie Darrieussecq con una frase de una reseña mía en la solapa: en Anagrama, Herralde pone a veces fragmentos de mis reseñas de *El Correo.* Él me ha comprado *La comedia humana* de William Saroyan, una obra de arte. Aún solo he leído la mitad, pero me entusiasma tanto como Carson McCullers. Es una novelita breve, encantadora, exactamente el tipo de libro que me gustaría escribir. Cada vez soy más consciente de que ha leído más de lo que dice.

Su dedicatoria en el libro de William Saroyan: «A mi nena, a estos maravillosos días en Madrid. La vida tendría que ser siempre así... Mil besos, gran amor». 17 de octubre de 2004.

Un sobre de fax de la habitación 406 grapado contiene tres fotos, una del escritor con su mujer y su hija. Detrás de cada una hay algo escrito:

«En el café del Prado nos abraza a las dos y nos invita a champagne».

«La ronda de las niñas bretonas, mi cuadro preferido de Gauguin en el Thyssen.»

«La habitación después de la batalla.»

Una página cuadriculada de un bloc pequeño pegada bajo el sobre contiene frases cortas. «Los cuerpos desnudos», aparece subrayada.

Este título de un capítulo me gusta. Se lo he dicho. Va a ser el del segundo volumen.

Octubre de 2004

Disfruto el proceso de corregir galeradas, estamos con el segundo tomo. Hoy ha dicho: «Si yo he sobrevivido a la novela, espero que los lectores también lo hagan. Pobres, no quería hacerles esta faena». Y, luego: «Empecé en plena juventud, antes de cumplir los sesenta años». Cómo me he reído.

Hemos discutido sobre páginas del segundo tomo que yo suprimiría sin piedad. No hay manera de que acepte. Más de dos horas hablando sobre lo que él llama lenguaje invisible y yo estilo.

Noviembre de 2004

Ayer quería que le acompañara a Radio Euskadi pero me negué, no quiero convertirme en su sombra. Hemos quedado los dos con el editor en la cafetería del Museo de Bellas Artes, en el parque, a las 11:30. Hacía sol. Desde la primera vez que leí sobre el cuadro de la muchachita vasca que fascina a Martxel y Jaso mi imaginación veía entre las páginas a *La aldeanita del clavel rojo* de Adolfo Guiard. El retrato de su novela no existe, según él, pero los he llevado a ver ese cuadro azul que me hipnotiza. En mi libro *A París en globo,* que él me presentó hace ya tantos años, hablaba del cuadro de Guiard en el primer cuento.

Les ha gustado, Juan Cerezo se encargará de pedir permiso al museo, se ha llevado dos postales con la reproducción del cuadro, una para Beatriz de Moura. Después, cuando se ha ido al aeropuerto, hemos comido juntos hablando de mi novela de la niña, que va a tener nueve años. Me ha escrito unas notas muy interesantes. Mientras paseábamos por Abandoibarra, hemos decidido que vamos a ser como los novios antiguos, así se preserva la ilusión en cada encuentro..., él insiste en esa idea y creo que tiene razón, a mí ni se me pasa por la cabeza vivir en Getxo. Yo iré los fines de semana y él vendrá los miércoles. En eso hemos quedado. El resto de la semana solo teléfono. El cuadro de Guiard será la portada, el título ya lo teníamos: *Los cuerpos desnudos.*

10 de noviembre de 2004

He cumplido cuarenta y cinco años. Por la mañana he llorado, Patxi me había dejado un regalo. Hacia las once me ha llamado su madre al trabajo para felicitarme. Cuando me ha dicho que sentía mucho nuestra separación, no encontraba palabras para explicarle nada. Después he ido a Getxo a comer y pasar la tarde. Me ha regalado un joyero horrible comprado en un chino y un ejemplar de cada una de las doce traducciones de *Las ciegas hormigas* que tenía. Ha tocado la armónica para mí, le he hecho una foto. Me ha conmovido. Aprendió de oído, toca bien. ¡Cuántas cosas sabe hacer este hombre!

6 de diciembre de 2004

Hoy más que el día de la Constitución parecía el día de *Verdes valles:* la noticia de su publicación ha salido en dos telediarios y por la noche le ha entrevistado Javier Rioyo en el programa *Estravagario* de La 2. No ha estado bien, se le notaba nervioso. Por teléfono me ha dicho que jamás volverá a la tele. Me siento culpable: estaba empeñado en que lo acompañara a Madrid y no cedí. Me preocupa que no quiera ir a ningún sitio sin mí.

Miércoles, 15 de diciembre de 2004

Cena con gente del periódico de la sección «Vivir». En la sobremesa J. Méndez, que hace unos reportajes extraordinarios, me dice cuánto le ha fascinado la novela. Casi nadie la ha leído aún, pero todos hablan de ella. Al contarle que yo había revisado las galeradas, Julián me señala un error numérico, una cifra en reales. Le pido que me detalle en un correo el error. Qué rabia no haberlo detectado antes con las veces que he leído la novela.

Jueves, 16 de diciembre de 2004

Comida con Ander Landaburu. Se mueve con guardaespaldas, está amenazado porque dirige la edición de *El País* del País Vasco. Me esperaban los tres en un coche a la salida del metro. Salgo de

trabajar a las tres y he llegado a Getxo a las cuatro. El guardaespaldas hacía también de chófer.

En la comida hemos hablado del gallinero. Ander y yo nos hemos reído de la costumbre de guardar manuscritos envueltos en papel de estraza atados con una cuerda en un atadillo, como él lo llama. Nos ha sorprendido a los dos explicando que no quiere ganar dinero. «¿Para qué? No lo necesito.» Lleva sus convicciones al límite.

Por la noche he recibido este correo electrónico. ¡Qué horror! Me consuela haber escuchado a Beatriz de Moura que hasta la tercera o cuarta edición siempre hay erratas.

De: JulianM.@diario-elcorreo.es
Para: mbengoa@teleline.es
Enviado: Jueves, 16 de diciembre de 2004, 13:21
Asunto: sobre los dichosos reales

Hola, hojeé el libro al llegar y recordé donde aparecen los 22 reales: en los seguros que prepara el Baskardo Efrén a las gentes de Getxo tras el ataque de las llamas (página 660). Es el precio de la cuota anual, es decir, 5 pesetas y 50 céntimos cada uno. Entonces hay que irse a las páginas 666 y 667. En la primera se lee que Efrén va a instituir un premio de 200 duros. «Creo que 200 duros son mil reales — El grupo se sumió...» Pero 200 duros son mil pesetas. Y mil pesetas son 4.000 reales. El error sigue en la página siguiente, cuando se dice que fueron 97 los ingenuos que picaron en el engaño del seguro de Efrén. Más adelante se lee «... en el contrato figuraba una dirección en la que alguien se había embolsado 970 duros...». Pero si eran 97 y pagaron 222 reales por póliza, Efrén se metió al bolso 2.134 reales, es decir 533,5 pesetas (o 106 duros y pico). Cosas de los que somos de letras.

Pero esta anécdota me ha servido para revisar el libro y recordar capítulos impactantes: las condiciones de vida en las minas, la tiranía de los economatos, la atmósfera que se puede oler de los barracones, la redención de Teresa (creo que su relación con don Manuel es la mejor de la novela), la fijación de los hombres de hierro y de madera...

Por cierto, nadie puede dudar que la novela no es nacionalista (y el que lo vea así es que está leyendo otro texto). No me he atrevido a escribir antinacionalista.

Hummmm, otro detalle por si puedes comentarlo: no estaría mal indicar en algún lado lo del árbol genealógico... o ponerlo por delante.

Muy pocos textos en mi vida de lector me han tocado tanto.

Un saludo afectuoso.

Una faja verde de la tercera edición con frases de críticos:

Ricardo Senabre: «Un feliz acontecimiento»; Rafael Conte: «Una epopeya total, una novela mítica...»; José Fernández de la Sota: «El más vigoroso narrador vasco vivo. Nuestro pequeño país no ha dado, desde Pío Baroja, un novelista de esta talla...».

Cuando corrigieron la errata de los reales, mi árbol genealógico pasó junto al plano que dibujé de las últimas a las primeras páginas. Por lo visto, algún lector más lo había sugerido, ¡qué orgullosa me siento de que estemos juntos en la novela! Hoy ha dicho que es nuestra hija.

Bilbao, 20 de diciembre de 2004

Volví de Madrid con una foto que nos hicieron en el exterior de la librería del Círculo de Bellas Artes. En la imagen, casi arrodillada, le miro con fervor. En el escaparate, entre los dos, el primer ejemplar de *Verdes valles* que vimos expuesto. E. Mochales, mientras cenábamos con Miguel y Uriarte, dijo al ver la foto: «No parece tu padre, parece tu abuelo».

Muchos no entienden nuestro amor, quienes me conocen de verdad no tienen dudas.

Uriarte llamó alarmado a E. Los tres fuimos íntimos durante años, salíamos todas las noches a cenar, cada uno vivía solo en su casa, pero éramos como una familia de adopción. Después, todo se estropeó por las diferencias políticas. E., amenazado por ETA, tuvo

que marcharse a vivir a Madrid. Aún nos queremos; queda algo intacto a pesar de la distancia y el tiempo.

Por lo que me han contado, la conversación discurrió así:

—No puedes imaginarte con quién se ha liado la Bengoa.

Ellos me llaman así, jamás me acostumbraré.

—¿Ha dejado a Patxi?, primera noticia.

—Sí, sí, pero jamás podrías imaginar por quién.

E. hizo varios intentos de adivinar qué escritor era; Uriarte siguió echando leña al fuego, por fin se lo dijo.

—No me sorprende nada. Son como dos adolescentes —contestó E.

Me lo contaron mientras cenábamos los tres en Bilbao. E. había venido de Madrid a visitar a su madre por Navidad. Lo abracé.

Navidad de 2004

Les ha dicho a sus hijos: «Nos hemos enamorado, nos queremos y vamos en serio». Cuando me lo ha contado, me he asustado. Pensaba que íbamos a tardar más en decírselo. Patxi aún vive en mi casa, casi ni nos cruzamos: el piso tiene más de doscientos metros cuadrados. Algo se acaba para siempre y mi melancolía está al acecho. Pero no puedo mirar atrás. Todo parece complicarse... Pasaremos la Navidad juntos en Walden. De los tres hijos, todos mayores que yo, dos tienen pareja. Ninguno tiene hijos.

En una foto pegada aparece la mujer con el escritor, su hija y un hijo sonriendo alrededor de una mesa con adornos, turrones y copas. Bajo la imagen, un pie de foto: «Las primeras fiestas de Navidad con

sus hijos». Junto a la cabeza de la mujer, un gallo dibujado a bolígrafo. El gran ventanal del comedor deja ver un edificio al fondo de la fotografía. Escrito con mayúsculas, encima del edificio y el dibujo pone: GALLINERO.

Quién me iba a decir que me iba a enamorar de un hombre tan mayor. Me he pasado años juzgando a la mujer de mi padre. Es más joven que yo, nunca ha trabajado. Me parece inconcebible que alguien de mi generación se dedique a cuidar su casita. Ahora tienen dos hijos. ¡Qué extraña es la vida!, los nuevos hijos de mi padre tienen la edad de los niños que nunca tendré y los tres hijos de mi pareja podrían ser mis hermanos. El sábado en Walden, mientras me explicaba cómo funciona la lavadora, recordé una frase: «Familia: los que ponen la lavadora juntos».

Al final del cuaderno, después de muchas páginas en blanco, hay una carta de la mujer fechada seis años antes, doblada en cuatro pliegues, uno de ellos pegado a una página del cuaderno.

Bilbao, 20 de abril de 1998

Querido Ramiro:

Leí hace unos meses Huesos y me gustó mucho; pero, por razones que no sabría explicar, no encontraba el momento de llamarte o escribirte para agradecerte que la hubieras escrito. Me decía: «Pero ¿qué falta hace?». Además, había pasado tiempo desde que te entrevisté y publicaste la novela y lo iba dejando, cada vez me parecía más inoportuno. Todas esas excusas me

fueron venciendo hasta que el otro día, ordenando una estantería, el libro volvió a caer en mis manos y releí algunos subrayados:

«No somos otra cosa que nuestros secretos».

«Equipados como iban con todo un año de comunicaciones mudas.»

«Asier esperó encontrar a una Nerea moldeada por la tristeza.»

«Quizá lo único importante de nosotros mismos sea lo que ocultamos a los demás.»

«Recogiendo de sus rostros contraídos todos los pedazos de su historia desde la guerra.»

«Tuvo la tentación de ponerse a pensar en la rareza de un entierro que ocultaba el cuerpo del muerto.» (Preciosa ironía.)

«A mi edad no estoy en condiciones de fabricar un mundo a tu gusto para ofrecértelo.»

En fin, no voy a copiar todo el libro ni sabría explicar por qué he señalado esas y no otras frases; pero, al releerlas, decidí que era imperdonable y poco honesto por mi parte no haberte dicho que la historia de Nerea y Asier me conmovió, que me llegaron al alma «las guerras que no acaban nunca» y me hizo sonreír el quiebro final de la novela que es como si empezara otra vez, sobre todo cuando el protagonista dice (del otro hermano): «¿Era también rubio?».

Espero que continúes, como siempre, escribiendo. ¿En qué folio está Verdes valles? Aunque sé que no te importa (no te creo del todo), eres el auténtico escritor del País Vasco y no puedes dejar de cumplir con tu obligación.

Un abrazo de esta lectora que te admira y guarda un cariñoso recuerdo.

Periodistas

—Usted dirigió un documental sobre gente mayor titulado *¿A dónde vamos?* y, cuando aún no lo había estrenado tras la muerte del escritor, mostró fragmentos en los que aparecía.

—Sí, me conmovió su muerte y colaboré en el homenaje póstumo.

—¿Por qué eligió al escritor para participar en aquel documental?

—Fue un proyecto que nació de la curiosidad por saber a qué nos enfrentamos cuando llegamos a la vejez. Elegí a diez protagonistas, él fue uno de ellos. Me planteé recopilar respuestas en primera persona de gente que estuviera al final de su vida. Nada de expertos ni estudiosos. Encontré testimonios interesantes, eran tesoros vivos. Ahora casi todos han muerto.

—¿Qué les preguntaba?

—Qué es ser mayor, si tenían miedo a la muerte, si existe sexo a los noventa y muchas otras cosas. Yo entonces tenía cuarenta años, los que diseñan programas para gente mayor nunca son mayores. En 2015, Bizkaia contaba con menos de doscientas mil personas de cero a diecinueve años y doscientas cincuenta mil mayores de sesenta y cinco. Hice el guion y dirigí ese documental con un equipo lleno de talento. Lo titulé *¿A dónde vamos?* porque todos caminamos hacia la vejez o la muerte.

—En aquel acto en memoria del escritor lloró al mostrar fragmentos de la entrevista que le había grabado.

—Sí, me emocioné. Se llevaba la palma en pensamiento y osadía. Tenía ideas muy claras. Cuando habló de la expresión «viejo verde»,

me impresionó. El documental se va a pasar en la Casa de Cultura de Basauri dentro de dos días. Lo mejor es que lo vea completo, ahí está todo.

En la parada de metro de Ariz, en Basauri, me indican la salida para la Casa de Cultura Ibaigane. Al entrar, saludo con los ojos a la directora, que me ha invitado. He llegado con tiempo. Están haciendo pruebas: el proyector no funciona. Una ayudante dice: «Esto es así: ayer funcionaba todo, hoy, no». Hablan en euskera entre ellas. «Nunca hay que dar por supuesto nada», dice la directora y sus preciosos ojos verdes se detienen en mí. Se acerca y me presenta a otra periodista mayor que trabajó en *Galea*.

El público entra. Un técnico ha arreglado el proyector en el último minuto. Empiezan tarde, nerviosos. La directora explica el trabajo de una fotógrafa extranjera: ha utilizado sus poderosas imágenes de gran formato para intercalarlas con las declaraciones de los entrevistados. Son fotografías de extraños y bellos cuerpos desnudos en la edad decrépita. En blanco y negro. Provienen de la exposición *Cuerpos desnudos,* el título coincide con el del segundo tomo de la trilogía *Verdes valles, colinas rojas*.

Por fin aparece el escritor en pantalla, lleno de vida en el jardín de su casa. Hace tres años de su muerte. Lleva la eterna camisa de cuadros y una gorra con visera. Sus ojos traviesos sonríen al sol mientras las ramas de un árbol enmarcan su cabeza: «Un día a mis sesenta y seis años leí una noticia en el periódico: "Un anciano de sesenta y cinco años ha sido atropellado"; o sea que yo era un viejo y no lo sabía. Así descubrí que el mundo me veía como un anciano».

Las declaraciones se tomaron con noventa años, murió un mes después de cumplir noventa y uno. «A lo mejor cuando cumpla noventa y uno me veo viejo», dice, riendo rebelde a la cámara, «ahora no. El trabajo dependiente de otros es el peor trabajo. Si alguien dice ser feliz con ese tipo de empleo, ha sido feliz porque no tenía un propósito en la vida. La mayor felicidad es dedicarte a trabajar en lo que te gusta. No hay mayor suerte. Si de algo he sido obseso, es de la libertad.»

«En la vejez existe sexo, sí, señor. Hay una frase penosa: "un viejo verde". ¿Por qué no dicen "un joven verde" o "un adolescente verde"? Los viejos no hablan entre ellos de sexo por la presión de la sociedad. Un viejo no dice: "Jo, qué tía más buena": la culpable es la sociedad que ha creado esa frase maldita. Ocurre, además, que ahora los viejos estamos sanos; llegas a los noventa sano. Y, cuando llegas a viejo, entiendes que un viejo no es verde, aunque le guste el sexo. Si tienes la suerte de tener una compañera, el sexo es igual que de joven, solo es algo menos intenso.» Recuerdo que su mujer ha dicho que prefería no acompañarme a ver el documental.

Acaba la proyección y la periodista de más edad se acerca a mí, salimos juntos. Su primer trabajo fue en *Galea* como becaria cuando estudiaba periodismo.

—Es el primer periódico en el que colaboré.

—Usted habla de periódico, pero aquello era una revista.

—Sí, al principio era mensual, luego quincenal. Revista o periódico, qué más da, el caso es que allí aprendimos muchos periodistas y fotógrafos. Hoy las redacciones de Euskadi están llenas

de gente que hizo prácticas en *Galea.* Incluso un fotógrafo especializado en viajes que publica en *National Geographic*.

—Sí, eso me dijo su mujer.

—Pero ¿usted cree que es su mujer?

—Lo es. Él quiso que fuera así, quería mantener con ella un vínculo hasta después de su muerte.

—Será...

—Volvamos a *Galea.*

—Era una revista local. Se autofinanciaba con publicidad y suscripciones. Nació porque alguien le colocó al escritor un ordenador primitivo, o una máquina de escribir sofisticada IBM. Era una Composer electrónica que pagó a plazos, lo más moderno que había entonces. Con ella se podía maquetar, componer, y a él le encantaba no depender de otros. Su existencia estuvo en el origen de *Galea*. Pero daba muchísimos problemas.

La idea de la revista surgió para amortizar la inversión de la Composer, la hizo con ella los dos primeros años. Era como una gran máquina de escribir con una bola en la que estaban todas las letras: salían los textos como hechos a imprenta. Siempre tuvo el deseo ferviente de ver impreso lo que escribía. En la Composer se imprimía en un papel especial transparente llamado papel cebolla; después, en la imprenta, lo transformaban en planchas. Los dos primeros años, hacía en su casa la revista prácticamente solo: tecleaba los textos, los convertía en columnas, añadía los cintillos tipográficos que cogía de revistas, pegaba la ilustración definitiva... Hacía la página que luego fotografiaban en la imprenta Amado García, en el quinto piso de un edificio industrial de la calle Mazarredo, en Bilbao. Los primeros números solo tenían ocho páginas y la revista era mensual.

—¿Puedo invitarla a un café y me sigue contando?

—Claro.

—En aquella primera democracia la publicación se implicó en temas vecinales y de denuncia con un tono comprometido; dejó de ser una revista literaria. Él era el director, buscaba redactores y fotógrafos, fichaba a gente..., así entré yo. Al principio hasta iba en bici a cobrar recibos de publicidad. Las periodistas estábamos un poco perdidas. A veces hacíamos bien las entrevistas, y otras no tanto. Él nos corregía con paciencia, era como una más. Pero la maldita Composer electrónica daba problemas cada semana, venía el técnico y cambiaba algo. Funcionaba cuatro días y se volvía a estropear. Al final, arrinconó la máquina debajo de la escalera de su casa.

—¿Y cómo hacían *Galea?*

—El periódico había crecido y el proceso se fue complicando. Llegó un periodista a trabajar como celador en el Hospital de Cruces. Había estudiado Periodismo en Madrid, era amigo de los hijos mayores del escritor, que estudiaron allí la carrera y alquilaron un piso juntos en Getxo al regresar. El celador, sin dejar su trabajo en el hospital, empezó a colaborar en *Galea,* ansiaba ejercer como periodista. A aquel hombre, una vez, el escritor lo calificó como «implacable». Según me explicó, tomó el mando y con él la idea de una revista artesanal desapareció para siempre. «Tenía ideas propias, en cierto modo lo peor que puede tener una persona.» Recuerdo la frase porque me hizo reír. Y el proyecto de una revista que no produjera gastos, pero tampoco ingresos, se esfumó. En 1982, se vendía a veinticinco pesetas; al final, en el año 2000, tenía treinta páginas y se vendía a cien.

—¿Por qué desapareció?

—Los jóvenes cachorros de ETA, *Jarrai,* pusieron dos cócteles molotov un sábado a las once de la noche. Fue en octubre del año

2000, destrozaron la redacción y ese fue su fin. Ya solo se publicó un número de despedida y denuncia por el atentado.

—¿Hacían la revista en su casa?

—Solo al principio; en los dieciocho años que duró *Galea* tuvo distintas sedes, la última una lonja de uno de los hijos, que acabó dirigiendo la revista. A la única redactora fija tuvieron que indemnizarla tras el bombazo: «Me costó todo el dinero que tenía ahorrado, medio millón de pesetas», repetía dolido el escritor. «Nadie me dijo que sentía lo del atentado.»

Hay muchos editoriales, artículos y entrevistas suyas en los 345 números de *Galea,* algunas sin firma o con pseudónimo. Escribía los editoriales y cartas al director firmados por «un getxotarra cualquiera», «un algorteño» o «un ciudadano coherente».

En febrero de 1984 creó una sección de «Hojas prescindibles» llamadas *Begardos* para colaboraciones literarias, el nombre salió de unos herejes medievales que prosperaron en 1444 en Durango. «Fueron el toque marchoso de la aburrida Edad Media», me explicó un día. ¡Ah! y que no se me olvide, en su primera época, *Galea* convocó un concurso de cuentos eróticos.

—¿Cuentos eróticos?

—Sí, no duró mucho; pero el concurso existió...

Poco a poco la dirección de *Galea* se le fue de las manos. Se formó un Consejo de Redacción y abandonó su carácter literario y *amateur.* Las decisiones se tomaban entre mucha gente y él sabía apartarse cuando algo no le gustaba. El escritor se reservaba únicamente la entrevista humana de la contraportada. Un día, cuando ya no estaba en *Galea,* me contó: «Cuando se acercaba el cierre de cada número, solo trabajábamos mi hijo y yo, metíamos muchas horas, nos deslomábamos; pero, para decidir, mandaban todos».

En aquel tiempo emprendió la trilogía que le dio la fama, creo que en 1980, entonces tenía cincuenta y siete años y se embarcó en una obra que le ocuparía dos décadas de su vida. En octubre de 2004, cuando la publicó, tenía ochenta y un años recién cumplidos; pero la había acabado en el 2000. Desde que se decidió a abandonar su marginación voluntaria hasta entonces, habían pasado tres años. Primero envió la novela a Espasa por medio de Jon Juaristi y se la rechazaron. «Seguro que ni la han leído», dijo. Pero, en 2003, firmó con una importante editorial catalana. Un amigo poeta de San Sebastián, Jorge González Aranguren, le puso en contacto con Fernando Aramburu, que admiraba la obra ganadora del Nadal y había escrito sobre ella en una revista de la Universidad de Deusto, *Mundua,* en el año 1995. Él recomendó a Tusquets que leyeran un manuscrito de más de tres mil páginas. Un lector argentino de la editorial, Ricardo Baduell, lo defendió en un informe de veintiuna páginas donde calificaba la novela de gran literatura. Fue un milagro: descubrieron a un prometedor autor de ochenta años con una enorme obra inédita. Él quería publicar la novela entera, no aceptaba otra cosa. En la editorial ni se atrevían a hablarle de los tres tomos al verlo tan inflexible. En la portada de la primera edición del primer volumen no se menciona el tomo uno, aunque aparece el subtítulo, *La tierra convulsa*. Los subtítulos de los tomos segundo y tercero aún no existían.

En los años ochenta había maquetado 533 páginas con lo que tenía de *Verdes valles, colinas rojas* en aquel ordenador primitivo sin saber cuánto le faltaba para acabar*.* Es la edición de Libropueblo de 1986. En la imprenta se limitaron a culminar la última parte del proceso; lo hizo para ahorrar, pero el libro salió caro, tenía muchas páginas y el precio se disparó. Fue imposible venderlo. Se quedó con casi toda la edición en el gallinero de Walden, fue el último título

publicado por aquella editorial. Años después, en el centenario del nacimiento del escritor, el Ayuntamiento de Getxo puso una caseta en la plaza de Algorta y regalaban ejemplares de Libropueblo a quien presentaba un *ticket* de compra de la Feria del Libro.

—¿Usted lo leyó entonces?

—No, lo leí en 1998.

En 1986, una profesora de Literatura de Getxo presentó en el bar Ezkertoki el adelanto de *Verdes Valles, colinas rojas,* ese número trece y último de Libropueblo. El escritor era tan tímido que estaba fuera dando vueltas y tuvimos que llamarlo al empezar el acto. Con motivo de la presentación se enfadó con aquella profesora para siempre.

Ella se las daba de tener criterio y había elegido como libro de lectura en su instituto el Premio Nadal del escritor. Pero, en aquella ocasión, se entretuvo en señalar estilos directos e indirectos, pleonasmos, aliteraciones..., eludiendo su valoración de *Verdes valles, colinas rojas.* Él me contó indignado: «Fíjate lo que me ha hecho...». No podía entender cómo había ventilado tanto trabajo de un plumazo. No le interesaba la teoría literaria lo más mínimo. Un mes después pregunté directamente a la profesora. «Hice lo que pude. La novela es infumable», me contestó.

Esa misma novela —que en lo esencial, con mínimas modificaciones, se corresponde con *La tierra convulsa,* el primer tomo de la trilogía— ganó entre 2004 y 2005 el Premio Euskadi, el Nacional de Narrativa y el de la Crítica.

—Por lo que cuenta, parece que el final de *Galea* estuvo unido al comienzo de *Verdes valles, colinas rojas*.

—Sí, cuando abandonó un proyecto, dedicó todo su tiempo al otro que había empezado años antes.

Suicida

—¿Cómo conoció al escritor?

—En Alemania. Lo invité a Berlín cuando trabajaba en el Instituto Cervantes, fue mi primer contacto. Acababan de traducir *La higuera* y los libreros alemanes la eligieron como una de las mejores novelas publicadas por autores extranjeros en el año 2008. Al corresponsal del *Frankfurter Allgemeine* en Madrid, Paul Ingendaay, le entusiasmaba esa novela y me facilitó el contacto con la editorial.

En los cuatro días de enero que pasó en Berlín fui su guía. A pesar de las calles heladas, los berlineses recorrían en bicicleta la ciudad; hubo mucho público en los actos programados en los que participó. Recuerdo un detalle del primer día: había cola para pedir su firma al final de una charla organizada por la Europäisches Haus en un auditorio cercano a la Puerta de Brandeburgo. La presentación se alargó, cada persona que le entregaba un libro para firmar le decía algo y, con la traducción que improvisábamos la editora o yo, se entretenía con cada lector.

«Ya has trabajado mucho. Hoy has madrugado a las seis de la mañana para coger el avión», dijo su mujer apremiándole. «Esto no es trabajar», respondió él. «Trabajar es lo que hacen los que están en el andamio.»

En aquel viaje comimos y cenamos juntos, hice de anfitriona y, en una ocasión, se sumó la editora alemana Silvia Schmid. Cuando volvieron a Getxo, la editora se puso en contacto con un documentalista y recuperó la película que rodaron en el año setenta

adaptando su Premio Nadal para la televisión alemana. El escritor no la había visto y le envió una copia. Recomendé *La higuera* a todos mis conocidos y resultó —casualidades de la vida— que una amiga alemana de mi tía había sido su traductora en el año 1962. Aquel Premio Nadal se había publicado en doce idiomas. La traductora se llamaba Kalina. Mi tía me dio su teléfono y me habló de una mujer de personalidad perturbadora. Quise conocerla, pero vivía en Polonia y no pudo ser. El invierno siguiente visité Varsovia y resultó que Kalina se acordaba bien del escritor, me habló con entusiasmo de él. Ya no era traductora, ahora era actriz: se había reinventado varias veces; pero, por alguna razón, guardaba copia de la correspondencia mantenida con el escritor entre 1961 y 1968. Intercambiaron doce cartas, las primeras sobre la traducción de *Las ciegas hormigas,* tengo aquí una copia de algunas. Mire esta que le envió en los años sesenta donde decía: «Un cuentista joven mexicano admira su novela», era Sergio Pitol. Kalina aún era amiga del mexicano pese a no dedicarse ya a traducir y, al evocar al escritor vasco, se emocionaba. Creo que entre ellos hubo un idilio epistolar.

—¿Un idilio?

—Algo así. Viajó varias veces a Getxo. La última carta de Kalina es una postal alargada. Lea la copia, quizás entienda lo que digo:

> Esta es la vista desde mi ventana, donde el próximo marzo unas flores de color morado, las primeras del año, brotarán de la tierra por debajo de la nieve del «pradero» enorme. No sabe la alegría que me ha dado al saber que no «me ha usted olvidado» *(sic)*. No pierdo la esperanza de que un día pueda verle en estos parajes y ser su guía-cicerone.

—¿Por qué tuvo importancia para usted el escritor?

—Creo que establecía lazos íntimos con las personas; ahí tiene el caso de Kalina. La verdadera amistad entre nosotros nació cuando regresé a Getxo para quedarme; antes, no había hecho otra cosa

que huir, dejar atrás el resto de mi vida. En Alemania esperé que sucediera algo dos años; pero me di cuenta de que mi etapa alemana no me estaba ayudando y, cuando surgió la posibilidad de ocuparme de una sala de exposiciones en Algorta, regresé.

Algo había aprendido de la vida en el extranjero y al volver empecé a hacer furiosos retratos de amigos artistas, así le hice uno al escritor. Por fin me había decidido a alentar mi vocación íntima, pintar, y dejar de boicotearme. Con motivo del retrato, empecé a visitarlo entre semana cuando estaba solo, porque su mujer vivía en Bilbao. Se limitaban a convivir los fines de semana y en vacaciones. Intimamos hablando de *Las vírgenes suicidas,* una de sus películas favoritas. Yo había leído a Jeffrey Eugenides y él solo conocía la adaptación de Sofia Coppola. En mi caso prefería el libro y, cuando se lo llevé, le dije «Yo también intenté suicidarme de joven». Para entonces ya habíamos hablado mucho; él sabía escuchar y su conversación me estimulaba. Supongo que necesitaba hablar. Había ocultado demasiado tiempo un secreto que me debilitaba.

—¿Un secreto?

—Sí, el pasado nunca desaparece del todo, solo duerme. Mi intento de suicidio adolescente me había marcado, como la relación con mi padre. Hasta que cumplí quince años jugábamos al ajedrez, esquiábamos, patinábamos, íbamos al monte... Yo era inquieta; él respondió a mi curiosidad cuando empecé a hacer preguntas. Su dedicación despertó mi inteligencia mientras crecía. Elogiaba mi talento para dibujar y para las matemáticas; me enseñó a jugar al ajedrez: decía que era brillante. A sus ojos todo lo hacía bien.

—Dicen que las niñas queridas por su padre tienen una vida feliz de adultas, ¿fue su caso?

—No exactamente. Los problemas empezaron cuando un monitor de esquí amigo de mi padre se interesó por mí de modo sospechoso.

Yo tenía catorce años; el profesor, más de cincuenta. No se separaba de nosotros. Habíamos establecido una rutina: cada fin de semana proyectábamos en qué estación encontrarnos el siguiente; el monitor llegaba de Santander; nosotros, desde Bilbao.

Mi hermana mayor tenía novio y mi madre se quedaba con ella; con frecuencia íbamos los dos solos a esquiar, mi padre y yo. Nos encontrábamos con el monitor y disfrutábamos del fin de semana. En la estación de esquí dormíamos en la misma habitación de dos camas por economizar. A veces, después de esquiar, nos reuníamos los tres en el cuarto del monitor o en el nuestro. También íbamos a la última sesión de cine. Si la película era para mayores, mi padre me colaba. Una noche, al volver al hotel, nos confundieron con una pareja. Algo cambió a partir del enamoramiento del monitor. De repente, empezamos a ir a otra estación de esquí distinta de la que habíamos acordado con él.

En aquellos años, esperábamos con impaciencia las vacaciones de invierno. Éramos esquiadores avezados de pistas rojas y negras, recorríamos el Pirineo aragonés y catalán. Al principio todo iba bien, el monitor —un virtuoso del esquí— nos daba clase gratis. Pero empezó a aparecer con regalos y se presentaba en Bilbao con cualquier excusa. Me decía que yo debía coger el teléfono en casa antes que nadie y halagaba mi incipiente ego antes de preguntar por mi padre. Al esquiar, los dos competían, y en las largas charlas del atardecer, se enfrentaban entre ellos. Me costó entender qué estaba pasando, sobre todo los primeros meses, cuando el brillo de sus conversaciones me deslumbraba.

Una noche, el monitor y mi padre habían discrepado hasta enfadarse. Nos quedamos solos en la habitación. Mi padre llevaba un ajedrez portátil y jugamos una partida sobre la cama. «Jaque mate», le dije en pocos movimientos. Quizás estaba distraído, pocas veces

le ganaba: él me había enseñado. De repente, me abrazó de una manera absurda. Se abalanzó sobre mí tumbándome en la cama. Yo era inocente hasta el punto de que ningún hombre me había besado en la boca. En el hilo musical sonaba *La chica de Ipanema,* una música sensual que aún asocio a algo turbio, mientras mi padre apretaba su cuerpo contra el mío y me paralizaba. Sentía un peligro que no sabía entender: era como si aquel hombre se hubiera olvidado de que era mi padre. El instinto me protegió. Después he leído que Edipo no sabía que dormía con su madre y, cuando comprendió lo que sucedía, no se sintió inocente. En algún momento conseguí salir corriendo en pijama hasta llegar a recepción. El recepcionista de noche no logró franquear mi silencio. Tardé horas en moverme, desfallecida de vergüenza y frío, indefensa en un sofá del hall hasta que el portero llamó al director por teléfono y subí las escaleras huyendo. Me quedé en el pasillo, no lejos de la puerta del dormitorio. Sin entrar. Jamás había visto a un hombre desnudo hasta que mi padre se bajó los pantalones y contemplé horrorizada su erección. El domingo, mientras conducía de vuelta a casa, trató de convencerme de que no era su hija. «Es imposible», dijo.

Dejé de ir a esquiar, borré de mi recuerdo lo que había vivido, como si toda mi vida anterior hubiera sido un error, y la sepulté en una culpa imaginaria. Empecé a odiar a todo el mundo y, más que a nadie, a mí misma. El invierno siguiente me matriculé en la Facultad de Económicas a las afueras de la ciudad. Quería estudiar Arte; no entendía qué hacía allí, pero me habían obligado. Debía cruzar un puente sobre la Ría, recorrer el largo camino cada mañana y volver de nuevo a cruzarlo al regresar a casa desde la universidad. Aquel trayecto me asustaba: yo flotaba en el aire atraída por la llamada suicida de los puentes. Una niebla espesa invadió mi cerebro y me convertí en una mujer errática. Empecé a pensar en tirarme a la Ría

y mis notas bajaron. No quería estudiar, muchas veces ni siquiera iba a clase, me quedaba en el museo del parque entre imágenes parecidas a sueños, la pintura me tranquilizaba. Allí me sentía menos exiliada de la vida, pero no sabía qué hacer con mi dolor... Nadie entendía qué me estaba pasando; apenas hablaba. Una noche, después de cenar, dije: «No voy a volver a clase». Mi padre se puso a gritar y yo me encerré en mi habitación. Al día siguiente, me obligaron a ir a la facultad como cada mañana.

Miraba el paisaje malhumorado de Bilbao: amaneció con una niebla espesa que caía por las colinas sobre la Ría esfumándose en el agua. Sentí el impulso irresistible de caer con ella, de acabar con mi sufrimiento. Me había hecho un conjuro: la desesperación me había vuelto supersticiosa. Si aparecía un coche amarillo, como el amarillo por donde huía la psicosis de Van Gogh (eso había leído), debía atreverme. Aquel Seat que rodaba saltarín no era exactamente amarillo; pero, cuando iba a dejar atrás el puente y alcanzaba Deusto, asomó un Volkswagen escarabajo amarillo amarillo. No había remedio: tenía que saltar. Cuando me ahogaba con ruido de pensamientos rotos bajo el agua, alguien me sacó de allí. Después empezó mi peregrinaje por las consultas de varios psicólogos con los que me negaba a hablar.

La mujer permanece con la vista anclada en un lugar perdido y nos quedamos los dos en silencio unos segundos. Por fin, vuelve sus ojos vidriosos hacia mí.

—¿Eso le contó al escritor?

—Sí, fue la primera persona en conocer el secreto de mi adolescencia. Hablar con él me ayudó a ordenar mis recuerdos; se

convirtió en un amigo antiguo que había tardado en aparecer, alguien en quien confiar. Posó su brazo sobre mi hombro y dijo: «Ya has llorado bastante». Hoy puedo hablar; pero, durante años, me había quedado anclada en escenas mezcladas con la culpa y negaba el recuerdo. No me costó encontrar en él a un padre, siempre lo había estado buscando.

—¿A qué cree que obedecía su fascinación por *Las vírgenes suicidas?*

—También yo la siento. Casi todas las mujeres, durante un verano o algún año de su adolescencia desprenden una sensualidad turbadora, ocupan una posición de poder respecto a los hombres, incluso sin ser demasiado guapas. Sucede. El escritor hablaba mucho de la inocencia de esa edad. Dedicó una novela corta, *Quince años,* a su amiga bailarina. A los muchachos que patinaban con el *skate* cerca de la playa como potrillos salvajes los llamaba «animales de verano». Esos años de frontera entre la adolescencia y la juventud están llenos de anhelos infinitos; la etapa adulta solo estrecha el marco, ahoga el impulso. Algunas muchachas, incapaces de atravesar el muro que las separa de la pureza, se quitan la vida sin llegar a asomarse a la juventud: son las vírgenes suicidas. Otras, atraviesan esa edad imitando a la muchachita que fueron, y, a la mayoría, las envuelve el paso del tiempo.

En mis primeros cuadros retrataba de forma obsesiva adolescentes de mirada oculta, la imaginación entraba en escena de manera reveladora. Mis cuadros tenían rostros arrebolados, miradas escondidas. Con los años entendí por qué pintaba aquellas criaturas asustadas; necesitaba contar el infierno para salir de él. Pero ya sabe cómo es el mercado del arte: no vendí ni un cuadro, tiré muchos. De aquella colección sobrevivió el primer plano de un rostro de muchacha vestida de rojo y rosa, un trabajo que me gusta. Dirige

hacia arriba los ojos cerrados y apenas se le ve el cuello tenso; el pelo oculta su rostro en escorzo como si huyera por las ventanas de su mente; su mandíbula adelantada oculta una boca de labios apretados sobre fondo gris. Yo sé que el cuadro es bueno; lo sé, aunque mi obra forme parte de los desheredados del arte: aún no he hecho mi primera exposición... Pero ese retrato en rojo y rosa transmite algo. Al escritor le encantaba.

Concursante

—Ha colaborado en muchos periódicos y fue jefa de prensa de un político; también sé que ahora escribe guiones; pero quiero preguntarle por sus inicios, cuando publicó un poemario y participó en el concurso Cuentos Incombustibles, convocado por el Ayuntamiento de Bilbao, ¿lo recuerda?

—Claro que me acuerdo, aunque fue hace muchísimo y sí, el escritor por el que me pregunta estaba en el jurado. Cuando participé en el concurso tenía poco más de veinte años; el ganador, diecinueve. La quema de libros trajo cola. El alcalde, Jon Castañares, quemó la edición casi completa, novecientos de los mil ejemplares, en el vertedero de Artigas. El premiado, Juan Fernández de Retana, era de Navarra y su cuento arremetía con los devotos y los católicos, soltaba alguna blasfemia.

—Escribió un artículo años después.

—Sí, aquello fue una alcaldada. En el año 2000, con *Bilbao, almacén de ficciones,* una antología publicada en el setecientos aniversario de la villa, sucedió algo parecido. El proyecto fue idea de la segunda mujer del escritor, colaboraban ambos y cuarenta autores más. *Bilbao, almacén de ficciones* no se llegó a quemar pero se ninguneó. El alcalde Azkuna no acudió a la presentación. Nadie del consistorio quiso tener que ver con el libro porque un relato de Isasi Urdangarin ridiculizaba a Mayor Oreja, entonces principal político del PP en el País Vasco. En una habitación del hotel Carlton, se iba transformando en Fidel Castro a medida que le crecía la barba. No

entendieron esa licencia. Lo del Ayuntamiento bilbaíno no tiene nombre.

—Volvamos a los Cuentos Incombustibles.

—Era la primera edición del concurso de cuentos de Bilbao, la de 1980.

El escritor fue uno de los jurados con Luis de Castresana y alguno más. Escribió en *Cambio 16* un artículo descalificando al alcalde y a la Corporación, miembros del PNV en su mayoría, titulado «Fahrenheit a la vasca». Veinte meses después de la quema, la Audiencia Territorial declaró nula de pleno derecho la decisión del Ayuntamiento y le condenó a reeditar los ejemplares destruidos y a financiar la publicación. La sentencia rechazaba las consideraciones argüidas por los servicios jurídicos. El escritor editó en Libropueblo los *Cuentos incombustibles* y en el prólogo explicaba el episodio vergonzoso de la quema.

Al año siguiente, el alcalde bautizó la convocatoria «Concurso de Cuentos para Niños» para reforzar el argumento de que habían quemado los cuentos porque estaban dirigidos al público infantil. Hicieron una segunda edición de *Cuentos incombustibles* en Libropueblo. Pero ni las convocatorias de cuentos para niños ni los *Cuentos incombustibles* cuajaron. Hoy todo aquello ha quedado olvidado. El cuento originario de la ira incendiaria, «Epitafio del desalmado Akestes Pelayo», llegó hasta Madrid, Camilo José Cela apoyó al jurado y firmó un artículo cagándose en el sagrario.

—¿El escritor era reivindicativo?

—Militaba en el Partido Comunista y no se callaba. Recuerdo que estuvo en la cárcel. Se lo llevaron los grises en una manifestación de 1976. Ni sé por qué lo encerraron. El director de *La Gaceta del Norte* y algún otro consiguieron sacarlo tres días después de la comisaria

de Indautxu. Nada más salir, compró tres kilos de naranjas. Comía muchas naranjas.

—¿Usted militó en el Partido Comunista?

—Cuando era muy joven; luego, me desencanté. Una vez nos juntamos en Gernika cinco mil personas. Hay una foto de un mitin en la que el escritor aparece con una imagen de la Pasionaria detrás, se le ve hablando ante el atril.

Una de las cosas que más gracia me hizo de su trilogía es cómo llega el *Manifiesto comunista* a Getxo: colgado con una cuerdita del cencerro de una vaca. Creo que viene de Holanda. Es increíble el humor que tenía...

Cuando se apuntó al PC, recuerdo cómo se enfadó con un amigo porque no quería afiliarse. Él, el director de teatro Luis Iturri, y su amigo J.J. llegaron discutiendo a la sede; pero, al final, acabaron a carcajadas. Los tres hacían de correveidiles de la Platajunta. Les decían: «Mañana a Pamplona a llevarle este sobre a Fulanito», y lo llevaban.

—¿Cuál era la vinculación entre la Platajunta y el PC?

—Eran lo mismo, una fusión entre la Junta Democrática del PC y la plataforma de convergencia del PSOE.

—¿Cómo se introdujo el escritor en el PC?

—Sus hijos empezaron a participar en las Juventudes Comunistas y a él le pareció que tenía que comprometerse. Siempre decía que se hizo comunista por sus hijos. Se presentó en las listas del Partido Comunista, en las elecciones de 1977 y por Euskadiko Ezkerra en 1984. Al PC le gustaba tenerle por el nombre. Nunca se significó mucho, odiaba las asambleas interminables. Eso lo refleja en *Verdes valles, colinas rojas* a través de la mirada del aldeano Roque, que no entiende las asambleas. Cuando asistía, miraba mucho y hablaba poco, igual que su personaje. Le llevaba de un lado a otro un

negurítico militante comunista. Él lo usaba de chófer para transportar los libros y la pancarta de Libropueblo.

—¿Usted tenía algo que ver con esa editorial?

—No, pero en una ocasión fuimos a Barcelona a la fiesta del Partido Comunista y nos invitaron a poner libros en el estand. Carrillo se acercó a saludar a uno que no era nadie: se había arrimado a colocar la pancarta de Libropueblo, que era muy ingeniosa. Un periodista escribió en el diario vespertino *Hierro* de Bilbao: «Iba yo por el puente del Arenal y encontré a dos amigos que acababan de comprar en El Corte Inglés una sábana para hacer un cartel para vender libros». La sábana la pintó Adrián Malo, del grupo de teatro Akelarre. Cuando salían a vender, sostenían la pancarta con dos cañas de pescar. Libropueblo-Herriliburu llamaba la atención por su idea reivindicativa; en la contraportada aparecía el desglose de las cuentas para demostrar que no ganaban dinero, el lema era: «Del escritor directamente al lector». Los cuatro primeros números tenían tapa de cartón duro gris y se cerraban con una cuerdita de esparto. Se plantaban con una mesita de camping y la pancarta a la salida de las fábricas: Altos Hornos, Babcock Wilcox de Sestao y en la Plaza Nueva de Bilbao los domingos por la mañana. Recuerdo que yo entonces pensaba: «Seguro que son muy malos». Pero la gente compraba y no, no eran malos.

—¿Al final los leyó?

—Sí, uno, pero no era suyo. Fue un título de compromiso del poeta Javier Urquijo, que les dijo: «Me tenéis que publicar». Y la actriz Mariví Bilbao Goyoaga, su mujer, les hizo unas alubias de chuparse los dedos... No tenían intención de publicarle, pero el día de la alubiada, cedieron. Una vez me contó: «Los cabrones de los libreros sabían lo que hacían, nos recogían los libros y ni los ponían a la venta. Nos decían que no se habían vendido, pero no los

exponían. En Vitoria, cuando dejamos un montón de libros, un librero dijo: "Esto solo se le ocurre a gente de Bilbao"». En librerías progresistas como Herriak, pusieron el escaparate lleno de títulos de Libropueblo, pero fue una excepción. Un librero del Casco Viejo tuvo esos libros hasta que las inundaciones de Bilbao los destrozaron. Como los dejaban en depósito, ese dinero nunca se recuperó.

El mayor éxito de Libropueblo fue en el Rastro de Madrid, donde montaron su tenderete. He visto alguna foto del escritor con sus hijos, que entonces estudiaban y vivían en la capital. Vendieron todo lo que llevaron. No es fácil vender ocho mil ejemplares de una obra de teatro; pero Libropueblo lo consiguió con el número 1, el de la bruja. Del número 2, *La gran guerra de Doña Toda,* se vendieron seis mil ejemplares, y el número 3, *Mi dimensión,* del poeta de la alubiada, los vendió él.

Andanzas de Txiki Baskardo tenía como novedad los dibujos hechos por chavales de colegios de Getxo impresos a color y el texto bilingüe a dos columnas, una en euskera y otra en castellano. Era el número cinco, la traducción la pagó el escritor de su bolsillo, porque tenía la esperanza de que Libropueblo despegara con ese título: pensaban venderlo en las ikastolas. Pero apenas amortizó el gasto. Tenía más páginas que los números anteriores y era más caro por el color y la traducción. Ese libro es darwiniano, evoca *El origen de las especies* en una obra infantil. Txiki Baskardo se enamora de una monita anterior a su especie en la evolución. El libro derriba mitos, da el gran salto entre los humanos y sus antecesores hacia atrás.

El proyecto editorial quedó en una idea romántica que murió de inanición, ningún escritor publicó allí si podía hacerlo en otra editorial. El trabajo de distribución y venta era enorme. No se cubrían gastos: cuanto más se editaba, más se perdía. Publicaron tres títulos descatalogados, recuperados de almacenes de otras

editoriales, ponían una sobrecubierta con un dibujo y los vendían a cien pesetas. Uno de los que más se vendió con ese sistema fue *Seno,* finalista del Premio Planeta en 1971 y reeditado años después. En 1986, el avance del primer tomo de la trilogía, último de Libropueblo, salió a la venta por quinientas pesetas, cinco veces más caro que los ofrecidos hasta entonces.

—¿Qué perdura del escritor en su recuerdo?

—Era enérgico, trabajador; pero también un idealista sin sentido práctico. Por eso sus proyectos, el taller, la revista, la editorial y hasta la granja, no salían bien. Se adelantó décadas al momento que le tocó vivir, fue un pionero y eso se paga. Como escribió María Zambrano, posee la Historia un ritmo inexorable que condena al fracaso a todo lo que se le adelanta.

Premio

—«No sé si soy honrado, nunca me han tentado», me dijo en una entrevista. Pero tuve ocasión de comprobar que lo era. Es una de las razones por las que siempre lo admiré. Después de aquella entrevista me invitó a su taller de escritura y nos hicimos amigos, me encantaba estar con él, escucharlo. Yo quería escribir desde niña..., pero no escribía. «Escribe», repetía para disuadirme de mi idea romántica de inspiración. El trabajo en la radio me absorbía, siempre buscaba excusas para no ir al taller de escritura de Algorta. En esos años colaboraba en un programa de libros de una emisora local. No era gran cosa, pero me permitía leer y me pagaban algo por eso: insólito. El taller de escritura acababa a las diez de la noche y, cuando regresaba a Bilbao en metro, era tarde, así que iba solo dos veces al mes. Como nos unía la afición al cine, él venía a Bilbao con frecuencia y veíamos películas juntos. En aquella época me recomendó una serie de televisión de una familia de enterradores, *A dos metros bajo tierra*. Me encantó. Cuando venía al cine a Bilbao, después de la película, hablábamos sobre cine y literatura. Sabía mucho de cine negro de los años cuarenta. Un día me contó que cuando estudiaba para maquinista naval no pudo resistirse a un estreno de Hitchcock aunque al día siguiente tuviera examen. Vimos en Deusto *La vida de los otros* y, al salir, me dijo «He ido a ver una película y he visto una obra maestra». Tenía frases lapidarias. Era conciso, hablaba poco, nunca en vano. Aún es un referente para mí. A menudo me pregunto qué habría hecho él en determinada

situación. «Todo el que quiere escribir necesita apoyo los primeros años, es un mamón; copia como los bebés», repetía. Pero me pregunto a quién copió su dignidad, el impulso honesto de su vida. Conocerlo te obligaba a ser mejor persona.

Una tarde, nada más dejarlo en el metro, tenía un mensaje en el contestador automático al llegar a casa, una luz roja intermitente. Pulsé una tecla y escuché el mensaje grabado. El director de una importante asociación cultural quería que le llamara urgentemente. Era un jesuita que organizaba conferencias y presentaciones de autores para promocionar sus libros. Aquellos actos atraían público que compraba un *best seller* de autoayuda, un ensayo de divulgación científica o una novela... Los ejemplares quedaban olvidados en las estanterías hasta la próxima conferencia, cuando otro ocupaba su lugar.

Llamé al jesuita.

«¿Conoces a Ramiro Pinilla?»

«Sí, somos amigos.»

«Hemos pensado que, si manda un artículo de tres folios, nosotros nos encargamos de que se publique y le damos el premio de la asociación.»

Sabía lo que me iba a contestar. Al coger el teléfono, respondió: «Diles que son unos mafiosos», acababa de llegar a su casa.

El jesuita pareció asombrarse cuando le informé: «Pero ¿tanto dinero ha ganado con los libros? Son quince mil euros». Con el tiempo he pensado que lo temía, por eso le hizo la propuesta a través de mí.

Un mes después un madrileño de origen asturiano ganó aquel premio.

«¿Sabes cuántas personas se habrán presentado creyendo en una convocatoria limpia?», me dijo el miércoles siguiente cuando nos

encontrarnos en Bilbao para ir al cine. Lo sabía, una era yo. Solo habían premiado a una mujer en veinte ediciones del galardón. Ingenuamente, presenté un reportaje publicado en la revista literaria *Quimera*.

—Curiosa anécdota.

—Hay tantas..., pero esa poca gente la conoce y yo la viví en primera persona. También recuerdo que, en el centenario de una poeta bilbaína, me llamó una política de izquierda radical, su nombre me sonaba de mi juventud. Ahora dirigía una colección patrocinada por una entidad bancaria sobre temas locales. Le había gustado un reportaje mío sobre la poeta nacida en Bilbao: era imperdonable que no tuviera una biografía. «Hay que hacerla y rápido», dijo. Quería que yo la escribiera. «Pero ¿cuánto me vais a pagar?», pregunté. «Lo que urge es publicarla por el centenario, ya veremos.» Por supuesto me pagaron mal. Fue un trabajo precioso, al escritor le gustó la introducción en la que contaba cuánto me fascinó que aquella mujer hubiera paseado por la misma calle en la que viví de niña, la calle Espartero, cerca del parque; Ángela Figuera nació allí.

Esa misma política-editora me llamó años después, en el setenta y cinco aniversario del Bombardeo de Gernika. El banco preparaba un volumen de relatos: querían contar con las grandes firmas vascas. Últimamente tenía la sensación de que la gente hablaba conmigo porque quería hablar con el escritor, muchos sabían que éramos amigos, nos veían pasear antes o después del cine por el Campo de Volantín. En la Feria del Libro de Bilbao la editora se acercó a la caseta donde firmaba el escritor. Había quedado en presentarlos. Durante los meses de investigación de mi libro sobre la poeta bilbaína, mi contacto con ella había sido solo telefónico. Por fin le vi la cara.

«Diga una cifra, la que quiera», sonrió aquella mujer.

«No me interesa», respondió él.

«Pero... no podemos hacer el libro conmemorativo sin usted. No hace falta que le diga lo que significa el Bombardeo de Gernika para una entidad como la nuestra, tan vinculada a Bizkaia.»

«Hummm.»

«¿No quiere pensarlo? Diga una cifra.»

«Lo pensaré.»

«¿Le llamo la semana que viene?»

«Llame.»

Llamó y repitió: «Diga la cifra que quiera».

«Un millón de euros.»

Aquel libro del Bombardeo de Gernika salió sin la firma del escritor. Lo estoy viendo explicar rijoso: «Jamás había tenido ocasión de tratar a un Banco como ellos me han tratado siempre». La directora de la colección comentó a un amigo mío: «Se ha vuelto loco».

—¿Cómo era entonces el escritor?

—Tenía el coraje de defender su visión del mundo sin importarle nada ni nadie. Si daba una charla en un instituto, le bastaba con que le regalaran un bolígrafo, ni se planteaba cobrar; pero ya ve cómo trataba a los bancos. Era de una honradez sin fisuras, aunque se avergonzaba de un trabajo que hizo durante años.

—¿Qué trabajo?

—Un verano, durante mis vacaciones, me convertí en su ayudante. Había roto con mi novio y el trabajo surgió de manera natural. Después de ir a la playa iba a visitar al escritor, a leerle una novela que estaba escribiendo. Él me corregía y me daba su veredicto exigente. Un día intentamos localizar sus primeros escritos en el gallinero porque quería demostrarme que, cuando era joven, escribía mal. A mí me costaba creerlo.

Como me ayudaba con mi novela, me ofrecí a ordenar su archivo. Hurgué en sus papeles, bauticé «archivo de caída libre» a su manera caótica de guardarlos, él se reía. Enseguida empezó a repetir mis palabras. En el gallinero llegó a tener más de doscientas gallinas alguna vez, según me explicó; luego iba dejando con idéntica anarquía, en estanterías metálicas grises llenas de telarañas, objetos sin interés, manuscritos y diferentes versiones de sus novelas entre revistas de *La Codorniz, Triunfo, El viejo topo...,* artículos de la contraportada de un periódico en el que colaboraba Paco Umbral; cuentos infantiles, juguetes antiguos; documentos de Galea mezclados con cajas con vídeos de partidos del mundial, paquetes de Libropueblo intactos de la imprenta; herramientas, aperos de labranza y semillas. Su hijo venía a diario desde Algorta, donde vivía con su novia, a regar la huerta; a veces nos cruzábamos.

En dos sacos de basura encontré el original de la trilogía, más de tres mil páginas escritas a mano antes de que él las pasara al ordenador. Y tenía una copia completa del manuscrito. Me costó convencerle, pero conseguí llevar el original al interior de la casa; el gallinero no tenía cerradura. Los archivadores-caja con los capítulos ordenados que preparé fueron a parar a lo que irónicamente empezamos a llamar «el museo», unas estanterías con puerta de vitrina compradas en Ikea para sustituir un mueble apolillado. El nombre fue cosa de su hijo.

Una tarde de aquel verano vi dos cajas de cartón enormes en el gallinero con el rótulo BIOGRAFÍAS MALDITAS. Le pregunté quiénes eran esos personajes malditos.

«No, no», me explicó, «las llamo "biografías malditas" porque durante años tenía que escribir una al mes de cualquier manera. Son trabajos de los que me avergüenzo. Cogía uno o dos libros sobre un personaje, a veces, la propia editorial me los facilitaba, y los fusilaba

sin piedad. Siempre había nuevas biografías que escribir, utilizaba mi nombre y varios pseudónimos. También escribió alguna mi hijo mayor y algún otro conocido, siempre las firmaba yo con pseudónimo. Pagaban bien. A la editorial no le importaba quién las hacía, solo quería nuevos títulos para vender. Escribí sobre Benjamin Franklin, Nasser, Kennedy... Ellos sugerían los nombres. A veces yo proponía alguno.»

«¿Por qué lo hiciste?», le pregunté.

«Tenía que comer.»

Las escribió entre los años 1969 y 1978. Prejubilado de la Fábrica de Gas del Ayuntamiento por un desprendimiento de retina, la pensión no le llegaba para vivir y empezó a colaborar en EVA, Editorial Vasco Americana, una editorial escindida de la antigua FHER. Después, siguió escribiendo «de negro» biografías malditas para el Club Internacional del Libro S.A. de Promoción y Ediciones. La sede estaba en la calle Londres 49, de Madrid. Pero tenía una oficina en Bilbao, en la calle Espartero. Hay más de treinta biografías escritas por él firmadas con pseudónimos como Francisco Allo, Javier Cruz o Raúl Menchaca. Las de Edison, Abraham Lincoln, Einstein, Lawrence de Arabia, Kennedy y Pasteur las firmó con su nombre. Se dedicaba sin descanso a ellas por las tardes. Pagaban a tanto el folio y le encargaban muchas, esas eran las *biografías malditas*.

—Así que no en todo era intachable.

—Puede... Pero no he conocido a nadie con su rectitud moral, eso es un hecho.

Tercera parte
Apoyo logístico
(2012-2020)

> Un maestro no enseña lo que sabe, enseña lo que es.
>
> CICERÓN

Cuaderno verde
2005-2008

—Ya he entrevistado a varias amigas del escritor y ha sido interesante; pero quizás podría darme algún contacto más, dijo que eran muchas...

—Estaba segura de que lo iba a conseguir. Le daré otros nombres, aunque tal vez sea difícil acceder a ellas. También he localizado el segundo cuaderno del que le hablé, el verde; aquí lo tiene.

—¿Y si no quieren que las entreviste?

—Inténtelo, déjelas hablar, contar solo lo que ellas quieran. Yo sé bastantes cosas de esas mujeres de vidas poco convencionales; por ejemplo, que ellas no siempre le habían leído, me lo dijo muchas veces.

—O sea, que no conocían su obra.

—En algún caso habían leído una pequeña parte; en otros, nada. Pero eso también es precioso: lo admiraban como persona, sin conocerlo como escritor. Usted intente entrevistarlas, ya le he dado varios contactos, con alguna conseguirá hablar. De momento, tome este cuaderno.

Es un cuaderno verde manzana, tipo Moleskine, para cerrar con una goma del mismo color.

En la guarda hay una hoja de papel pegada con una fotografía hamiltoniana de un primer plano de la mujer, lleva una camelia atada con una cinta alrededor del pelo a modo de diadema.

Junto a una esquina desgastada de la imagen se puede leer:

«Granada con 18 años».

Y al final de la hoja:

«La foto que él llevaba en su cartera hasta su muerte».

*Es como un cuaderno-*collage. *Los textos alternan con recortes de prensa, postales, billetes de avión, posavasos y entradas de museo en París, todo intercalado entre las páginas escritas por la mujer que ahora leo*.

Hasta yo siento que me he convertido en el apoyo logístico imprescindible, como me calificó el editor. No quiere ir a ningún sitio solo, me consulta sobre las propuestas continuamente. Parece alegrarse más por mí que por él con cada invitación. Hemos establecido una rutina para corregir galeradas, no le gusta esa parte del proceso. Cada uno de los tres tomos, más de mil páginas del manuscrito, equivale a tres libros. Al final, será como revisar nueve novelas. Leemos veinticinco páginas separados y después ponemos en común las correcciones. Muchas veces me las llevo a casa. Discutimos por una frase, por una expresión; lo más duro es pelear lo que le propongo eliminar. Estamos acabando el segundo tomo.

Un papel pegado con celo contiene cifras a gran tamaño tachadas con un aspa. Los números concuerdan con el paginado del primer tomo publicado. La secuencia, de 25 en 25 a partir de 40, acaba en 744. Están dispuestas en largas hileras y filas como en un calendario.

40, 65, 90, 115, 140..., así hasta 744, donde pone «FIN».

En otro papel, en un listado de frases dos están subrayadas: «Las cenizas del hierro» y «El cielo sobre el tiempo».

Esta es la última lista, de aquí tiene que salir el título del tercer tomo.

He rescatado los versos de un poema antiguo de mi adolescencia. Tiré todos mis poemas, pero mi hermana Ana guardó una copia y los salvó. Me ha sorprendido esta estrofa:

Nada queda de aquellos paseos fugitivos
cuando detrás de cada recuerdo
ha caído todo el cielo sobre el tiempo.

Me asombra haber escrito algo tan triste en el colegio, cuando me corté el brazo con unas tijeras y me llevaron al médico y al psicólogo. Aquellas visitas fueron un estigma de mi adolescencia, me aislaron aún más. No solo era la pequeña de las internas, era extrañamente melancólica. Obligaba a mi hermana a pedirme permiso para decidir de quién podía ser amiga. Todo eran noes, la quería solo para mí. Cuánto dolor reflejan esos versos. Nos llevaron al colegio internas al nacer Mar. De repente, el suelo de mi infancia se movió para siempre. Nació la nena, ocho años menor, y ya nunca más sería la pequeña. Me acercaba a la cuna metálica espantada, unas cortinillas caían a los lados ocultando su cara rosada como una manzanita. La tela de plumeti blanca cubría la cúpula triangular de la cuna. Al entrar en el dormitorio de nuestros padres, a un lado de la cama, junto a la ventana, la cúpula ocultaba al bebé; pero, si te asomabas, allí estaban los lacitos, la chaquetita de perlé, la cara redondita, apretada. Yo tenía intención de matar a esa niña; aún no sabía cómo. Ana abrazaba su debilidad de muñeca, la acunaba y me miraba sonriendo. En la mesilla de luz, mi madre escondía un joyero

de plata con forma de manzana y había una tijera afilada y larga. Afilada y larga como el fondo de la habitación. Miraba la cuna e imaginaba la muerte del bebé.

Ana fue el lado soleado de mi niñez. En el internado, me metía en su cama cada noche y por fin me dormía. Las monjas nos castigaban por la mañana, pero daba igual, siempre dormíamos juntas. «Anaa, Anaaa», un nombre con A, como Mar. Me debían de haber llamado Amaya decía mi madre, pero el cura no le dejó ponerme ese nombre en euskera. «Amaya significa "fin". No hay fin en la Iglesia católica.» Ánodo y cátodo, negativo y positivo, así recordaba los polos de química en primero de bachiller. Mi nombre ni empezaba por A ni tenía una sola A; al final, me endosaron el de la abuela. De mi nombre, Dolo, una niña había dicho: «Dolo significa hacer daño». Su padre, abogado, se lo había explicado. Me cortaba los brazos con la tijera. Me hacía daño, el daño era yo: estaba dentro. «Dentro, dentro de mí no puedo llegar o no puedo creer que he llegado a mi vacío», escribí en el colegio. Y, cuando me cambiaron de internado de Zumaia a Mirasierra, en Madrid, decidí cambiar de nombre para siempre. Un veraneante francés me llamaba «Marie» en Laredo durante las vacaciones, solo lo traduje al castellano. Tenía quince años y un desparpajo desafiante.

La primera vez que me corté con las tijeras Ana me abrazó meciéndome como a Mar. Miraba la sangre roja con sus ojos rasgaditos como una interrogación. Llegó la prefecta y hubo un gran revuelo: me llevaron a la enfermería... Después, empezaron a esconder las tijeras, todas las tijeras. Siempre aparecían más heridas en la piel blanca bajo el uniforme donde no se veía, en lo alto de los muslos o bajo el jersey. No podía evitarlo, nadie podía. En el comedor, si había filete, aparecía cortado en trocitos en mi plato. Todas las internas sabían por qué.

Antes de enamorarme del escritor me di cuenta de que todos mis novios tenían algo en común: gafas rectangulares de pasta negra, calvos o con muy poco pelo... Una mezcla de Woody Allen y Arthur Miller. Su mirada miope les hacía parecer inteligentes cuando su cabeza desnuda se acercaba inquisitiva a descifrar la realidad. Él responde a ese patrón.

En una comida familiar en la que celebrábamos el nacimiento de mi sobrina Elene, nos sentamos cerca las tres hermanas. Una prima mayor dijo: «Vuestros novios se parecen». Uno era marido, no novio; pero sí, los tres tenían un aire de familia. Familia, lo que nunca hemos sido. Aquellos tres también se parecían a mis anteriores parejas. Sin pelo, con gafas de pasta negra. Lo más chocante era que todos se parecían a nuestro padre, que, desde hacía años, vivía en el sur con otra mujer. En su familia de segunda convocatoria tiene otra hija... Me pregunto cómo será su novio cuando crezca y qué diría Freud de todo esto.

Hablamos todas las noches, a veces horas. Los fines de semana y cuando estoy de vacaciones me quedo en Walden. Entre semana, alguna noche duermo en su casa. Madrugo muchísimo para llegar al día siguiente a las ocho al trabajo. Cojo dos autobuses hasta llegar a Galdakao. En el transporte público entre Getxo y Bilbao coincido con migrantes cuidadoras, empleadas rumanas y sudamericanas. Me siento extranjera como ellas.

28 de octubre de 2005

Ayer fuimos a la presentación de un libro. Un conocido del periódico ha escrito una novela magnífica y la he reseñado. Se me ocurrió darle la sorpresa de acudir con el escritor. Quedamos en la parada de metro de Gran Vía, cerca de Casa del Libro. Camino de la librería, me fijé en su jersey marrón-teja, imposible no hacerlo. En el centro del pecho, bajo el cuello de pico, un agujero del tamaño de una moneda de céntimo dejaba ver la camisa blanca. Me enfadé.

—Pero ¿cómo se te ocurre venir con ese jersey?

—¿No te gusta el color?

—¿No ves el agujero?

—Es pequeño, no se ve.

—¡Claro que se ve! Esto es Bilbao, así no podemos ir.

—¿Dónde quieres ir?

—A una presentación, habrá conocidos míos. Deberías volver a Getxo por donde has venido. No quiero que la gente te vea así, me da vergüenza.

—¡Pero... si yo voy dentro!

Al final, aunque tarde, fuimos a la presentación. No me importó: fuimos por la calle tan tranquilos con el jersey roto. Que me quiera me llena de asombro. Apunté su respuesta, que tanto me hizo reír.

He contado lo del jersey en la cena del Guria. Uriarte ha dicho al despedirnos: «Tú no le compres demasiados jerséis».

En Casa del Libro encontré esta faja azul en el segundo tomo.

Junto a ella, con elogiosas críticas, hay una prueba de portada pegada con la foto de unos niños desnudos en la playa, reproduce un conocido Sorolla.

Propuesta de Círculo de Lectores para el tomo 2. Rechazada. También para esta edición será la niña de Guiard, está decidido.

Le he comprado un teléfono para los paseos. Siempre me llama al trabajo a las once de la mañana y cada noche hacia las nueve o las diez. Me inquieta que esté tantas horas aislado en aquella casa de la calle Particular por la que nadie pasa. Cuando hemos ido a la tienda de Movistar, ha aprendido a utilizar el móvil enseguida. Al preguntarle la vendedora por un número PIN ha respondido: 0000. Dará el número solo a sus hijos. El teléfono es para nosotros, quiero que esté localizado cuando sale al paseo de más de dos horas, lo llevará en el bolsillo. He programado los números de sus hijos y el mío. Ni siquiera tiene que marcar: 1, 2, 3... Lo mira con autoridad desde sus ojos miopes, misteriosos. Con pulsar una tecla, allí estamos. Me gusta; creo que a él también. Pocas personas manejan un móvil a su edad.

En una cena con mis amigos he dicho: «Es un genio». M. ha respondido: «En algún sitio he leído que la mayoría de los genios tienen una libido hiperactiva». Me he ofendido. Nos entendemos tan bien... A quién le importa nuestro amor. «No te atrevas a insultar mi inteligencia», he dicho y me he levantado airada de la mesa. Al volver, M. me ha pedido perdón. Él y Uriarte dicen que nunca me han visto tan enamorada.

En el arte viajamos hacia lo desconocido. Escribir es bucear en aguas profundas, apartar el agua sin saber qué buscas. El agua no es exactamente tu medio, así que, de repente, te detienes y aparece semienterrado algo. Debes pulirlo para ver qué es y hasta puedes encontrar un tesoro. De eso hemos hablado largas horas.

Ayer vino un catedrático de la universidad a visitarlo. Estaba muy interesado en su leyenda del mostrador, en la que se disputa si es propiedad de quien lo ha encontrado en la playa o de quien lo sube a la campa; le dijo que su novela era una exposición práctica sobre la forma en que se construye el Derecho consuetudinario. Después de escuchar casi una clase y explicarle que él había escrito la novela sin tener ni idea de esos principios de nombre complicado, le preguntó medio en broma al profesor: «Y tú, ¿qué haces cuando no trabajas?». Nos hemos reído cuando me lo ha contado. Estoy aprendiendo mucho de su manera de mirar el mundo.

A los actos públicos los llama actuaciones: «El martes tenemos actuación en Santander», ha dicho cuando me ha llamado al trabajo. En cierto modo tiene razón. Lo he convencido para ir al podólogo y hacerse una analítica cada año. No iba nunca al médico, qué hombre tan extraño. Ahora controlamos su tensión en la farmacia. Desde hace un mes hemos sustituido los algodones entre los dedos de los pies por unas prótesis de silicona a medida. Le gustan. Recuerdo cuando eliminé las bandejas con papel de plata, como de piso de estudiante, que usaba con más de ochenta años y sustituí las sartenes. Cuánto se notaba que había comido solo demasiados años. No fue fácil, cada paso es un triunfo. Ahí sigue el tostador como un invento del *TBO*. Aún no he podido con él.

En el aparador había un reloj de pulsera que compró en Milán cuando navegaba hace sesenta años. Ni se sabe los años que llevaría sin funcionar: estaba muy sucio. Parecía destrozado por el

tiempo, pero he conseguido que lo arreglaran en una relojería de la calle General Concha donde tenían recambios originales y una correa de cuero idéntica nueva. Me hacía ilusión que lo usara, es precioso. Pero no ha habido manera, me lo ha regalado. No me lo pongo a diario, pero lo mantengo obsesivamente en hora. Cada noche le doy cuerda para cuidar nuestro amor.

París, 2-9 de agosto de 2005

Nueve fotografías en diferentes lugares de París pegadas en cuatro páginas (leyendo el periódico, junto a un lago, con una ardilla, en la terraza de un café), entradas al Louvre, billetes de avión, un posavasos. Bajo una foto del escritor abrazando a su mujer con Notre Dame al fondo, un cartel de neón fucsia dice «Bar» con una flecha dirigida hacia las escaleras que van al muelle.

Al final de las fotos, una frase:

«No le gusta viajar, pero la idea de estas vacaciones maravillosas ha sido suya».

Cada página escrita con fotos pegadas y notas grapadas engorda el cuaderno baúl. Una postal fechada el 1 de abril del Musée Marmottan. París, reproduce un cuadro de Claude Monet.

2006

Escrito en una postal:

> He celebrado tu premio sola paseando por la Campa de los ingleses, dejándome acariciar por el sol de primavera. Tú en Sevilla visitando a tu hija y yo en Bilbao; iré al Guggenheim, donde aún no he conseguido llevarte; seguiré intentándolo cuando vuelvas. He comido en una cafetería pensando en esa obra maravillosa que has regalado a tantos lectores. Nunca te agradeceré lo suficiente que me hayas dejado ser tu primera lectora, escuchando mi opinión sobre ella con tanta generosidad. Ha sido una de las experiencias más bonitas de mi vida.

Me llamó el editor al trabajo extrañado de no localizarlo cuando le dieron el Premio Nacional. Le di el teléfono de Sevilla. Una vez al año, en mayo, en el cumpleaños de su hija, pasa unos días allí.

2007

A veces se queda en Bilbao toda la noche. El otro día me escribió una nota. Bajó al portal y volvió a subir: tenía llave del piso, pero no podía salir, el portal estaba cerrado con llave y yo me había ido a trabajar.

En el cuaderno, en una página de periódico del 19 de mayo de 2007 del suplemento Babelia, *doblada y pegada en el borde, hay una frase a bolígrafo con la letra del escritor sobre el titular de una crítica de los cuentos de Katherine Anne Porter:*

> Déjame una llave del portal. Esta mañana estaba cerrado, he estado una hora hasta que ha salido un chico.

Cuántas cosas ha hecho este hombre, cuánto ha trabajado. Hoy me ha enseñado las cintas grabadas y los cuadernos transcritos para la preparación de Antonio B. el Rojo, que va a retitular Antonio el

Ruso (apodo que en su día transformó por la censura). Hay tres cuadernos y muchas casetes. Su letra ha cambiado enormemente con los años, ahora es mucho más grande.

Según paso al ordenador el texto, expurgo páginas. Me ha costado convencerlo, aunque cada vez confía más en mí: algunas escenas eran reiterativas, conseguiremos publicarlo en un tomo. En la edición de 1977 de Albia se publicó en dos, con el dibujo de la mano mutilada de Antonio sin dos dedos, en portada. Al editar y escribir el texto en el ordenador estoy sufriendo: no por el trabajo, sino por la emoción. Es imposible no sentir hambre física, frío y dolor con lo bien escrito que está. Según lo tecleo, lo vivo.

El libro lo acabó antes de la muerte de Franco, en 1974, pero pasó dos años en un cajón porque nadie quería publicarlo. Su protagonista había aprendido a leer y escribir en la cárcel. La historia de Papillón le hizo pensar que su vida de miseria, dando tumbos por cárceles, cuarteles de la Guardia Civil, manicomios y juzgados, daba para una novela. Antonio había vivido en un pueblo aislado de La Cabrera, un medio hostil que le arrastró a una existencia de pillaje. Empezó a robar de niño y llegó a vivir atado como una bestia. Muchos años después, acabó cerca de Bilbao, en el Kalero de Basauri, donde encontró trabajo como vigilante de una obra, ¡qué paradoja! Un periodista los puso en contacto, ambos se habían afiliado al Partido Comunista, Antonio y él.

Me ha contado muchos detalles de cómo trabajó, cuánto le costó dar con el «lenguaje invisible», como él lo llama. Lo hizo para que pareciera una autobiografía. Le interesaba que lo leyera mucha gente por su carácter de denuncia y eso le hizo adoptar ese punto de vista. Todo lo que cuenta es real. Cambió nombres por temor a la censura, ahora los estamos restituyendo: El pueblo de Las Piedras es

en realidad La Baña, Antonio B. se apellida Antonio Bayo y el apodo el Rojo era el Ruso. Hay más cambios de nombres.

Contrastamos un mapa de Las Cabreras de León con un dibujo que guardó entre las transcripciones grabadas en casetes en 1974. También guarda cartas que le escribió Antonio desde Piedrafita (Lugo) en 1980, antes de morir.

En una hoja pegada con el título «BUSILIS» se relacionan los nombres de la edición de Albia con los reales y motes; aparece el significado de alguna palabra y las edades del personaje... Pueblos reales de la geografía y ficticios de la edición de 1977:

Ambasaguas-Aguasviva.
Encinedo-Robledal.
Lago Truchillas-Lago Lobito.
Garduñas: juego de muchachos, lanzar cosas.
Mañizas: haz de hierba o paja.
Gambito: gancho.
Urces: brezo.
Bigarcia: es un juego.
Madreña: de almadreño, zueco de madera.
Cantiego (no aparece en ningún sitio).
Página 30, 9 años / pág. 38, 11 años / pág. 56, 12 años / 75, 14 / 96, 15 / 101, 16.
¡Ojo!, el marido de la tía Petra se llama Jenaro, no Roque.

Hay una página con un listado de nombres propios y motes.

Nombres de los seis hijos de Antonio con dos apellidos cada uno. (Son hijos de mujeres distintas.)

Nombres reales de las mujeres y los que adoptan en el libro en la edición de Albia:

Primera mujer: Sole (real), Rita (Albia).
Segunda mujer: Marta (real).
Tercera mujer, la gallega: Emilia (real), Enriqueta (Albia).

La publicación fue un pequeño acontecimiento en 1977, le hicieron entrevistas en televisión y prensa. Francisco Umbral dedicó el 18 de noviembre en *El País* su sección «Diario de un snob» a Antonio, el Ruso.

Cuando se presentó el libro en León en diciembre de 1977, hubo una mesa redonda organizada por la Caja de Ahorros y se armó un gran revuelo. El secretario de la Obra Cultural, que actuaba de moderador, sostenía que, aunque la comarca leonesa de La Cabrera había estado muy aislada entre 1934, año de nacimiento de Antonio, y 1970, su retraso no era mayor que el de Las Hurdes. Y un ingeniero jefe del Iryda negó que un episodio que se cuenta en el libro, cuando apareció por el pueblo el gobernador civil de la provincia con su comitiva en jeeps hacia 1940 y no había carretera, fuera cierto. Los lugareños se asustaron y una mujer se acercó cautelosa con una brazada de heno y la depositó delante de los jeeps para que comieran, según relató Antonio. El ingeniero admitió que las casas parecían cuevas y la gente andaba descalza; pero el episodio del heno, según él, lo había inventado Antonio. En el debate al que asistió el propio Antonio no se pusieron de acuerdo.

Ahora ha escrito un prólogo y una nota final para la nueva edición contando algunas anécdotas. La editorial prepara la publicación para octubre. Han hecho un DVD promocional; el cámara, Poldo Pomés, hijo del gran fotógrafo y publicista Leopoldo Pomés, vino con el

editor, Juan, desde Barcelona este verano, que me animó a participar en el guion de la entrevista. También me escribió que convenía recortar «esa extensión intimidatoria, bajar de la barrera psicológica de las seiscientas páginas». Conseguido.

Él sigue con la policiaca que tanto le entretiene y a mí no me entusiasma, la editarán el año que viene. Hemos estado planificando el orden de publicaciones. Después de El Ruso, la próxima será la reedición del Nadal aprovechando que lo ganó hace cincuenta años. No hace exactamente cincuenta años, pero casi, y los números redondos son un buen reclamo. El otro día le pregunté por qué no dedicó su mejor obra según él —sus primeros cuentos, *Recuerda, oh, recuerda*— a nadie. La respuesta me esperaba este viernes en una preciosa dedicatoria que irá impresa cuando se reedite: «Este sitio quedó entonces vacío, porque no estabas tú, María, amor». Los cuentos completos saldrán después de la reedición del Nadal.

«Apoyo logístico imprescindible», cuánto lo repite. Me hace feliz ayudarle, es como jugar a ser escritora. Descargarlo de esa labor le deja más tiempo para lo que tanto le gusta. Me siento una privilegiada... La idea es intercalar reediciones y novedades, lo hemos hablado con el editor. Escasos momentos en los que la vida concuerda con lo que deseas. Pienso en no pensar.

Domingo

Estar a su lado me hace comprender hasta qué punto la felicidad es un trabajo al que hay que enfrentarse, es como si me estuviera enseñando a vivir. Hemos tenido una larga conversación por la tarde después de un maravilloso fin de semana; pero, cuando me ha acompañado al metro, yo seguía anclada en mi pesimismo melancólico de siempre. No me gusta cómo la realidad se comporta los domingos por la tarde, no los soporto desde que estuve interna y mis padres se marchaban a Bilbao después de sacarnos a comer a Zarautz o a Getaria y nos devolvían al colegio de Zumaia a Ana y a mí. Yo corría hasta un extremo de la verja por donde, a veces, se veía alejarse el Peugeot 404 verde hacia la curva de Cestona. Solo a veces. Regresar a la rutina de los lunes, cuando me marcho de Getxo, me produce exactamente la misma sensación de abandono. Un domingo nuestro padre nos trajo unas pulseritas doradas de amatistas porque había vuelto de un largo viaje a Sudáfrica y habían estado quince días sin venir a visitarnos. ¡Estaba tan contenta con aquellas piedras semipreciosas de color violeta en mi muñeca! La pulsera parecía de oro. Fuimos a la playa y a comer besugo, nuestro padre nos contó maravillas del viaje y nos enseñó un libro de una fotógrafa que había conocido en la Feria de Johannesburgo. Las playas de Sudáfrica y Ciudad del Cabo eran como un sueño. Al entrar al colegio, Ana se fue con sus amigas al patio y yo corrí al extremo de la verja. Pero no conseguí ver el coche de mis padres ni pude dejar de llorar durante toda la cena, y ni siquiera comí los nevaditos que cada domingo por la noche había de postre.

Me he quejado de que no puedo escribir. Él, con su ánimo testarudo, me ha explicado: «Si quieres escribir, escribe. Eso de que no tienes tiempo no es verdad, siempre hay tiempo. Puedes escribir después del trabajo. Tú ya eres escritora: no solo por los cuentos, esas páginas que escribes en el periódico lo demuestran». He

insistido en que las colaboraciones de prensa también me roban tiempo y casi le he cansado. Hemos comprado dos veces helado, yo una tarrina grande cada vez, y nos hemos sentado bajo la pérgola cercana a la estación.

«Menos tiempo tengo yo con lo viejo que soy; pero, cuando me acuerdo de ese viejo, no le dedico un segundo...», ha dicho muy serio. Me ha conmovido haciéndome comprender que, al escribir, enfocándose en el momento que está viviendo, la fuga del tiempo le parece más suave y dulce. «La fuga del tiempo», eso ha dicho, algo que olvida cuando estamos juntos. Yo también me olvido de todo junto a él. Me ha dado vergüenza quejarme tanto. Cada día me demuestra lo que tengo que hacer sin tapujos ni excusas. Cada conversación es un desafío. Nos hemos quedado abrazados un buen rato y he llorado al coger el último metro. Mañana me costará madrugar.

Septiembre de 2008

Al leer manuscritos antiguos y ordenarlos observo cuánto le ha cambiado la letra, antes más pequeña y modosita; manejarlos es emocionante, insiste en que le costó mucho madurar, despertar.

Estos últimos días de vacaciones hemos hablado de su infancia y juventud y es como si esperara descubrir algún secreto de ese despertar: cómo ha conseguido su fortaleza de carácter, de dónde nace su inspiración sin desmayo... «No hay respuesta», dice riendo. Toda su inteligencia se concentra en crear un mundo con las palabras. Ha nacido para escribir. Y se muestra irreductible, esa palabra que tanto le gusta. Con «mayusculitis».

Ordenando el armario, el otro día le pregunté qué hacía una manta tan ajada guardada en el altillo. Me dijo: «Es la manta», con esa manera concisa de hablar como la de un poeta. Tenía el cintillo de seda gastado en los bordes y algún agujero pequeño; el tejido estaba totalmente apelmazado, apolillado en una esquina, lo recorté. Me gusta coser mientras vemos la tele al atardecer, y, después de lavarla, arreglé los bordes de seda. Me dijo: «Quédatela». Es una manta áspera de cuadros verdes y amarillos que me encanta acariciar, ya me había hablado de ella. La manta con la que escribió *Verdes valles, colinas rojas:* la obra que le empujaba a levantarse cada mañana al amanecer como si su vida tuviera un destino, decidido a ordenar el caos de su propio mundo hasta llenar más de tres mil páginas. En ella envolvía su soledad para no encender la estufa de leña si el frío no era demasiado intenso. Un folio diario, ese era el objetivo: desde los cincuenta y siete hasta los setenta y ocho años, entre 1980 y 2000. La primera página fechada es del miércoles 16 de enero de 1980. Tantas horas en la casa solitaria con el frío alrededor viendo la luz avanzar hacia el mediodía, cuando aparcaba algunas horas la escritura para improvisar algún comistrajo. Acompañado, más que por ninguna persona, por los más de doscientos personajes con los que llegó a vivir durante más de veinte años, todos bullendo en su cabeza hasta que la luz se desmayaba y él, echado en el sofá, veía viejas películas en blanco y negro en La 2 o en TCM. No me cuesta imaginar la escena que me ha relatado tantas veces.

Es curioso, en ese periodo lo conocí y entrevisté la primera vez. Era 1997. «Voy por la página 2637», me dijo, «pon eso, que les va a

impresionar», pero recuerdo que Cuca eliminó esa frase de la entrevista, supongo que para que no lo tomaran por loco... Entonces ya intuí algunos rasgos de su carácter: el individualismo feroz y la coherencia interna que movía su destino de escritor. Al convertirse en mi pareja, solo ha confirmado cada una de aquellas intuiciones.

Aquel primer día me quejé: no podía llegar a la puerta de la casa entre la altísima hierba del jardín sin arañarme. Me enseñó un chiste enmarcado en la pared izquierda de su mesa, una viñeta en color a toda página de un suplemento dominical. En varias parcelas verdes, los dueños trabajaban afanosamente; uno con un cortacésped; otro, podando flores; un tercero, igualando la cuidada alfombra verde. Todos embelleciendo su propiedad. En medio del dibujo, un individuo asomaba en el centro mismo de la parcela tumbado indolente con las piernas cruzadas y un sombrero sobre una hamaca rodeado por la hierba. «Mi entorno ideal», rio señalando la viñeta con la cabeza. Así era entonces su jardín; ahora está mucho más cuidado gracias a su hijo.

En la primavera de 1998 un editor madrileño aceptó publicarme un libro de cuentos. Al pensar en alguien para presentarlo me acordé de él. Mi amigo Miguel, que me había prestado sus libros antes de entrevistarlo la primera vez, se alarmó: «No sabes lo que has hecho. Puede soltar tranquilamente que no le gustan tus cuentos. Ya lo hizo hace años en una presentación». Pero yo quería que mi primer libro lo presentara un escritor de raza. Entonces no imaginaba que se iba a convertir en alguien tan importante en mi vida.

Guía

—¿Por qué se interesó por la *Guía Secreta de Vizcaya?*

—Yo colaboraba en un suplemento semanal sobre gastronomía con una sección de «Gastrohistorias» y siempre andaba a la caza de ideas. El día de Reyes de 2018 mi pareja me regaló una guía de Vizcaya escrita en 1975. La había encontrado en una librería de lance y era de un gran novelista. Nada más abrirla, leí sus reflexiones sobre las cuadrillas de chiquiteros de los años setenta, cuando el vaso de vino costaba tres pesetas y grupos de hombres peregrinaban de taberna en taberna desde el atardecer hasta las diez de la noche.

El libro estaba lleno de sugerencias de restaurantes y curiosidades contadas con encanto, y la visión anticapitalista del autor se plasmaba en cada página en frases ácidas, irónicas: «Industria del Nervión, polución que no cesa». Escribí un artículo sobre «La guía secreta del chiquitero» citando párrafos enteros.

> En esa hora sagrada los hombres olvidan las amarguras del día y se abandonan al ejercicio de la plática remojada. Nunca hay riñas, pocas veces se oyen palabras de guerra, excepto si el Athletic ha perdido por un penalty concedido al Real Madrid. Sobre los mostradores, oscuros y empapados de vino rojo, se ven hileras de vasos especiales de grueso cristal, chatos y de culo macizo y tan alto que alcanza el ecuador del vaso. Son los emblemas de la vieja guardia que están siendo sustituidos.

Cuanto más avanzaba en la guía turístico-cultural, más me interesaban sus cuatrocientas páginas: estaba a medio camino entre

el ensayo y la crónica de viajes, se leía de maravilla. Tenía páginas guillotinadas y quise hacerme con un ejemplar completo, pedí otra por internet a la Librería Hispanoamericana de Valencia por diez euros, pero le faltaban exactamente las mismas páginas. Rastreé alguna biblioteca pública y el ejemplar también estaba guillotinado. Empecé a pensar en la censura. Me ilusioné con los fondos solo accesibles a investigadores en la Biblioteca de Villamonte de Getxo. Allí estaría completa, pensé; pero las páginas que buscaba faltaban como en todos los ejemplares. Entonces encontré una notita en papel de fumar pegada en la página seis:

> Estando ya impresa y encuadernada la totalidad de la primera edición de esta Guía Secreta, las recientes modificaciones legales decretadas han hecho que la Editorial, por su parte, considerase oportuno retirar las páginas 131 a 134 y 183 a 188.

—Conozco esa obra y el episodio de la censura... He hecho algunas averiguaciones: era una editorial de Madrid fundada por Ignacio Camuñas en 1970, un ministro democratacristiano de cariz izquierdista del Gobierno Suárez. El nombre del sello, Al-Borak, sonaba vasco, pero era musulmán: así se conoce al caballo que condujo a Mahoma hacia el cielo. En la década de 1970, Al-Borak editó unas veinte guías secretas de ciudades. La de Londres la escribió Vicente Molina Foix; la de Barcelona, José María Carandell; la de Asturias, Juan Cueto.

—No sabía que hubo tantas. A partir de ese momento me obsesionaba encontrar un ejemplar íntegro de un libro que en 1975 coló un capítulo titulado «Los reyes católicos y las putas» y la referencia a un cartel sobre una chabola del «Club las Bragas». Me preguntaba qué habría en las páginas eliminadas, si todo eso había pasado el filtro de la censura.

Tenía un correo electrónico «Detripasais@gmail.com» en el que recibía sugerencias de lectores sobre la sección y recurrí a ellos. Así se puso en contacto conmigo una fotógrafa que sí conoció al escritor.

—¿Ella hizo las fotos de la guía?

—No, qué va, pero él le dio algunas imágenes descartadas de cuando preparaba la guía. Por lo visto, la chica era aficionada a la fotografía, y el escritor le contó que las fotos de ese libro las había hecho él con un director de cine que le ayudó. Fíjese, en la página doscientos veintinueve aparece retratado con su *txapela* en un bar de Santurtzi.

—¿Sabe si la fotógrafa tiene un ejemplar sin censurar?

—No creo, a los censores no se les escapó ninguno. El camino para llegar al único que existía fue casual, como suceden a veces los hallazgos. Hacía seis años que el escritor había muerto y ni los hijos ni la mujer tenían idea de qué contenían aquellas páginas. Yo ya estaba resignada a no saberlo jamás, pero un compañero de reportajes aficionado a la gastronomía, Julián Méndez, tuvo la idea de dirigirme a la Biblioteca Nacional, donde custodian un ejemplar de todas las publicaciones. Lo hizo a través del jefe de Documentación del periódico, con contactos en Madrid, Mauricio, y ¡bingo!, allí había una guía íntegra. No fue fácil, pero supimos por fin qué contenían las páginas censuradas: una entrevista a un joven de ETA hecha en 1974 y otra al marido de Pasionaria, Julián Ruiz, barrenero de las minas. Un domingo de primavera de 2020 abrimos el periódico anunciando en primera plana las páginas censuradas. Habían tenido que pasar cuarenta y cinco años para que la voz de aquellos dos incendiarios se hiciera oír. Creo que el escritor también era un poco incendiario, aunque no lo conocí. Quédese con las fotos de su amiga fotógrafa, así tiene una excusa para devolvérselas. Ya le

he explicado por teléfono la situación; aquí tiene su número, llámela: tal vez le cuente algo más.

Me encuentro con la fotógrafa en Olabeaga, en unos columpios del rebautizado Muelle de las Sirgueras, junto a la Ría. Está con su hija, que juega en el tobogán. En un primer momento quiere deshacerse de mí: «Sigo sin entender por qué le han dado mis fotos de la *Guía Secreta».*

—Estoy escribiendo un libro biográfico. ¿Hizo usted las fotos?

—Son mías; pero no las hice yo.

—¿Cuándo conoció al escritor?

—Ni me acuerdo, era muy joven.

Mientras contemplo a su hija, algo en mi manera de sonreír a la niña le hace prestarme atención:

—Espere, vamos a sentarnos. Le pediré a una madre que le eche un ojo a Katixa.

Nos acercamos a un barco pirata reproducido a tamaño natural para delicia de los niños y nos sentamos en un banco de madera.

—Pero ¿usted qué quiere saber?

—Su mujer me ha encargado escribir sobre él.

—Ah, su mujer.

—¿La conoce?

—Sí, claro. Pero cuando yo lo conocí, su mujer no existía en su vida. Fui al taller de escritura de Algorta, escribía algo y mis padres pararon al escritor en el paseo de La Galea para preguntarle; él les dijo que podía ir sin problema.

—¿La fotografía los acercó?

—No sé si fue eso. Por supuesto, cuando él hizo la guía yo no había nacido. Empecé a jugar con la cámara a los dieciséis años, y, cuando vio unas fotos mías en el taller de escritura, me dijo que tenía talento. Creyó en mí y me dio la oportunidad de publicarlas en *Galea,* su revista.

«Yo también he sido fotógrafo: hice estas fotos para una guía editada hace veinte años. Me iban a pagar poco y no podía contratar un fotógrafo. Fue un fracaso, no me pagaron nada», algo así me dijo.

En esos años yo protestaba por todo. Me molestaban los demás. Intentaba escribir o hacer cualquier otra cosa, lo de las fotos fue un intento más: no sabía lo que quería. Descalificaba a la gente en pocos minutos: engreídos, aguas paradas, seductores profesionales, pasivas agresivas... El catálogo de mis odios se filtró en el texto que llevé al taller inspirado en un grupo de patinadores donde duré poco, un relato impregnado de ira. No podía controlar mi ira, luego me quedaba sola y no me aguantaba a mí misma... Escribí aquellas cuatro páginas furiosas de veneno hacia los patinadores.

—Háble me del taller.

—Era anárquico. Pero iba gente especial, por eso continué. Allí se escuchaba leer a los demás y todos opinábamos. Una tarde, al salir, cuando se había marchado todo el mundo, el escritor me dijo: «Tienes que aprender a escuchar». Le estoy contando mi vida...

—Tranquila, me interesa.

—Creía que exageraba. A veces nos cuesta darnos cuenta de lo evidente. Callaba un ratito esperando para decir lo que quería; recordaba las frases sin esforzarme. Había aprendido a refugiarme en los libros y leía para replicar. Sin embargo, el escritor hablaba lo justo; por eso a él lo escuchaba. «No te das cuenta de que criticas sin comprender», me dijo. Fue raro, nunca recriminaba a nadie y

conmigo lo hizo, aunque no en público. Nos hicimos amigos. Desde el primer día, sentí que me conocía. Los escritores observan mucho. En aquellos años, fue decisivo en mi vida. Yo esgrimía mi repertorio de frases y empezó a llamarme dialéctica. Le oí decir: «No es tan importante tener razón». Me dejó de piedra.

Me regaló la guía con las fotografías descartadas, pero entonces no les presté atención, la fiebre de hacer fotos se me pasó enseguida. Fue al leer las páginas guillotinadas por la censura, hace unos meses, cuando localicé sus fotografías y me impactaron: ponía en primer plano la basura que entonces había en la costa... Los pies de foto que estaban pegados con un papelito y escritos a máquina eran demoledores. Cuando vi por primera vez las fotos, no las entendí: no miramos con los ojos sino con todo lo que somos. Al escritor le hice una fotografía, apoyado en la puerta de su jardín, rodeado de floresta. Le gustó, fue uno de los primeros retratos que hice a un artista.

Las páginas amputadas de la guía y esas fotos descartadas con sus papelitos colgantes me recordaron lo lejos que estábamos entonces. Mire este pie de foto: Folio 186 «Playa de Arrigunaga, hoy. Al fondo, limpiando sus tanques y envenenando la vida un petrolero. A este trozo de mar le cabe el honor de haber sido elegido como área del inminente Superpuerto». Escribí al periódico por si querían publicar las fotografías de los años setenta, pero veo que no les interesan. En aquellos años en que conocí al escritor tampoco yo escuchaba a los demás, canturreaba un himno repitiendo mi nombre. Es literal. Se lo puedo tararear.

—No hace falta. ¿Mantuvieron la amistad?

—Sí, pero nos veíamos poco. Un verano que estaban pintando la fachada de su casa de amarillo y sus hijos viajaban con sus parejas por Sudamérica, fui a visitarlo. Como el olor a pintura impedía estar

en el porche o en la casa, me propuso comer en el Puerto Viejo. Lo pasamos bien y dijo que me iba a enseñar durante toda la semana «las maravillas de Getxo», esas fueron exactamente sus palabras. Hicimos varias excursiones, necesitaba salir de Walden para huir de los pintores.

La joven fotógrafa saca la merienda para su hija de una mochila rosa. Le escucho dar indicaciones a la niña. Madre e hija se parecen. Cuando regresa, continúa hablando. Parece que por fin he conseguido ablandarla.

—Una tarde nos bañamos en la playa de Arrigunaga, hacía calor. Dejó los pantalones doblados sobre una roca al pie del acantilado, en la zona de piedras. Al volver a ponérselos, la llave para entrar a casa, guardada en un bolsillo, se había caído entre las piedras y no aparecía. No se alteró lo más mínimo. Al regresar a Walden, los pintores ya se habían ido y me enseñó un escondite entre dos tejas, en un cobertizo: «Siempre hay una llave de repuesto aquí», dijo.

Ese viernes fue con el jefe de la brigada de pintores al banco para pagarle. En la ventanilla preguntaban el destino del dinero cuando se retiraban más de tres mil euros, un control de efectivo exigido por el Gobierno.

«¿Para qué es este dinero?», preguntó el empleado.

«Este y yo nos vamos juntos a París», contestó riendo.

Le gustaba provocar. Tenía alma de ácrata y la curiosa teoría de que las personas muy viajeras estaban vacías por dentro: «No vas a encontrar lo que no lleves contigo. Adonde quiera que vayas, ahí estás». Es increíble que escribiera una guía de viajes.

—¿Sabe quién se la encargó?

—Un periodista amigo suyo que fue concejal del Ayuntamiento de Bilbao, Ángel Ortiz Alfau, él propuso su nombre al editor. Coincidí con los dos en algún acto cultural que cubrí para el Ayuntamiento y

la biblioteca de Bidebarrieta. Desde que tuve a mi hija, la fotografía se había convertido en mi profesión. Aquella mañana el escritor dejó al alcalde con la palabra en la boca en la inauguración de la Feria del Libro para saludarme, se saltó todos los protocolos.

Publicar las páginas censuradas de la guía ha sido un acto de justicia porque, en su día, un historiador tituló: «Ni guía, ni secreta, ni de Vizcaya». El escritor repetía esa frase. Ese reportaje a dos páginas del periódico en el que se daba noticia de la publicación de la guía salió un domingo de 1975. Después, aquel historiador y archivero de Bilbao estuvo implicado en un robo de libros antiguos.

—¿Cree que la guía respondía a la realidad cuando la escribió?

—Ni idea. He recorrido aquellos escenarios intentando reconocerlos, pero todo ha cambiado. Lo que sí hay es una ruta por los lugares de sus novelas el Día del Libro y el de su cumpleaños. Esa sí la he hecho. Un historiador de origen navarro llegó en 2008 a Getxo convencido de que el escenario real coincidía con el mapa de la trilogía que había dibujado su mujer. Algún nombre tenía asideros en la realidad; pero la imaginación del escritor había rebautizado calles, iglesias y campas. En ese mismo grupo, el de la ruta, algunos entusiastas propusieron vallar la única higuera de más de cien años que sobrevivía del caserío derribado donde el escritor veraneó, Arrune. Ahora hay allí unos columpios; a veces, alguna niña se sube a la higuera, claro. Mi hija Katixa haría lo mismo. A él, ácrata y naturalista, le hubiera horrorizado vallar un árbol, de eso estoy segura. Al final no se valló.

Ya ve, le he contado bastantes anécdotas. Días después de que se conocieran las diez páginas censuradas de la guía, se publicó un artículo titulado «Justicia poética de una Guía Secreta», que acababa diciendo: «La justicia poética no es otra cosa que la más certera de las justicias. No impone más pena que la del recuerdo, que lo es

todo». Creo que lo firmaba el reportero que recuperó las páginas guillotinadas.

Hostelera

—Me han dicho que cuando el escritor viajó a Barcelona a la editorial, se alojó en su casa.

—Sí, llegó con un paquete de papel de estraza atado con una cuerda como único equipaje. Traía una muda y el cepillo de dientes. Éramos amigos y no le gustaban los hoteles. Esa noche durmió en mi casa. Yo estaba embarazada de un hombre al que ya no quería y mi pareja era una mujer, pero acababa de romper con ella. Me pilló en mal momento. Apareció con un hombre joven que le había ayudado a buscar mi casa en el Raval, resultó ser su editor. Llevaba toda la tarde dando tumbos porque regresar a casa aquel atardecer era encontrar una habitación vacía con una cama vacía y me alegró su aparición, pero ni me acordaba de que, por teléfono, cuatro días antes lo había invitado a pasar esa noche en mi casa. No pude ocultar mi sorpresa.

La discusión con la mujer con la que vivía y trabajaba me había alterado. Habíamos hecho planes de criar a mi hijo juntas y, de repente, volvía a encontrarme sola con el embarazo mucho más avanzado que cuando aterricé en Barcelona. Al llegar su exmarido, nuestros planes de futuro se habían evaporado. Debía buscar otro sitio para vivir y mi empleo peligraba, estaba fatal.

Esa noche el escritor me ayudó a preparar tartas. Aquel hombre de casi ochenta años tenía una energía increíble. Cocinamos hasta las dos de la madrugada bizcochos, una tarta de zanahoria y otra de

chocolate; las vendíamos en el bar. Cuando todo estuvo listo, me miró con calma:

«Debes alejar de ti la idea de fracaso», dijo cogiendo mi cabeza entre sus manos. «Ser madre es lo más importante que te va a suceder en la vida.»

Él argumentaba que crio solo a sus hijos. Su seguridad me impresionó. Había venido a Barcelona por un motivo importante para él: publicar su novela; sin embargo, me dedicó toda su atención. Al recordarlo, aún me emociono. No daba importancia a que me gustaran hombres y mujeres, entendía que te enamorabas de la persona, algo que mucha gente joven no acepta. Pensé en mi regreso a Getxo tras romper con la brasileña, tenía miedo. La visita del escritor barrió mi confusión, me ayudó a decidir.

Al amanecer del día siguiente bajé las tartas a la vitrina del bar. Volví al piso para no coincidir con mi pareja; le tocaba abrir a ella esa semana, aún resonaban los insultos de la pelea en mi mente. Acompañé al escritor a una parada de taxi, no me dejó llevarlo al aeropuerto; compró una chocolatina Toblerone gigante para llevársela a su novia a Bilbao.

En las escaleras me choqué con la brasileña, que me empujó. Al entrar al piso, me tumbé sobre la cama evocando la conversación nocturna. Harta de mirar al techo, cogí un libro de Philip Roth, *Me casé con un comunista,* y lo abrí al azar. Subrayé un fragmento que, desde aquel instante, me parece hablar de la persona sobre la que usted me pregunta:

> Así apareció el pasado, en forma de un hombre anciano que tenía el talento necesario para no pensar en sus problemas un instante más de lo que merecían y que aún no podía perder su tiempo hablando con otra persona más que de cosas serias. Una obstinación palpable prestaba a su personalidad una plenitud sin fisuras, y ello a pesar de la reducción radical efectuada por el tiempo de su viejo y atlético físico. Me dije: «He aquí la vida humana. Esto es resistencia».

Resistencia. Mientras amasaba harina y batía huevos la noche anterior, se adaptaba al trabajo como un aprendiz. Cuando las tartas estaban en el horno, rebañó el chocolate y me contó que se había entrevistado con la jefa de prensa de la editorial: no estaba dispuesto a exhibirse como un mono ni quería oír hablar de entrevistas. Él ya había hecho su trabajo, la novela estaba ahí, más de tres mil páginas. No tenía más que decir. Una plenitud sin fisuras.

Luego, con la publicación, su mujer consiguió convencerlo de que el dicho «El buen paño en el arca se vende» era demasiado antiguo, y se prestó a hacer alguna entrevista de promoción. La jefa de prensa de la editorial, Natalia, y ella lo convencieron. Pero aquella noche se mostró inflexible. Era original en todo.

Muchos años después, cuando regresé a Getxo, llevé al taller una tarta de chocolate como aquella que hicimos juntos para un cumpleaños. Las hacía por encargo y las vendía a domicilio.

—También organizó la fiesta de su noventa cumpleaños en 2013.

—Sí, me ayudó su mujer. Noventa años es un número importante, teníamos que hacer algo. En junio celebrábamos una cena de fin de curso. Ese año decidimos hacerla coincidir con su cumpleaños en septiembre y entregarle un regalo. No era la primera vez, le habíamos regalado unas deportivas amarillas Timberland para sus paseos. Pero la ocasión merecía algo especial. Su mujer contó que, paseando por La Galea, le dijo un día: «Este paseo llevará algún día tu nombre, te pondrán una estatua por ser el mejor embajador de Getxo».

«Me horrorizaría tener una estatua», respondió él. «Pero me gustaría tener una placa ahí abajo», señaló la playa de Arrigunaga, «entre las rocas, con la frase de Txiki Baskardo: "Aquí empezó todo".»

Yo conocía a un metalista y su amigo médico se encargó del diseño de la placa. El proyecto se llevó en secreto. En su noventa cumpleaños, se la entregamos en La Venta. En una foto estamos unas dieciocho personas del taller a su alrededor, de pie unos y sentados otros, como en la última cena. Él sostiene la placa con la inscripción. Después de cenar, cuando se marchaba, dijo muy serio: «Bueno, espero estar en vuestro noventa cumpleaños». Allí, aparte de él, nadie llegaba a los cincuenta y cinco.

Desde que murió, un grupo del taller visitamos a principios de verano la placa de acero fijada en la roca de la playa. Sigue allí, puede ir a verla. La colocamos semanas después de entregársela, cuando aún vivía. No lleva tornillos. Un amigo subió a lo alto de la roca para remacharla con una herramienta especial, fue un trabajo clandestino. El sitio lo eligió el escritor. Dio un paseo por la playa, parecía que iba a decidirse por unas rocas a las que llegaba la marea; pero, finalmente, eligió la gran roca plana triangular al pie del monte Alicante donde un día de verano habló con María Luisa, su primer amor, cuando aún era adolescente.

Los del taller recordamos aquellos lunes. Algunos han publicado un libro, otros siguen intentándolo. Todos lo echamos de menos.

—¿Y usted aún trabaja en la hostelería?

—Estoy estudiando, mi hija ya se ha hecho mayor. Trabajo en lo que puedo, como tanta gente, el escritor hizo lo mismo durante toda su vida. Una de sus enseñanzas era preservar la literatura teniendo otro medio de vida para escribir con libertad. Lo repetía mucho.

Secretaria

—Háble me del verano que participó en un curso de la Universidad Menéndez Pelayo, en el Palacio de la Magdalena.

—Fui secretaria de un curso en Santander entre el 30 de julio y el 3 de agosto de 2007. Trataba de la obra del autor sobre el que está escribiendo. Meses antes, mientras preparamos el curso, reuní fotografías de su vida, portadas y textos para una presentación en PowerPoint. Recuerdo que me dijo: «No quiero contar nada de mi vida». No lo entendí; sin embargo, después habló de muchas anécdotas biográficas. Era inevitable: su vida y su obra están unidas. Siempre sucede.

—Coincidieron toda la semana, ¿su relación se estrechó a partir del curso de verano?

—Era un curso bajo el epígrafe «El autor y su obra». Él era el autor; yo, la secretaria del curso. Qué quiere que le diga, no es fácil coincidir con personas así, conocerlo fue un privilegio, con él no percibía la distancia generacional y su sabiduría, nada académica, me encantaba. Yo soy crítica literaria y en aquella época todavía los críticos teníamos algo que decir. Esa semana comimos y cenamos todos los días juntos. Una noche cenamos con el famoso pintor Antonio López y también daba un seminario la pensadora feminista Amelia Valcárcel. Comimos con la vicerrectora, profesores e invitados, en las antiguas caballerizas del palacio, «preparadas para dar pienso a los humanos», decía él con su humor socarrón.

Recuerdo que un mediodía, aprovechando el hueco entre las horas de clase, pedí cita para ir a la peluquería. Él debía asistir a una comida con la vicerrectora. Le expliqué mi plan: no podía acompañarlo. «Yo también iría a la peluquería si pudiera», dijo acariciándose la calva desnuda en un gesto muy suyo. Rehuía la vida social, casi diría que era socialmente inepto.

—Sin embargo, luego lo llevó a las Aulas de la Experiencia en Bilbao.

—Sí, desde que fui su asistente en aquel curso nos hicimos amigos. Coincidí con él en un jurado de un concurso de relatos y le pedí que viniera a mi clase.

—¿Por qué eligió precisamente a ese escritor para la universidad de adultos?

—Publicó una novela que encajaba con la Ley de Memoria Histórica, *La higuera,* y esa ley formaba parte del programa docente. La novela trataba sobre los enterrados en cunetas por los falangistas en la Guerra Civil. En la Feria del Libro de Bilbao, en mayo, firmó ese título a un grupo de alumnas. Yo impartía también un taller de escritura, les dije que estaba en la Feria y allí fueron todas.

—¿Qué recuerda del curso de Santander?

—En la charla de presentación insistí en la congruencia entre su vida y su obra; él me miraba complacido porque conocía bien sus novelas. El programa abordaba las influencias literarias, el plan que se trazó desde joven para convertirse en escritor, su método de trabajo y cómo se había ganado la vida. Repasamos el origen de cada obra. Fue una estancia productiva y desconcertante por momentos. Una tarde, paseando por Santander cerca de una playa, dijo asombrado: «¡Esto es más bonito que Getxo!». Lo tenía idealizado desde su infancia... Fue emocionante cómo le aplaudieron en el ciclo Los Martes Literarios: la gente se puso en pie en el

paraninfo. No preparaba las intervenciones, en cierto modo, ni sabía lo que iba a decir; pero el entrevistador, un poeta llamado Regino, supo hacerle hablar y afloró su personalidad genuina. Cautivó a todos.

—He leído una crónica de un periódico santanderino donde dicen que usted estaba fascinada por él.

—No era difícil, se ganaba a la gente. Su autenticidad tenía encanto hasta cuando metía la pata. Recuerdo que se refería a las mujeres de la universidad como azafatas. A todas, incluso a la vicerrectora. Tuve que llamarle la atención. Era ácrata y despistado.

—Háble me del contenido del curso.

—Se me ocurrió llevar algunas de las doscientas ochenta fichas que tenía fotocopiadas, las más significativas; por ejemplo, la de don Manuel, a la que califiqué como la «Piedra Rosetta» porque el personaje ya aparecía en *En el tiempo de los tallos verdes, Quince años* y *Huesos,* todas ellas publicadas mucho antes de *Verdes valles, colinas rojas*. Era una ficha doble que estaba casi deshecha, con la cartulina desmigada por algunos extremos, de tanto uso y plagada de anotaciones con lápiz, bolígrafos de diferente color y rectificaciones de fechas tachadas. Tal vez por eso en su obra hay tantos centenarios, se le iban haciendo mayores. Además, seleccionamos fragmentos de los tres estilos que él llamaba lenguajes y había usado a lo largo de su obra, entre ellos el famoso lenguaje invisible... También incluí en la presentación digital fotografías biográficas y de ediciones de sus libros.

—¿Cómo era el grupo de alumnos?

—Variopinto, la mayoría mujeres. Un joven de Madrid, Ignacio Muñoz creo que se llamaba, preparaba una tesis que iba a presentar en la Universidad Autónoma y le hizo una entrevista larguísima, conocía bien su obra; asombrosamente la relacionaba con la de

Rafael Chirbes. Indagó en su vida a través de los protagonistas de sus novelas. Por mucho que el autor se disfrace, su vida está ahí. En el curso recorrimos toda su obra, incluso la inédita, desde los primeros intentos. Ahondamos en su pensamiento profundo. La ficción es un gran laboratorio moral, de eso no hay duda. Él es Ismael en *Las ciegas hormigas,* el adolescente que lo cuenta todo; pero también es el padre, Sabas. Y en *Verdes valles, colinas rojas* es don Manuel, el maestro, y el joven Asier con el que tanto habla... Es como si hablara consigo mismo desde su edad adulta. Ismael y Asier son él de adolescente: hay escenas inspiradas en su vida; don Manuel es él ya maduro. Pero, sobre todos los demás personajes, su alma la refleja el aldeano Roque, que transita la trilogía desde su adolescencia hasta que muere.

Una tarde le pregunté por qué hablaba ante el auditorio de sus años en la escuela si había estudiado bachiller en el colegio Santiago Apóstol. Yo había visto sus cartillas de notas y un cuaderno muy pulcro de cuando tenía trece años, con una redacción magnífica, donde resumía obras de la literatura universal. También sabía que, de niño, en parvulitos, estuvo en El Pilar, que era mixto para esa edad. No contestó, como si fuera un despiste; pero, al insistir, me dijo: «No todo el mundo ha ido al colegio...». Intentaba evitar que los demás se sintieran incómodos. También decía que había leído poco y no era cierto: de joven, fue un gran lector.

Durante el curso, mostré cuánto había cambiado su fama con la publicación de la trilogía y la repercusión de las buenas críticas. Llevé una búsqueda de su nombre en Google del 25 de agosto de 2004: arrojaba solo ciento setenta y cuatro resultados. La misma búsqueda el 1 de junio de 2007 tenía doscientas mil entradas. Recuerdo que al final del curso les sorteó libros de Libropueblo.

—¿Libros suyos?

—Sí, llevó ejemplares de los que se cerraban con una cuerdita y uno de *Andanzas de Txiki Baskardo,* del que ya no le quedaban más que tres o cuatro. Lo sé porque me había regalado a mí uno cuando preparamos el curso.

—¿Cómo lo sortearon?

—Fue cosa suya, era como un crío, los había llevado con esa idea. Tenía mucha energía y ocurrencias como esa. Todos querían *Andanzas de Txiki Baskardo,* ilustrado en color con dibujos de niños de los colegios e ikastolas de Getxo, una pequeña joya inencontrable, y les propuso jugárselo lanzando monedas a la pared del aula, como en el juego de la rana, los del seminario de al lado se quejaron del bullicio.

—¿Mantuvieron el contacto?

—Sí, muchos años después del curso asistió entre el público a una charla que di en la Biblioteca de la Universidad de Deusto sobre la experiencia de leer. Me halagó que viniera, fue poco antes de su muerte. Una catedrática de Literatura preparaba un monográfico sobre su obra y convocó a expertos entre los que me invitó. En el monográfico, publicado cuando el escritor ya había fallecido, titulé mi colaboración «El escritor que sabía escuchar» porque en aquel curso de verano me llamó la atención cómo se interesaba por la vida del taxista que nos llevó desde Santander a Bilbao, y cuánto preguntaba a los periodistas por su trabajo cuando lo entrevistaban. Mostraba interés por todas las personas. Tenía una visión singular de las relaciones humanas.

—¿Es lo que más destacaría de él?

—Quizás. Era auténtico. Recuerdo que un día hablábamos de mi deseo de escribir en la juventud y me miró atento al preguntar por qué había dado por perdido ese anhelo. Sentí como si escrutara mi interior para decidir qué clase de persona era. Él había tenido el

coraje de luchar siempre para escribir y me preguntó: «¿Estás haciendo lo que quieres hacer con tu vida?». El verano de aquel curso el escritor tenía ochenta y tres años, pero le aseguro que vivía la vejez con enorme vitalidad. Ahora que su edad de entonces me resulta más próxima, lo recuerdo con asombro.

Como crítica literaria, le diría que es un enorme escritor insuficientemente valorado. Leer una obra de más de dos mil páginas no está al alcance de cualquiera; pero su trilogía es la gran novela de Euskadi, el *Novecento* vasco. Ojalá hicieran una serie de televisión con ella, eso acercaría su obra al gran público. Cuando él vivía hubo un intento; pero los productores no encontraron suficiente apoyo institucional. Euskadi es una tierra dominada por el nacionalismo y los nacionalistas no lo querían.

Limpiadora

—Yo trabajé en su casa cuatro años hasta que me dijo que no volviera. Pero, lo que son las cosas, coincidí con él en el hospital la última semana de su vida, al hacer una sustitución en la UCI con la contrata de limpieza Garbilur.

Cuando yo lo conocí, su segunda mujer aún no estaba instalada en Walden. Nunca hubiera dejado de ir a aquella casa si no llega a ser por ella; limpiaba muchas casas en Las Arenas y Getxo, pero ninguna era tan buena como la del escritor. Enseguida vi que con aquella mujer yo iba a tener problemas, empezó con lo del café... Él era un hombre buenísimo, un santo; lo único que quería era que no lo molestase mientras limpiaba. Nos habíamos organizado..., llegaba muy pronto y, en cuanto aparecía, él se marchaba a dar un largo paseo por La Galea. Para cuando volvía, ya había limpiado su despacho y luego me dejaba toda la casa libre, se recluía allí a escribir.

—¿Cómo empezó a trabajar en su casa?

—Me acerqué a él un día por la calle, sabía que era escritor, en Getxo todo el mundo lo sabía. Limpiaba un portal junto a una papelería-librería a la que él iba con frecuencia, en Bidezabal, y empezamos a saludarnos. Como era tan amable, me atreví a decirle que escribía poesía y, cada vez que nos cruzábamos, charlábamos un rato. Así se enteró de que tenía un hijo y estaba separada. Se interesaba por mi trabajo y me preguntaba por el chaval. Una mañana me dijo que buscaba a alguien para limpiar su casa, se lo

había prometido a su hija, que vivía fuera, aquella Navidad. Empecé el martes siguiente.

Hice varios trabajos especiales, pinté una pared de su despacho imitando ladrillo junto a la chimenea. Se me ocurrió camuflar aquella esquina sucia de hollín; le gustó y me pagó el trabajo aparte. También recogía en mi coche restos de madera de los alrededores de su casa para quemar en la estufa. Desde la primera semana, nada más llegar, me hacía un café. Él no lo probaba, pero a mí me gustaba tomar uno antes de ponerme en marcha y le parecía bien. Ya le digo, era buenísimo.

La primavera que apareció la mujer, me habló de algún cambio y eso me hizo sospechar. Trabajaban muchas horas juntos encerrados en el despacho, enseguida me pareció que había algo entre ellos; los oía reírse muchísimo.

Yo me cambiaba en su dormitorio, dejaba mi ropa encima de la cama y volvía a cambiarme antes de marcharme. De repente, un día dijo: «Es mejor que se cambie en el baño». Me extrañó porque llevaba años dejando mi ropa sobre su cama, pero no dije ni mu. Aquella mujer quería mangonearlo todo. Yo compraba los recambios de la aspiradora y empezó a traerlos ella. No sé exactamente, pero cambiaron mil detalles: renovó las sartenes, puso pomos nuevos de porcelana en el aparador, compraron una nevera nueva... Hay que reconocer que mejoraron muchas cosas, porque la casa estaba un poco abandonada; se notaba que allí no vivía desde hacía mucho una mujer. Un día, ella me preguntó para quién preparaba café a primera hora y le dije la verdad: para mí. En septiembre, cuando me fui de vacaciones y ellos preparaban un viaje a Madrid para presentar el primero de esos libros por los que le dieron tantos premios, el escritor me dijo que no volviera. Me dio una buena

propina. No tardé en enterarme del motivo: la mujer había encargado a la asistenta que limpiaba su casa en Bilbao sustituirme.

—¿Y dice que se volvió a encontrar al escritor en el hospital?

—Sí, una compañera del sindicato me dijo que estaba en la UCI. Fui a verlo y pedí a la encargada ocuparme de Cuidados Intensivos cuando libraba la limpiadora habitual. Cuando lo conseguí, él estaba lleno de tubos, prácticamente inconsciente; pero me reconoció cuando pasaba la mopa. Le habían llevado la radio de casa, porque allí las visitas estaban muy restringidas, me pidió con la mirada que se la encendiera. En los hospitales los enfermos economizan palabras, las conversaciones son monosilábicas, entre susurros. Se quedó mirándome a los ojos y me pareció que sonreía, él, que no se prodigaba en sonrisas. En cierto modo era un hombre femenino, aunque se vestía por los pies. Pero en aquella pareja la que mandaba era ella; se llevaban muchísimos años y él estaba un poco disminuido en la última época.

—¿Eso fue todo?

—Sí, no volví a verlo. Después de aquel encuentro inesperado en la UCI, coincidí con su mujer en el Guggenheim una tarde.

Había una exposición de Alice Neel titulada «Las personas primero», recuerdo el título y muchos cuadros de esa extraordinaria artista. Fui a verla con mi compañera del sindicato un día que la entrada era gratuita por no sé qué aniversario. Había mucha gente, tuvimos que hacer cola; pero mereció la pena, aquella exposición hablaba de nosotras.

Me llamó la atención un autorretrato de la pintora desnuda con ochenta años, exponía su intimidad sin recato, y también cómo dos mujeres negras daban de mamar a sus hijos ya no tan niños. Pintaba latinos, inmigrantes y parejas en situaciones inesperadas... Había algo rebelde en aquellos cuadros y en uno aparecía una

limpiadora como nosotras. Entre aquellas imágenes me sentía cómoda. De hecho, entonces yo no tenía afición al arte y, ahora, cada vez me gusta más.

Cuando nos íbamos, quise hacer unas fotos: la exposición venía del Metropolitan de Nueva York y me pareció demasiado importante como para despacharla con una sola visita. Deseaba fijar su impacto, llevarme algo, y busqué en la sala el retrato de una pareja desnuda sentada tranquilamente en un sofá un poco rígido con marco de madera que me había impresionado. Pero no había forma de que una mujer que contemplaba el cuadro me permitiera hacer la foto; estaba inmóvil de espaldas al mundo. Los colores brillantes y el tamaño enorme del retrato enmarcaban a esa mujer que observaba la pintura desde muy cerca. Hice la foto con ella sin darme cuenta de quién era. Después le toqué el hombro para intentar captar el cuadro mejor: «¿Podría apartarse un momento?». Se volvió y entonces nos reconocimos. «Es magnífico», dijo mi amiga disculpándose al ver mi cara de susto...

Y la mujer del escritor, que me había tratado tan injustamente, respondió: «Sí, se titula *Compasión:* Alice Neel es una coleccionista de almas». Hice la foto y la dejamos allí mirando el cuadro.

Cuarta parte
Geografía o historia
(2014-2024)

Geografía o historia
según que nos observen
o cuando nos pensamos.
¡Qué oscura gente y qué encogidos vamos!

CARLOS BARRAL

Penúltima conversación con el biógrafo
Febrero de 2024

—¿Soy el único que ve un patrón de comportamiento en las damiselas?

—Sé a lo que se refiere, en muchas había cierta fragilidad y anhelaban siempre algo: escribir, pintar, actuar... Pero no crea que se parecían tanto, cada una tenía sus singularidades: había un grupo mucho más sofisticado que otro. Creo que se acercaban a él por motivos diferentes. Estaban las que podríamos llamar artistas, que tenían una sed infinita de reconocimiento. Llegaban con su charla ligera hablando de muchos proyectos: iban a hacer un *happening,* estaban escribiendo una novela o querían publicar un libro de poesía... Las otras eran más candorosas, venían cargadas de problemas: un padre gravemente enfermo y desquiciado, un novio escurridizo, un embarazo que necesitaban interrumpir... A las primeras las animaba en sus anhelos; y a las segundas, las tranquilizaba. Todas deseaban ser comprendidas y, después de contarle sus historias complicadas, lo escuchaban. En general venían de una en una; alguna vez, dos juntas, porque eran amigas. Es curioso, él era un gran tímido; pero, con ellas, hablaba. Lo comprobé muchas veces.

Una tarde oí llegar a una desconocida al porche. Saludó riendo con gran complicidad desde lejos. Me extrañó porque creía que ya conocía a todas sus amigas. Había subido al piso de arriba para

consultar unos tomos encuadernados de la revista *Galea*. Estaba rastreando artículos del escritor en aquella publicación antigua. La charla de aquella chica me llegaba por la ventana abierta, estuvieron horas hablando mientras yo leía allí arriba procurando no hacer ruido y concentrarme en lo mío. Había observado que, cuando me presentaba a sus amigas, se marchaban enseguida; el día anterior apareció una y se largó nada más verme, dijo que tenía prisa. Así que decidí hacer como que no estaba. A lo largo de la tarde, la risa de aquella muchacha fue languideciendo y, en un momento, me pareció escuchar su llanto..., ya no me atreví a bajar.

Cuando no estaba del todo segura de si la chica seguía en la casa porque apenas hacían ruido, bajé sigilosa y me asomé al porche. Había anochecido. Allí seguían los dos en silencio, sentados uno a cada lado de la mesa con una bandeja con restos de fruta entre ellos. La muchacha se sacaba y metía la sandalia, ensimismada. Encendí la luz porque casi no se veía; ella me miró desafiante con esa seguridad que da la belleza, sus ojos estaban enrojecidos. Él me presentó: «Aquí tienes a mi novia de la que te he hablado...». «Así que le había hablado de mí», pensé con orgullo. Dije que quería cenar y entramos los tres a la cocina. Aquella joven vivía en Getxo y contó algo de un día que llegó a Walden descalza y en camisón: como otras damiselas, había tenido una adolescencia sombría. Cuando, a la mañana siguiente, él fue a despertarla, ya se había marchado. Aquella noche se despidió nada más cenar y no volví a verla, pero su madre le hizo la declaración de la renta muchos años después al escritor. No sé si ha conseguido entrevistar a esa chica, es el último nombre que le di.

—No se prestó a hablar. Como usted dijo, ellas no siempre quieren que las entreviste.

—No se preocupe, las damiselas forman círculos tangentes a su alrededor; pero tienen sus vidas y todas están demasiado ocupadas en sí mismas. Con el tiempo, muchas lo olvidarán. No creo que a mí me suceda. En esos cerebros que filtran un poco defectuosamente el mundo, inspirados por la melancolía o la frustración, arraiga a veces la creatividad. Veo en sus vidas mi vida; la personalidad de esas mujeres no se adaptaba al entorno; tampoco él encajaba en el mundo.

—No lo creo, llevó a cabo muchos proyectos.

—Sí, pero fracasó en casi todos, se adelantó a los años que le tocó vivir. Su afinidad con las damiselas era su faceta más sofisticada. En lo esencial era más simple, como Roque Altube, su gran personaje, una roca de coherencia y honestidad que aparece de soslayo en el primer capítulo de la trilogía y hasta su muerte, en el tercer tomo, nunca decepciona, ni siquiera en la escena del etarra. Roque es un aldeano neto con la mejor esencia del carácter vasco. Por cierto, la muerte de Roque la escribió cuando ya estaban publicados los dos primeros tomos. Se le había olvidado contarla y la incluyó en el último. Su obra está depositada en la Biblioteca Foral de la Diputación de Bizkaia, en Bilbao; pero le aseguro que esa escena manuscrita de la muerte frente a la silla vacía solo la tengo yo, la guardo como un tesoro junto a páginas que él estrujaba en bolas de papel para quemar en la estufa y yo rescataba. Tengo muchas recogidas de la chimenea destinadas al fuego... y una copia completa del manuscrito de *Verdes valles, colinas rojas,* más de tres mil páginas, fotocopiado cuando le horrorizaba perder su trabajo. Desde que le quemaron una novela, guardaba en disquetes duplicados lo que pasaba al ordenador y, muchos años después, cuando le enseñé a usar un *pendrive,* me exigió tener dos. Era obsesivo, como el obstinado Roque y su amor a la sindicalista

Isidora, tenía su mismo carácter de pocas palabras, siempre sabiendo lo que hay que hacer; «haser», diría él imitando a los aldeanos.

Roque recorre la novela organizando la acción: cruza la ría, sube y baja montes mineros, trae a su playa, Arrigunaga, a su amor; persigue infatigable con su silla manifestaciones que no entiende. Crea, por imitación, sindicatos en su Getxo natal. Atiende las tierras del caserío de noche para no descuidar «los trabajos». ¡Qué fácil enamorarse de un personaje así! Yo me fui enamorando de Roque según leía el original de los tomos segundo y tercero de la trilogía: él me los entregó en cuatro gruesos cuadernos con guairo antes de que la obra se publicara, la primavera de 2003 o 2004, no estoy segura, han pasado demasiados años. Había leído la prepublicación de Libropueblo de 1986, pero quedaba más del doble de la misma novela y él quería conocer mi opinión. Entonces ya había recibido un informe favorable de veintiuna páginas de una gran editorial... A Ricardo Baduell, autor del informe, tuvimos la suerte de conocerlo en la fiesta del cuarenta aniversario de Tusquets, en Barcelona. Tomamos algo juntos hasta que apareció Jorge Semprún y su presencia eclipsó cualquier otra.

—¿Por su perfil político?

—Sí, supongo. A mí me sucedió lo mismo al conocer a Juan Marsé en aquella fiesta, le besé la mano y le dije cuánto admiraba su obra olvidándome del resto de los invitados. Pocas veces he hecho algo así... No me arrepiento. Pero es cierto que el escritor veneraba la trayectoria impecable de Semprún y, al verlo, le dedicó toda su atención. Ambos eran hombres de principios. Como sus mejores personajes, él era un sabio sin pretenderlo. Yo lo adoraba. Me hubiera gustado dejarme influir por alguien a quien admiraba tanto; aunque era consciente de que forjar un carácter como el suyo no

estaba al alcance de cualquiera. Era irreductible, su palabra preferida.

—¿Irreductible?

—Sí, irreductible para llevar a cabo sus propósitos con la capacidad de trabajo de un titán. Durante años fue como un hombre orquesta: entre 1982 y 2000 fundó y dirigió la revista *Galea;* en 1978, creó una editorial para publicar libros a precio de coste que duró hasta 1986. Y en 1978 organizó el taller para aprendices de escritores que mantuvo hasta su muerte. Mientras tanto, nunca dejó de escribir.

—Así que era enormemente activo.

—Eso es, tuvo la suerte de prejubilarse joven en la Fábrica de Gas del Ayuntamiento, con cuarenta y cinco años, creo, por un desprendimiento de retina, hablo de memoria. Un hijo empezó a ayudarle en la huerta desde niño y siguió toda su vida; él, escribía biografías de encargo para una editorial porque la pensión no le llegaba para vivir. Poco a poco la escritura y sus proyectos de la revista, la editorial y el taller llenaron su tiempo libre. Y las damiselas afloraron alrededor.

—Sabe muchos detalles de su vida anterior a cuando lo conoció.

—Le preguntaba por su pasado, siempre me ha gustado escuchar a las personas mayores, no solo a él. Al ordenar sus manuscritos aparecían papeles de la casa, la editorial, del trabajo en el Ayuntamiento y la revista *Galea*... Lo guardaba todo, aunque en absoluto desorden.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Así es, pero cuando me pidió que escribiera sobre él, guardé algunos papeles, tal vez pensando que a lo mejor lo haría; aunque lo veía difícil desde que nos enamoramos.

Si recuerdo mi vida hasta llegar a él, me pregunto por qué tardó tanto en aparecer. Solo nos separaban diecisiete kilómetros, pero no sabíamos el uno del otro. Cuántos años podríamos haber ganado a la muerte si lo hubiera conocido antes.

—Parece que reniega de su vida anterior.

—No es que reniegue, solo repaso la sucesión de desencuentros ensayando el amor sin encontrarlo hasta llegar a él y me cansa recordar. Cuando por fin nos reconocimos, me quejaba por los kilómetros que separaban Bilbao de Getxo: diecisiete paradas de metro y el camino entre la estación y Walden, junto a las vías, cruzando estradas. Hoy, recorrería esa distancia con nieve en mitad de una tormenta. Guardo el primer dibujo que me hizo del trayecto para volver a la estación, mírelo: las tres casitas dibujadas, las barreras, las vías del tren, una W de Walden con una x sobre ella, ese esquema naif para que no me perdiera al regresar como había sucedido cuando fui a entrevistarle en 1997. Aún lo conservo. Pero ya no me lleva a él.

Este sábado una pareja vino a cenar a casa. Se adelantaron y me encontraron con cuatro libros en la cocina: uno apoyado en un atril, dos sobre una torre de platos, el otro junto al fogón. Fue cómico, aunque no reparé en ello hasta que mi amigo dijo: «Todos abiertos por la misma receta sencillísima, lubina al horno». Mi ciega confianza en los libros y la letra impresa me acercaron a él y así nació nuestro amor un verano.

—Me intriga cómo ha querido enfocar su biografía.

—No es una biografía, las biografías abarcan toda una vida, son rigurosas en cada detalle y no es el caso. Me interesan algunos aspectos menos conocidos de su personalidad, sobre todo de la etapa en la que vivió solo, fueron muchos años... Claro que todo se puede abordar desde el lugar equivocado, pero las vidas de las

personas con las que nos relacionamos también ayudan a comprender la propia y, aunque mi naturaleza es bastante secreta, siento, con la edad, la necesidad de explicarme el pasado. La cara B del amor es siempre recordar y el nuestro aún me parece misterioso. La admiración hacia su obra abrió la puerta a una admiración tan profunda como nunca había sentido hacia otros escritores y artistas. Aún me asombra con qué pasión nos enamoramos. Hoy sé hasta qué punto la conversación puede ser embriagadora y sensual; pero, entonces, no era consciente ni de los años que nos separaban. El tiempo nos parece poca cosa en la juventud y yo aún era joven. Recuerdo una frase de su novela *Huesos* que subrayé al volver a casa cuando lo entrevisté: «No somos otra cosa que nuestros secretos. Yo también tengo el mío, no lo sabrá jamás».

—Pero ese libro habla de los topos de la Guerra Civil, la frase se refiere a ese secreto.

—Los libros siempre hablan de sus creadores.

—Es posible; sin embargo, esas palabras de *Huesos* hablan de dos topos de la guerra en Euskadi.

—Sí, pero su relación con tantas mujeres jóvenes es también misteriosa. Cuando lo conocí había algo de ermitaño en aquel espécimen de coherencia atípica. Se planteaba si merecía la pena tomar una Coca-Cola en un bar donde costaba tres veces más que en el supermercado... Eso me lo dijo el primer día que me acompañó a la estación, al pararnos a tomar algo; créame, era todo un personaje.

Conocer la existencia de sus amigas me chocó. Recuerdo que una llevaba un bolso carísimo de Louis Vuitton y, sin embargo, era medio hippy. Sabía cuánto costaba porque mi hermana pequeña tenía uno igual. Aquella jovencita me pareció excepcional a su manera, y la que me presentó días después resultó tan lista que hasta su pelo

parecía inteligente. Otra, una belleza, era un espíritu libre... ¡Estaba asombrada!

—¿Por qué?

—No podía evitar preguntarme cual era la naturaleza de su relación con tantas jóvenes diferentes. Le hablo de aquel verano que empecé a colaborar con él leyendo su obra y se ofreció a orientarme con la novela que estaba escribiendo. Ese privilegio me llenó de confianza.

Yo sabía valorar el trabajo de otros, era lectora y tenía cierto criterio por mis reseñas en el periódico; pero ¿cómo le diría?, había perdido por completo la perspectiva para juzgar mis escritos, la intimidad de mis pensamientos, que siempre queda al descubierto cuando escribimos, me parecía ridícula. Aquel mes todo el mundo estaba de vacaciones y el escritor suspendió el taller que daba en Algorta. Iba a visitarlo por pura indecisión, no sabía qué hacer con mi vida: mi trabajo no me gustaba, la relación con mi pareja de hacía diez años estaba deteriorada, aunque nos queríamos como hermanos; hacía mucho calor en Bilbao, yo estaba de vacaciones y mi pareja sin trabajo desde hacía dos meses. Teníamos poco dinero...

A media mañana, cogía el metro para acercarme al mar. Cuando anunciaban por megafonía la estación de Getxo, caminaba hacia el sendero que conducía a Walden, adonde había ido alguna tarde después de bañarme en la playa. Le llevaba lo que había leído de su novelón con mis notas, en eso habíamos quedado. Algo en la actitud del escritor ante su trabajo, tan poderoso e impresionante, me hacía olvidar mis problemas. Y su distanciamiento del mundo me fascinaba.

Aquel hombre tenía una voz profunda, varonil, no parecía la de una persona tan mayor. Recuerdo su gesto característico con la

mandíbula adelantada, jugando a ser menos inteligente de lo que era. Parecía un hombre joven, aunque un aire de lentitud envolvía la rutina que ocupaba su soledad.

«¿Qué has escrito?», me preguntaba nada más verme llegar. Ni me atrevía a decirle que seguía encallada en el primer capítulo. Mi novela solo existía en mi imaginación, tenía el título y fragmentos, muchos fragmentos..., párrafos sueltos. A veces me quedaba callada largo rato. Él prolongaba mi falta de respuesta administrando el silencio. Me miraba, los dos callados.

Llevaba días visitándolo sin enseñarle nuevas páginas y, al verme, seguía preguntando: «¿Y qué has escrito hoy?». Yo contemplaba el ensimismamiento de aquel hombre, su seguridad ajena al ruido exterior, sumergido en su obra titánica que me fascinaba cada vez más y sobre la que empezábamos a hablar después de pasar el mal trago de no haber llevado una sola línea de mi novela. Él estaba allí tranquilo, aislado.

—Pero existían las damiselas.

—Sí, aquel verano pululaban por la casa. Eran alegres, extraordinarias... Muchas de ellas no trabajaban en algo serio, sus aspiraciones artísticas prolongaban la adolescencia eludiendo cuestiones prácticas. Hubo un tiempo en que llegué a preguntarme si, en Getxo, alguien trabajaba. ¿De qué vivía aquella gente? El caso es que aparecían a cualquier hora, apresadas en sus vidas sin resolver, y después se iban: las fui conociendo poco a poco. Entretenían a ratos al escritor; solo verlas danzar por el jardín, como mariposas itinerantes, era un espectáculo. Pero eso lo he intuido años después. Salía unas horas de su enclaustramiento y les prestaba atención. Es lo que hacía conmigo antes o después del trabajo. Su charla y su pensamiento sentencioso rara vez me aburrían:

«Tienes que aprender a ser fuerte por ti misma ¿Por qué te quejas sin poner remedio? Haz lo que tengas que hacer», así eran sus frases. «Olvida el psicoanálisis y escribe», decía. O: «Deja a tu novio».

Era escéptico con cualquier terapia. No sé a partir de qué momento su personalidad me sedujo. Su modo de vida tan alejado de todo lo que conocía llamaba mi atención. Lo veía ir a recoger una lechuga en la huerta, cocinar, fregar..., y contemplaba la sencillez rudimentaria de su vida. Parecía un personaje de otro mundo.

Un mediodía, después de pasar toda la mañana juntos, me invitó a comer; preparó la comida como si no le costara esfuerzo, compartimos unas lentejas con chorizo que había guisado a primera hora y fruta. Llevaba el aire de soledad hasta en la ropa, pero, bajo el silencio tímido de su aislamiento, descubrí una insospechada necesidad de hablar. Me contó detalles de su juventud, de cuando sus hijos eran niños, y me quedé hasta el atardecer. Así nos fuimos conociendo y acercando muy poco a poco. Cuanto más avanzaba en la lectura de la trilogía, más me asombraba su genialidad. Al principio me parecía que su obra estaba muy por encima de su talento; con el tiempo, comprendí que las obras nunca superan a sus autores. Prestaba toda su atención a mi proyecto de novela, como si de verdad hubiera en ella algo que mereciera la pena.

Ya entonces, en el centro de mi ambición estaba escribir. Cuando era niña solo quería leer libros que tuvieran «algo» que no lograba concretar. A los veinte años empecé a subrayar líneas, párrafos y páginas compulsivamente: quería atraparlos. Lo de las rayas en los libros duró décadas; aún subrayo, aunque no tanto. Aquel verano junto al escritor me di cuenta de que al leer también escribimos; además, yo escribía literalmente sobre los libros haciendo anotaciones para mis reseñas.

Cuando él me preguntaba, conseguía que le contara lo que no pensaba contarle: mis problemas de pareja y mis frustraciones. Eran conversaciones intensas y largas. Empecé a entender que su necesidad de aislamiento, algo que la gente más sociable —y yo misma en algún momento— confundíamos con cierta arrogancia, formaba parte del juego de escribir. Hay que estar un poco loco para imaginar vidas ajenas sin salir de casa mientras la vida real sucede en otra parte.

«Si no cambias, nunca escribirás», me decía, «porque escribir es una forma de vida.» El ejemplo lo tenía delante de mis narices: ser novelista es un terco oficio de obstinados, exige estar dispuesto a vivir largas horas en soledad.

Sabe, he vuelto a la terapia a mi pesar. Ha sido necesario. Cuando desapareció, volví a ser vulnerable... Tras su muerte necesité ayuda. La psicóloga me ha dicho que apunte los sueños, pero se me pierden al despertar. Al principio, daba cuerda al reloj que un día fue suyo sin permitir que se parara por descuido hasta que, un día, pocas semanas después de su muerte, cayó al suelo y se paró como una mala señal. Mi inconsciente lucha por afianzar su memoria. El otro día escuché al cantante Fito un verso al que no había estado atenta: «No sé restar tu mitad de mi corazón».

—¿Esta serie de entrevistas a las damiselas le ayudarán?

—Eso creo, ellas iluminan una zona de sombra de la vida del escritor. Ya escribí una novela imaginando su infancia y juventud, una historia de aprendizaje con recuerdos que él me contó. Intenté profundizar en su alma adolescente, para eso se escriben novelas, para atrapar el alma de alguien, ese aliento de vida.

—Me consta que muchos han reconocido en el joven de su novela a la persona que conocieron.

—Eso me han dicho, pero a otros no les habrá gustado nada. Cada lectura es tan singular como el propio hecho de escribir. Nunca sabré si a él le habría gustado, lo único que de verdad me hubiera importado saber.

—Me gustaría hablar de su muerte.

—¡Uffff, no sé! He vivido muchos duelos después, pero ninguno como aquel. «Ponme como sello sobre tu corazón..., pues fuerte es el amor como la muerte», dice un verso del Cantar de los Cantares. Hablar de la muerte de alguien es una excusa para hablar de su vida.

—¿Cómo vivió él la muerte?

—Con serenidad, él todo lo hacía bien. Recuerdo que después de la operación me dijo: «O sea, que ha salido mal».

Y yo le engañé: «No, te vas a curar». Aún me pregunto si hice bien.

Nunca esperamos la muerte y, sin embargo, nos pone definitivamente en nuestro sitio. Me habían guardado su bastón en la secretaría de la UCI, cuando aún pensaba que lo iba a necesitar; preparábamos todo para regresar a Getxo. Lucía me iba a acompañar en coche a mi antigua casa de Bilbao para recoger una bicicleta estática que nunca sirvió para nada: solo hacía de perchero en el enorme vestidor; por fin, creía haberle encontrado un uso. El médico de rehabilitación respiratoria nos aconsejó que hiciera ejercicio sin salir de casa después del alta. Me alegró tener una bicicleta estática para él, pero no salió vivo de aquel hospital. La bicicleta que me había regalado mi madre hacía años y probablemente tampoco ella había usado, una vieja BH blanca sin ruedas, con sillín de cuero y patas, como esos objetos imposibles, no llegó a usarla. Se quedó arrumbada en aquel piso antiguo y grande como un almacén, olvidada para siempre.

Hace casi cuatro años, en la pandemia, también murió mi hermana pequeña. Cuando vacié su chalet, una moderna máquina para correr me recibió insolente en su amplio vestidor; parecía sin estrenar. Intenté regalársela a varias amigas y no hubo manera: a ninguna le interesaba, ocupaba demasiado. La abandonamos en aquella casa cuando la vendimos. Todos esos artilugios para ponerse en forma sin salir de casa son una quimera de la voluntad y los buenos propósitos. La tarde que visité el chalet tras la muerte de Mar, unos calcetines rosas usados sobre aquella plataforma ultramoderna me hicieron llorar. Los besé como había besado los pies preciosos de mi hermana en la UCI.

—¿El duelo por la muerte del escritor y el de su hermana se fundieron?

—El segundo evocó al primero; pero ninguna muerte me ha destruido como la primera, con ella inauguré mi soledad con mayúsculas.

—He leído sus cuadernos, ¿me permitirá publicarlos?

—Haga con ellos lo que quiera, le daré el último.

Cuaderno de la muerte
2017-2024

La mujer me entrega unas fotocopias numeradas de hojas de un cuaderno entre las que se intercalan líneas a bolígrafo:

En la primavera de 2015 su amigo J.J. me dijo: «Moriría, estoy seguro, feliz». Sí, supiste ser feliz hasta el final. No podría estar más de acuerdo. Sonó el politono del *Bolero* de Ravel en el pasillo del hospital, era un móvil: «Me han dicho que con esa música se folla muy bien». Yo cambiaba las sábanas para que nadie viniera y nos dejaran tranquilos; tú las llamabas «de princesa»: eran desechables, muy suaves. Desarrollaste una alergia en la piel y el roce de todo te lastimaba; pasamos varios días y noches con aquellas sábanas como un velo. Tus palabras, mi risa de entonces mientras tu cuerpo huía de la vida en aquella habitación de hospital...

Quizás no sea casualidad que durante toda la convalecencia, esas cinco semanas en las que pasé todas las horas que pude junto a ti, tuviera en mis manos *Felices los felices* de Yasmina Reza, un encargo del periódico. Titulé la reseña «Destino felicidad». Yasmina Reza comienza su colección de relatos con unas palabras de Borges: «Felices los amados y los amantes y los que pueden prescindir del amor. Felices los felices». Esto es lo que escribí:

> En el trabajoso destino de intentar ser felices, cuando los obstáculos se multiplican para los lábiles emocionales, Reza ofrece un muestrario de relaciones

sentimentales a modo de gozosa autoayuda literaria. El libro habla de parejas: «La pareja es la cosa más impenetrable. Resulta imposible comprender lo que es una pareja, incluso cuando se forma parte de ella», dice. En las veintiuna secuencias los personajes reaparecen y se esfuman. Relaciones gastadas, infidelidades, fantasías, naufragios, monólogos, rupturas y la familia, ¿cómo no? La provocadora mirada de la autora se llena de comprensión del mundo: «La cara de Antoine se arruga a cámara lenta». Las sencillas estampas atrapan el alma con una fórmula infalible: dejar el trabajo de pensar al lector.

En el hospital solo quisiste ver a la bailarina, pero se colaron otras dos damiselas. Una se hizo pasar por tu sobrina para que le dejaran verte; a otra, la trajo tu hija: era la atrabiliaria, hasta la llamaste así al dedicarle un libro. En Cuidados Intensivos solo podía pasar una persona en horario restringido. Tus hijos y yo acordábamos las visitas. Un mediodía, me dijeron: «Está con su sobrina». «¿Qué sobrina?», pregunté; la única que tenías había muerto hacía años. Después me contaste riendo que había ido a llorarte, asustada por tu enfermedad; pero también porque su madre estaba grave. Fue la que se sentó una vez en el centro del círculo en el taller.

Creo que las damiselas habrán llorado tu muerte. «Ahora, ahora me están leyendo», decías cuando te leía sus mensajes. Te haría gracia que alguien investigue tu vida, estoy segura.

Un día, en la habitación 404, estábamos tu hija y yo una a cada lado de la cama y cogiste nuestras manos: «Nunca fuera caballero de damas tan bien servido, princesas curaban de él, doncellas de su rocino». Fue antes del segundo y definitivo traslado a la UCI. Aquel atardecer la planta de Cirugía mostraba sus puertas azules cansadas; las de Cuidados Intensivos donde te trasladaban eran verdes. Allí no podía quedarme a pasar la noche.

Los colores identificaban los servicios. Mientras ordené historias clínicas en el archivo del hospital (era mi trabajo) las carpetas tenían pestañas de diferente color en cada episodio administrativo. Trauma, azul; Digestivo, marrón; Cuidados Intensivos, verde; Neurología, negro... El color de la pestaña lateral se veía con la historia cerrada. Había historias clínicas como armarios, llenas de episodios de distintos ingresos y colores. Las historias aún no estaban digitalizadas y su trasiego por los servicios médicos del hospital implicaba un laborioso trajín: archivar, sacar, trasladar; volver a archivar, volver a sacar. Repetíamos la tarea cada día; de víspera recibíamos un listado con las peticiones de cada planta y rebuscábamos entre miles de historias clínicas las necesarias para la actividad médica del día: las de los pacientes que venían a consulta o ingresaban. No se les podía atender sin la historia clínica. Unas estanterías rodantes desde el techo hasta el suelo dejaban estrechos pasillos entre los que nos colábamos a rebuscar historias archivadas según los dos últimos dígitos. Movía los armarios rodantes con una manivela, pesaban muchísimo: era un trabajo más de celador que administrativo, pero, al incorporarme de una larga baja, me mandaron al archivo. Cuando se extraviaba una historia, las consecuencias podían ser nefastas: hasta se podía suspender una intervención quirúrgica.

¡Qué trabajo tedioso el archivo! Cada mañana, buscábamos a primera hora las gruesas historias, a veces de dos tomos. A última hora, nos las devolvían, eran las mismas que se habían llevado solo unas horas antes: debíamos colocarlas con precisión en su sitio. Cada día lo mismo: la muerte buscando la salud en los sótanos del hospital, no lejos del tanatorio, donde una discreta salida trasera, junto a un túnel, ocultaba el tránsito de ataúdes y coches fúnebres.

Allí se reunían los fumadores cuando se prohibió fumar en todo el recinto del hospital.

La plaza de Comunicación a la que aspiraba la ocupaba una becaria que jamás aprobó una oposición. Pertenecía a un grupo de jovencitas que ascendieron a los mejores puestos en cuanto acabaron sus becas. Eran despiadadas, competentes y tenían el apoyo incondicional de Dirección. Las funcionarias mirábamos pasmadas cómo acumulaban méritos para cuando salieran unas plazas que convocarían con su perfil. Se agarraron a los cimientos del hospital al llegar y allí seguían.

Yo solo podía agarrarme a las historias clínicas. Las de los fallecidos tenían un gran rótulo rojo en el exterior, las cogía con aprensión. EXITUS, ponía en la portada. No se hablaba de muertos: *exitus,* ¡vaya éxito! Yo sabía latín, pero de qué me servía... Me había sentido orgullosa de licenciarme después de estudiar cinco años mientras trabajaba y no me resignaba a quedarme en el archivo...

¡Cuántas cosas había hecho en ese hospital! Empecé antes de que se abriera *en comisión de servicios,* según la jerga administrativa; era la encargada de poner en funcionamiento los servicios de hostelería. Después accedí a una plaza de gestión. Hasta recuerdo cuando se inauguró aislado en un montículo y vino el ministro de Sanidad Ernest Lluch, al que años después asesinó ETA. Al primer paciente que ingresó le regalamos un bolígrafo. En el hall, Lluch descubrió una placa con la inscripción de una fecha hoy lejana. Luego el político catalán colaboraba en el periódico en el que también yo empecé a escribir mientras seguía estudiando la carrera. Después, el asesinato, la muerte imperdonable.

Marzo de 2017

«La creatividad es la inteligencia divirtiéndose.» Recuerdo a Enrique Vila-Matas cuando lo conocí en Bilbao. Su inteligencia, su brillante conversación, su atractivo (no sé si el orden es exacto). Muchos años después y más de veinte libros leídos a lo largo de una amistad lejana y portátil, me escriben de Seix-Barral:

> El Sr. Vila-Matas desea enviarle su último libro y sugiere «tímidamente» su nombre para conversar con él en la Biblioteca de Bidebarrieta y presentar *Mac y su contratiempo* el jueves 9 de marzo a las 19:30.

¿Tímidamente? Debe de ser otro, sin duda igual de divertido. Vienen a mi memoria dos escenas de aquellas jornadas de finales de 1987, organizadas por el periódico y la Sociedad El Sitio. En la primera, aparece Vila-Matas buscando en la librería de El Corte Inglés *Historia abreviada de la literatura portátil,* que yo no había leído, para regalármelo. No lo encontramos. Había un cartel publicitario con su foto. Contrariado, lo arrancó.

En la segunda, Enrique nos pide que le acerquemos a San Mamés para pisar «La Catedral». Al llegar, le dice al portero: «He venido desde Barcelona solo para esto». La pisamos.

Después jugamos al billar en el Tarantela, en la misma calle donde ahora vivo. Ignacio Martínez de Pisón, entonces el joven Pisón, jugaba tan bien que nos ganó a todos. Cristina Fernández Cubas, la extraordinaria cuentista a la que ya había leído y admiraba, llevaba mitones; nunca había visto aquellos guantes de dedos cortados, sofisticados y divertidos. Eran como ella, mi mejor amigo se enamoró perdidamente. Todos éramos inocentes y jóvenes; también guapos, aunque no lo sabíamos.

Verano de 2017

Bicentenario de Henri David Thoreau, César me encarga un reportaje para el periódico sobre el autor de *Walden*. Después de publicarlo lo cuelgo en mi muro, otro muro alrededor. Antes no sabía qué era Facebook, ese lugar de solitarios, hace meses lo descubrí y a ratos me entretiene. Para escribir el reportaje he releído *Walden,Pasear,* y una biografía inédita recién traducida. Sobredosis del pensamiento libre y salvaje del irreductible filósofo que apenas se deja atrapar por mis subrayados. Encuentro una frase extraordinaria de un antiguo biógrafo, Henry Seidel Canby:

> En cada página de *Walden* se percibe la presencia inconfundible de una personalidad, de un hombre, semejante a una roca por la solidez granítica de sus principios, a un roble por su reciedumbre inconmovible, a una flor silvestre por su sensibilidad y a un halcón por los vuelos de su imaginación.

Ahí estás, amor; hasta qué punto esas palabras me hablan de ti. Ahora recuerdo los primeros años cuando decías que estaba hipotecando mi futuro. Ya me habías regalado ese libro que da nombre a tu casa en una edición del año 2000 cuando éramos amigos. No encuentro aquel ejemplar, solo tengo uno de Cátedra de 2005; tal vez no haya sobrevivido a la definitiva sesión de expurgo que es mover una biblioteca entre dos viviendas. ¡Cuántas veces me angustia no encontrar un libro! Me pasó con *La muerte de Iván Ilich,* una edición antigua encuadernada en rojo y dorado que no aparece. Me pasaba en la otra casa; pero es asombroso que me siga sucediendo en estos setenta metros cuadrados, la tercera parte de aquel piso donde solo la biblioteca ocupaba treinta. Nunca tendré una biblioteca como aquella, con un globo aerostático colgado del techo, una mecedora, un mirador a la playa de vías y la gran mesa

de roble en el centro bajo la lámpara con bolas de cristal. Lo único que me acompaña en este apartamento donde no cabían aquellos muebles es esa lámpara y parte de la biblioteca. ¡Cuántos libros quedaron abandonados en las estanterías verdes de aquella habitación italiana! Ahora, cuando no encuentro un título, me angustia pensar en qué manos habrá acabado...

A veces sueño que vuelves, que no has muerto. Ayer, de repente, soñé que tu muerte había sido falsa: parecía que morías, pero, al final, habías vuelto a la vida. Todo había sido un error. El susto fue tan grande que tenías miedo y yo te calmaba. «Tranquilo, tranquilo», la frase de Roque a Isidora por primera vez se conjugaba en masculino y era yo quien la decía. No querías quedarte solo, ni me dejabas ir a trabajar. Yo tampoco quería separarme de ti. Pero lo mejor es que arreglabas todos nuestros problemas enseguida: ninguno de tus hijos osaba discutir lo que habías dispuesto.

El despertar llegó con enorme desasosiego. «Como si la muerta fuera yo y me hubiera dado tiempo para pensar», como dice un personaje de Juan Rulfo. «¿Era que la muerte me llamaba?», me pregunté. Lo único cierto es que tenía que salir corriendo a trabajar. Una lentitud plomiza y la incapacidad de moverme derivada de la resaca del sueño me hicieron perder el autobús. Llegué una hora tarde.

¿Cuándo decidí amarte para siempre y empezamos a estar gravemente enamorados? En un encuentro de tardes poéticas en un

bar del paseo de Uribitarte he escuchado este poema:

Con pulso firme
escribo:
he amado
esperando
que no me tiemble el presente
que el futuro me perdone.

Así, con las palabras exactas: tú has sido mi hogar, no el lugar que habité junto a ti, sino tú mismo. El futuro tendrá que perdonarme. Localizaré a la autora de esos versos, Itziar Mínguez Arnáiz, la entrevistaré para el periódico. Tal vez me distraiga.

13 de septiembre de 2017

Imaginar tu vida me ayuda a estar contigo. Hoy hubieras cumplido noventa y cuatro años. El eco de tu amor aún me abraza. Nuestras edades siguen separadas por más de tres décadas. Al principio me asustaban, hoy son insignificantes. Diecisiete kilómetros, treinta y siete años. El espacio y el tiempo han dejado de existir. «Nada queda de aquellos paseos fugitivos / cuando detrás de cada recuerdo / ha caído todo el cielo sobre el tiempo.» Cómo imaginar que el sentido de esos versos de uno de mis primeros poemas se me revelaría tanto tiempo después.

Llevo años atrapando lo que no sé de tu vida, imaginando tu infancia, hilvanando recuerdos que me has transferido, busco en la literatura una salvación que no encuentro. Todos los libros de duelo lloran conmigo. Me ha gustado *También esto pasará*. A pesar de la

herida que siempre inflige la muerte, Milena Busquets evoca la pérdida de su madre, la escritora Esther Tusquets, con una ligereza que parece un marco de melancolía. Sus parejas y exparejas se mueven alrededor de la narradora y de sus amigas en un audaz desorden de familia elegida, y el escenario es «el mismo mar de todos los veranos», como rezaba un título de su madre. Es un libro extraño, exorciza la muerte con una pulsión de vida y sexo, pura *gauche divine* catalana revisitada. También me ha emocionado leer el libro de duelo de Marcos Giralt Torrente sobre su padre y *El año del pensamiento mágico* de Joan Didion.

Pocas semanas después de tu muerte se me cayó el reloj que compraste en Milán cuando navegabas y me habías regalado. Intenté repararlo, preservar la eternidad de las horas que habíamos vivido juntos. El relojero de unos grandes almacenes dijo: «No tiene arreglo». Fui apurada a la joyería donde me habían conseguido años atrás una correa idéntica para sustituir la original de un reloj de hacía casi un siglo. Seguí intentándolo obsesivamente, como Roque Altube. Hoy funciona, lo tengo en la mesilla muy cerca de mí. Le doy cuerda a veces y miro al segundero recorrer apresurado la esfera. Es un buen somnífero cuando me despierto a las cuatro de la madrugada. Sus manecillas pisan los palitos que marcan las horas y se mueven como patas de un ciempiés arrastradas en el umbral del sueño con fuerza misteriosa. «El tiempo tiene un miedo ciempiés a los relojes», dice un verso del primer «Poema humano» de César Vallejo. El reloj se para cada pocas horas, pero temo darle cuerda. El relojero me advirtió: «La próxima vez no será posible arreglarlo: su maquinaria está muy cansada». Algo se detuvo para siempre el 23 de octubre de 2014, solo queda este cansancio. «Soy un fui, y un será, y un es cansado», dice Quevedo en «¡Ah, de la vida!». «Mi

cansancio viene de que soy una persona extremadamente ocupada, me ocupo del mundo», escribe Clarice Lispector.

¡Cómo se ha complicado todo! Y tú no estás para arreglarlo. Me pregunto qué harías. ¿Aprobarías que renuncie a lo que me has legado para dejar de sufrir? Me cuesta creerlo... Qué difícil entenderse, cuántos insultos he escuchado... Lo peor es la gente que se arroga un protagonismo que nunca les diste. Duele tu memoria, amor, y no sé cómo protegerla.

Febrero de 2018

Ahora es cuando empiezo a poder recordar sin llorar. Tu muerte ha paralizado mi vida durante tres años. Tanto tiempo ya desde tu desaparición y continúo con las sesiones con el Dr. P.: me ayudan a superar el duelo. Nada de lo que estoy viviendo es excepcional, lo es solo para mí. Se trata de comprender el dolor, la experiencia de la muerte. Hago mías sus palabras: «No me voy a morir, voy a superar lo que me está pasando, elegiré vivir». Las sesiones quincenales me alivian. El Dr. P. me ha hablado de autocompasión. Desde los primeros meses, me parece recuperar el eco de tu voz en todo lo que escucho en la consulta. Me pregunto cómo atesorabas tantas enseñanzas valiosas, frases sencillas que repetías en alta voz y cimentaban la trama de tu vida: «Hay que ir por delante del carro»; «Creí que y pensé que, primos de tonté que...».

El psiquiatra me ha recomendado un libro de una autora noruega, *Sé amable contigo mismo*. Entre sus originales propuestas invita a recogerte en el sofá y acariciar tus brazos con ternura, abrazarte a ti misma. Recuerdo el regreso de tus largas siestas después de comer, las lentas caricias alrededor de tu cabeza completamente calva en el proceso de despertar. Era como si las caricias activaran el funcionamiento de aquella cabeza regia. En el escritorio, antes de escribir una frase sobre el papel, tus manos ascendían desde el lóbulo de las orejas, demorándose en cada pliegue. Aquel gesto de afecto tranquilo pregonaba al silencio cuánto amabas la vida. Frente a ese silencio, yo permanecía quieta escuchándote pensar. Por fin, plasmabas una o dos líneas meditadas sobre aquella tabla que atrapaba con una pinza el papel reciclado. Escribías a mano en el reverso de carteles del PC donde se podía leer algún fragmento de la leyenda «El Guernica a Guernica» con la grafía antigua y el cuadro de Picasso sobre fondo rojo. Siempre el papel reciclado de aquellos carteles o el reverso de propaganda y tediosos informes de asambleas y asociaciones.

Hoy, al anochecer, he dejado a mi pensamiento vagabundo arrastrarme hasta el paseo de la Ría donde se ha apoderado de mí una melancolía devastadora. Me gusta ese recorrido a la orilla de la ribera solitaria. Exploro en mi mente herramientas para sobrevivir... Abandonar la religión desde tan joven me ha hecho buscar en la filosofía un sustituto. He practicado durante años; pero parece que ya nada vale. Recuerdo *Lost in Translation,* nuestra película, su soledad premonitoria invade ahora hasta el último poro de mi piel.

Al regresar, no sé por qué, las imágenes de la lejana Tokio retratadas por Sofia Coppola con magia se funden con las modestas luces de neón de Bilbao junto al paseo Guggenheim. El museo me parece una nave espacial vista desde la calle Iparraguirre, me sucedió cuando lo estaban construyendo y apareció allí con sus placas de titanio asomado a la esquina de la calle donde había vivido tantos años con mis padres; aún me provoca asombro al reaparecer con su geometría brillante e inesperada entre los edificios. La primera vez que vimos *Lost in Translation* en el puerto de Getxo, nos emocionó. Nos había gustado tanto que volvimos a verla en Bilbao, en los cines Astoria 2 y 3 poco antes de que los cerraran. Tuve la intuición de pedir el cartel que está en mi estudio. Luego la vimos de nuevo en Canal Plus, como las series *Mad Men* y *Masters of Sex,* mi preferida. Vimos tanto cine juntos, también eso me enseñaste.

Como chocolate compulsivamente, luego me duele el estómago y me siento culpable. Hoy he dejado tableta y media en el buzón y la otra mitad la he subido. A las doce y media, después de apagar la tele, he bajado en pijama las escaleras desde el sexto piso intentando no hacer ruido, temerosa de encontrarme a algún vecino. En el ascensor, he devorado con urgencia culpable la media tableta empezada. La otra, me la he comido entera en la cama mientras leía, antes de tomar media pastilla. Sé que dormiré mal.

Julio de 2018

Cuando se acercaba junio, el Dr. P. me habló de un curso al que decidí apuntarme, un retiro de tres días de Atención plena y Mindfulness. La mística de la meditación, el retiro y la comida vegetariana me horrorizaban, pero fui: confiaba en el Dr. P. Era fin de semana. Temía la llegada de los viernes: los sábados y domingos no había rutinas a las que agarrarse. Llegué a agotar la cartelera. En general iba sola, algún miércoles me acompañó Mónica. A veces veía dos películas la misma tarde sin ninguna exigencia, lloraba amparada por la oscuridad de la sala y me dormía exhausta al llegar a casa. Vi tres veces *Loreak,* una extraordinaria reflexión sobre la muerte y las complejas relaciones de quienes comparten un duelo.

En el retiro de atención plena hubo una sesión llamada «Meditación del amigo compasivo» que invitaba a contactar con una persona viva o muerta. Al dirigir la meditación, el psiquiatra valenciano señaló que aquella persona nos iba a ayudar a superar dificultades y podía entregarnos un objeto. Para mi sorpresa, el escritor me dio un bolígrafo azul. Se lo habían regalado en una charla de instituto y me lo entregó al llegar a casa, está grabado con sus iniciales. En aquella meditación volvió a regalarme algo que ya me había regalado en vida. A duras penas conseguía mantener la postura: espalda recta, piernas cruzadas y hombros sueltos, relajados para meditar. Con el bolígrafo como una señal mi mente repetía su frase: «Tú eres mi memoria». Abrí los ojos como en trance. Deseaba y temía escribir sobre él, no hacía otra cosa que intentarlo. ¿Cómo atrapar su sabiduría, qué contar de esa vida plena e intensa?

La reflexión sobre vivir el presente me llevó al pasado. Por las mañanas, en verano, recibía el día desnudo. Me preocupaba verlo salir así al porche, me avergonzaba su osadía. Pero él solo quería comprobar qué tiempo hacía y celebraba la vida al despertarse. Una

mañana le hice una foto. Desdramatizar y poner en el centro lo importante, olvidar el resto. Cuando vimos *Verdes valles, colinas rojas* en la sección de viajes en una librería, me indigné. «¿Qué importará eso dentro de cinco años?», dijo muy tranquilo. Guardo esa foto suya asomado al verano sin una pizca de pudor.

Con el verano, a veces me despierto muy pronto. Antes del amanecer abro la ventana para que la casa se refresque, estamos sufriendo sucesivas olas de calor. Cuando empieza a entrar la luz pienso en María Zambrano: no es extraño que la llamen la filósofa poeta: «Las horas, según vienen del alba, van ganando tiempo». El día se despliega y no sé qué hacer con él.

Agosto de 2018

El curso de atención plena no me ha enseñado a meditar, soy incapaz de hacerlo sin ayuda; pero he empezado a caminar hasta Olabeaga a diario. Llego cansada a casa y eso me ayuda a dormir. Al menos diez mil pasos, una aplicación los cuenta. Ayer llegué a treinta mil.

Septiembre de 2018

Me he lesionado. Después de varias pruebas, me han diagnosticado fractura de estrés en el pie izquierdo. Se llama así por la tensión de los huesos del pie. Ahora que salir a andar al atardecer cuando, como decía Fitzgerald en *El gran Gatsby,* «siempre necesitamos a alguien», me alivia..., el médico me lo prohíbe.

Recuerdo el pesado objeto de metal que sostenía la puerta de entrada de Walden, no está en «el séptimo cielo», donde atesoro tantos recuerdos. Me pregunto si lo vi por primera vez cuando te entrevisté en 1997 o en el largo verano de 2003: la memoria se enreda en pliegues engañosos.

Vivo en el sexto, pero el piso tiene un altillo con un estudio; tú lo bautizaste «El séptimo cielo». Es el título de una película antigua que no he visto. Los trofeos quedaron en Walden, también uno de bronce que quisiste tirar al río en Girona; una bola del mundo abierta que pesaba mucho. Te quité la escultura de las manos cuando estabas a punto de arrojarla al Oñar. La facturamos por correo desde Girona a Getxo y se salvó.

Lo que no pude salvar es la casita de muñecas que tanto te gustaba, la que tenía en el otro piso y ocupaba toda una habitación. En este apartamento era imposible meter aquella precaria construcción hecha durante tantas noches y horas muertas. Aún recuerdo cuánto te gustó la primera vez que la viste: «Pero ¿cómo has hecho esto?». A mi sobrina Elene también le encantaba. Fue un proyecto de años, entonces lo adaptaba todo a la casita: un portarretratos de madera podía ser un ventanal; un cristal redondo y brillante, el agua de un pozo; las barandillas de La Concha en miniatura del trofeo de un premio se convertían en barandillas de la

terraza. Destrozaba objetos para encajarlos en aquel juguete nacido del insomnio. Tenía un piano y una bola del mundo en el salón; el mirador daba a un patio interior con teselas donde había una palmera. Las ventanas de la cocina se asomaban a un estanque con patos y a una caseta donde estaba el perro, un dálmata. Subiendo dos pisos por unas escaleras exteriores estaba la biblioteca a un lado, y, al otro, un bar en una zona abuhardillada donde había un baúl lleno de piedras preciosas (cuentas de collares rotos, perlas de pendientes desparejados). Una mínima instalación eléctrica permitía encender lamparitas y faroles. ¡Qué locura de noches de insomnio jugando a no dejar atrás la niñez!

Me hubiera gustado trasladar aquella casita a este apartamento para complacerte; pero ¿quién tiene una habitación libre solo para eso? «Ya la traeré», pensaba, «al menos una parte.» Hasta que un año después de tu muerte tuve que abandonar aquel piso alquilado y la casita de muñecas —un poco Wes Anderson con sus colores amarillo, verde y azul claro, el césped artificial y muebles inspirados en la estética del director de *Moonrise Kingdom*— se quedó allí. Dentro había, colgados por el salón y algunas escaleras, reproducciones de David Hockney, Lichtenstein y August Macke. Allí todos los deseos se podían hacer realidad: los cuadros hasta tenían marco. Era como una casa para siempre.

Abierta a la mirada y destapada por el tejado, aquella construcción imposible de espacios diáfanos, patios y cúpulas, con su estructura parecida a los dibujos del holandés Escher y llena de escaleras por todas partes, la querías visitar siempre en la habitación del piso inmenso contigua a la alcoba. Y era un sueño seguir siendo un poco niña a tus ojos mientras, al encender las luces de la casita de muñecas para ti, te veía sonreír, rejuvenecer, contemplarla embelesado.

Octubre de 2018

He leído *Ordesa,* conocía a Manuel Vilas como poeta y me gustaba, pero estoy impresionada con este libro. Es un *tour de force* que se atreve a ir al fondo de la muerte y el dolor, una obra maestra que pelea con la eternidad. Quién pudiera escribir un libro tan extraño y magnífico. He publicado una reseña titulada «Atreverse», firmada con mi pseudónimo, Beatriz Murua. B.M. Las iniciales de mi nombre, M.B., al revés. Hace bastante que no lo utilizaba. A César no le importa; a Nieves, tampoco. Soy afortunada al tener unos jefes tan comprensivos; uso el pseudónimo por diversas razones: estoy enferma o quiero librarme de dar explicaciones a un autor que conozco; a veces, solo quiero ser invisible, aunque me guste seguir escribiendo sobre lo que leo. Me acuerdo de Cuca, la mejor jefa de *Territorios;* con ella utilicé por primera vez el pseudónimo.

Beatriz Murua era la protagonista de mi libro de cuentos, de ahí viene el nombre. Muere asesinada en el último relato, la mata un novio maltratador, aunque no queda claro si ha sido él. El caso es que muere. Algo habría que decir sobre el hecho de que a un personaje que se parece tanto a mí, lo mate. Con el pseudónimo, al menos le doy una segunda vida en el periódico. Mi faceta de crítica me deja la sensación de desperdiciar algún talento para escribir si es que lo tengo... Hace ya casi veinte años que publiqué el libro de cuentos.

Al firmar soy otra, todos somos otros cada diez años porque hasta nuestra última célula se renueva en ese periodo, algo así he leído en un artículo científico. «No hay persona que al recordarse no se parezca a sí misma.» Exacto, lúcido y deslumbrante Borges en «El otro». Su frialdad no me permite amarlo, solo admirarlo. Nunca me emociona, siempre me deslumbra. He cogido un volumen de sus obras completas y he encontrado esto: «El mundo está como inservible y tirado». Así lo siento yo ahora.

Abril de 2019

Ha venido Vila-Matas al festival Gutun Zuria. Cada vez que Enrique viene a Bilbao nos llama a Uriarte y a mí, aunque últimamente no sale de noche y nosotros tampoco. Ya no hacemos cenas, estoy más sola que nunca en mi vida. Todos mis amigos tienen pareja, y muchas de mis amigas, también hijos. Hemos comido los tres en el hotel Indautxu antes de la actuación en La Alhondiga, a la que Vila-Matas llama «La Albóndiga» para que no se le olvide... Nos hemos reído como siempre; ahora se cuida mucho más, igual que Uriarte desde que tuvo un susto hace años. La edad. También se nota en el escepticismo de la conversación, pero siguen igual, no hay miedo de que dejen de ser chispeantes y enredadores, además de los mejores lectores que he conocido en mi vida. Me pregunto si eso los hace tan brillantes.

A Uriarte lo veo más feliz desde que empezó a publicar sus diarios en 2011; es como si estuviera más seguro de su lugar en el mundo. Sesenta y cinco años diciendo que jamás publicaría, que eso no le importaba, para encontrar en este tardío éxito algún sentido. No me

sorprende, siempre pensé que tenía algo inédito escondido; fantaseaba con que era una gran novela, pero no. Los tres tomos de diarios, lúcidos y muy a tono con su personaje, contradicen un poco ese «Yo no hago nada» de toda la vida. Eligió no trabajar, no madrugar, desde muy joven. Durante años, llamarlo antes de las dos de la tarde era motivo de protesta. Vivía en una buhardilla del mismo edificio en el que tenía alquilado su piso y con el dinero del alquiler sobrevivía austeramente. Pero salíamos a diario a cenar, no sé cómo lo hacíamos; luego, unos años más tarde, él cenaba con su novia, que vivía en otro piso distinto a la buhardilla, y quedábamos después a tomar algo: ellos copas, yo zumo de naranja o infusiones. «El gran paseante nocturno de Bilbao», lo bautizó Germán Yanke en la revista *Arbola*. Lo retrataban a toda página entre reconocidos escritores y artistas. Destacaba su respuesta en un pie de foto que aún recuerdo: «Lector empedernido y conversador infatigable», de esto puedo dar fe, «cuando se le pregunta qué hace responde "Nada" mesándose el cabello. Y nunca nada cundió tanto».

Llevaba la ropa heredada de su padre, de su hermano o su cuñado..., la misma gabardina —entonces llovía mucho en Bilbao—, los mismos jerséis eternos de *cashmere* que le duraban décadas; las mismas camisas blancas o azul claro. Tan elegante y guapo como un modelo de la indolencia salido de una película de Visconti. Sigue igual. No hace nada, pero escribe y lee. No es poco cuando se es tan inteligente.

Al salir de comer con Uriarte y Enrique, ya en la puerta del Silken, se me ha ocurrido pedirle al portero que nos haga una foto con mi móvil y he cometido el peor error..., aún me estoy lamentando. Nos ha hecho dos fotos, una de ellas preciosa en la que estamos bien los tres; pero le he mandado a Uriarte también la otra; me estoy colocando el pañuelo, el bolso, el pelo... No sé. Aparezco en el

centro de la imagen estirando el cuello con gesto raro mientras ellos miran formalitos a la cámara, uno a cada lado. Me ha respondido al mensaje en un instante: «Ya le he mandado las fotos a Vila-Matas, le encantan». Enrique no ha tardado en colgar la del gesto estirado en su web, una fotobiografía con escritores y gente conocida. No sé qué hago yo ahí. Al verla me quería morir: parezco altiva, creída. ¡Y ellos, dos santos! Ha sustituido con ese horror otra foto de hace años en la que también estábamos los tres en el bar de otro hotel. He intentado protestar, pero ya sabía que era inútil. Tengo foto para rato.

28 de junio de 2020

Ha muerto mi hermana pequeña en veintiséis días. Pero ¿por qué, Dios mío? No puedo creer que no vaya a verla más, me parece del todo imposible. Jamás imaginé que vería morir a la nena, como aún la llamaba a veces. Recuerdo cuando sostenía su cuerpecito enclenque, yo tumbada en el sofá y alzándola con los brazos estirados. Tendría cuatro o cinco años y yo, doce o trece. «A volar, a volar», le decía mientras ella balanceaba sus brazos riendo, un poco asustada por momentos. Parecía un angelito. Entonces ya había empezado a olvidar mis celos de niña. Hay recuerdos que alteran el aspecto del mundo, me parece estar viéndola aupada por mis brazos ahora mismo. Jamás podré olvidar esa imagen parecida a la felicidad. ¡Ahora sí que ha volado para siempre!

Ha sido terrible decírselo a la tía, que quería a Mar como a una hija; de niña la cuidó más que *amatxu*. A *ama,* ni se lo hemos dicho para protegerla, la pobre no está bien, ni siquiera sabía que la nena

estaba ingresada. Mis hermanos no se ponen de acuerdo: «Hay que decírselo», dice una; «Mucho mejor que no se entere», el otro. Y yo en medio. Hemos ido los tres hermanos a casa de la tía a primera hora, nada más salir del hospital. Sé cuánto madruga y, en efecto, ya estaba despierta con la radio y el rosario. He preparado un café, todos llorando o conteniendo el llanto. Parece imposible que una desgracia tan grande haya sucedido. La muerte de Mar. No hay palabras para esta pena infinita: saber que ya no voy a escuchar su risa; que su belleza entrará intacta en el recuerdo eterno; que envejeceré sin verla, que no podré besarla, que no está.

El soneto «Desde la torre» de Quevedo vuelve a mí una y otra vez como un mantra. La vida es ahora una conversación con los difuntos a los que escucho con los ojos cerrados mientras «en fuga irrevocable huye la hora».

> Retirado en la paz de estos desiertos,
> con pocos, pero doctos, libros juntos,
> vivo en conversación con los difuntos
> y escucho con mis ojos a los muertos.

La pureza de la literatura me acompaña como único elixir de vida mientras lloro y lloro. Muchos días me es imposible leer; pero, a ratos, cojo un libro de poemas. El tiempo se extiende aterrador mientras la realidad se aleja en ondas crecientes. Con los libros estamos solos y no lo estamos del todo, los claroscuros de la poesía filtran un poco de luz en el silencio turbio de los muertos. Una fuerza misteriosa me reclama como si fuera la llamada de la noche; pienso más que nunca en el suicidio. El magnético título *Suicidios ejemplares* ha llegado a mí desde la estantería sin aclararme lo que deseo saber: no hay instrucciones para suicidarse sin sufrir. El título es tan literario..., parece un catálogo de cómo acabar con la vida,

pero no hay nada de eso. El atardecer va envolviendo la habitación hasta que se queda completamente a oscuras.

Es de noche cuando paseo junto a la Ría y me detengo al final de la ribera de Olabeaga, imagino cómo sería aparecer flotando en el agua. ¿Mejor llevar carnet? He salido de casa sin nada, solo con las llaves. Todos mis pensamientos hablan de muerte. No hay por aquí un alma, me siento en un banco con los ojos cerrados y, al abrirlos, me parece ver el alma de los muertos vagar sobre el musgo con paso resbaladizo, vienen del mundo subterráneo con esta marea baja como si fueran restos de un naufragio, asoman sigilosos.

Tengo estos huesos hechos a las penas
y a las cavilaciones estas sienes:
pena que vas, cavilación que vienes
(...) voy en este naufragio de vaivenes.

El imán musical del soneto con su cadencia destilada de palabras mece mi cuerpo en la melancolía. Mi necesidad de la poesía liviana es más fuerte que yo misma; los muertos parecen disueltos en agua y yo lloro constantemente, lloro por nada, no puedo seguir..., hasta mi memoria parece débil, el suicidio es el único objetivo.

¿Qué cantidad de muerte podemos soportar? Tengo que ir despidiéndome de todo. Cuando tú existías, necesitaba vivir intensamente; ahora no veo la necesidad de resistir, ni tengo energía para pelear con la vida como entonces. Me siento al margen de la especie humana.

Nada más regresar a casa busco el libro de Miguel Hernández que no encuentro. ¿Cómo pudo escribir ese poema si murió tan joven? Pero el sufrimiento nos visita desde la infancia. Apenas soy capaz de pensar con claridad. Un haiku que siempre he adorado me susurra su música:

La soledad me arranca:
mi cuerpo flota, soy hierba
cortada. Si me llamase el agua
creo que la seguiría.

Otra premonición del suicidio. Localizo esos versos en un libro de *Poesía clásica japonesa* de páginas desencuadernadas que conservo desde el colegio. No me ha costado dar con su portada turquesa de ideogramas rojos. Lo tradujo el tío misionero de una compañera con la que estuve interna en Mirasierra con quince años. El haiku es de Ono no Komachi. Mi compañera de colegio se llamaba Gracia María. Gracias, amiga de la lejana adolescencia. Cuando alguien nos recomienda un buen libro nos lo regala para siempre, sus palabras lo envuelven en la espesa red de los recuerdos confusos. Me pregunto si seguirá viva después de tantos años. A este cuaderno solo puedo llamarlo «Cuaderno de la muerte».

Tras el día negro de ayer, me levanto con energía para vaciar el fregadero y limpiar un poco. Salgo a comprar el periódico y comida. Es domingo, voy al supermercado de Alameda de Rekalde, más caro y siempre abierto. La caja no avanza. A dos empleadas nuevas, un cliente habitual les explica cómo pesar la fruta y activar una tarjeta

de teléfono. Enfadada, no pago una bandeja de mejillones preparados: la dejo en la cesta sin ponerla sobre el mostrador. Me siento «Marnie, la ladrona». Recuerdo a una amiga a la que visité en Barcelona con veinte años, tenía poco dinero y robaba. Ella me inició, le venía de familia. Su padre había muerto joven y heredó una biblioteca llena de libros con la leyenda «Requisado al capitalismo» en primera página. Todos eran robados. A ella le gustaba comprar en grandes almacenes e hipermercados, pagaba la mitad de lo que se llevaba.

Al poco de salir me siento mal, un grupo de policías rodea a un inmigrante junto a la plaza Moyúa. El chaval saca unos papeles del bolsillo y hace aspavientos. Está nervioso mientras yo camino tranquila con mis bolsas de ladrona; nadie me va a parar. Los *ertzainas* se alejan y el africano se queda solo. Al pasar junto a él, le pido que me lleve las bolsas. Pesan y estoy cansada..., quizás por haber dormido tan mal. Me pregunta dónde vivo, «Al final de la calle». Insiste en preguntar el número y, de repente, desconfío de él. Le digo que deje mis bolsas en el suelo y le ofrezco diez euros con los que lavar mi mala conciencia. Pero no los quiere e insisto. «Déjalos en el suelo», dice. No quiere cogerlos de mi mano, es absurdo. Dejo el billete en el suelo, lo recoge y lo rompe en mil trocitos mientras se aleja.

Una cita de C.S. Lewis: «El acto de vivir se ha vuelto distinto (...). Su ausencia es como el cielo que se extiende por encima de todas las

cosas».

En estas semanas he envejecido, la muerte de Mar me ha traído de golpe la conciencia de la edad. No envejecemos al ritmo ordenado del calendario, envejecemos con los golpes y el dolor. Cada hachazo de la vida nos roba años de repente, nos recuerda hasta qué punto somos mortales, fugaces.

Agosto de 2021

Ha muerto inesperadamente tu Koldobike, nuestra Koldobike, la secretaria de Samuel Esparta que ella te inspiró en la primera policiaca. Me ha impactado. Parece que estaba enferma, no sabía nada. Los rizos y esa manera resolutiva de hablar de Getxo eran de Lucía. Siempre es así: los personajes de ficción vienen de alguien real. En la segunda y tercera entrega de las policiacas, la secretaria se transformó, ya no era exactamente ella, pero conservaba algunos rasgos. Recuerdo el nombre de la librería que bauticé Beltza para el local de Antares donde imaginaste a tu librero detective, y cómo te sugerí el cambio de apellido de Samuel Espata, proponiéndote el de mis primos, Esparta, para que el nombre no fuera tan descaradamente deudor del detective Sam Spade de Dashiell Hammett. Qué placer inmenso me producía que aceptaras esas sugerencias. Que llamaras Anari a la joven bellísima en la segunda policiaca, por ejemplo, como llamaba yo a Ana cuando éramos niñas. Y el cambio del horrible nombre de Fermina en la novela del Athletic. «Pero ¿cómo se puede enamorar Souto de alguien llamado Fermina?», me enfadaba. Al final se llamó Irune, como la supervisora rubia de la novena. Me costó convencerte.

Este domingo fui al tanatorio a Getxo para despedir a Lucía después de estar con mi tía Carmen, que aún te llama «el viejo». Hoy me ha dicho: «Pero ¿qué tenía ese viejo para que te acuerdes tanto de él?». Ella nació en 1925, tiene noventa y seis años recién cumplidos, no es precisamente una niña. Nunca he sido capaz de hacerle comprender por qué no eras viejo. Solo quiere saber quién vive ahora en tu casa, cuánto valdrá, si la van a vender. Me hace preguntas absurdas que no me interesan. Mi tía parece una inmobiliaria, con sus alquileres, derramas y contribuciones colándose en todas las conversaciones.

Yo sé qué me has dado. Me lo has dado todo: «que hay otros ojos por los que miro el mundo», como en el verso de Pedro Salinas en «La voz a ti debida». Lo miro menos indiferente, me has dejado una brizna de tu dignidad.

El viernes, en el autobús de vuelta a casa, la expresión de los viajeros arrastraba los restos laborables del día, yo iba dormitando el cansancio de la semana hasta que me estremeció la indiferencia del conductor. No entendía lo que le decía una inmigrante; le hacía preguntas en euskera; lo usan con frecuencia en la línea de Ondarroa. Cuando ella le respondía en castellano incorrecto, le cortaba con un: «No entiendo». Después, la señora contó su calderilla como un tesoro y le dio hasta las monedas de céntimo, pero el dinero no le llegaba... Buscó entre las ropas y refajos un billete. «No cambios», le lanzó el euskaldún cerrado e insistió en que bajara: la quería dejar en la parada. Pagué su pasaje.

Unas líneas muy tenues, como si en el original estuvieran a lápiz, cierran el cuaderno junto a la copia de una postal de la Victoria alada *en blanco y negro. «Hay como un sueño esperando ser soñado justo detrás del dolor», Chantal Maillard.*

Última conversación con el biógrafo
Abril de 2024

—Después de entrevistar a tantas damiselas me pregunto qué esconde esa necesidad suya de justificar su presencia en la vida del escritor y, sobre todo, el interés exagerado por las amigas de su marido.

—Esa parte de su vida inaccesible, un poco secreta, lo define. Los secretos revelan mucho de las personas. Aunque usted haya hablado con muchas sigue habiendo más. Las hubo hasta en el hospital donde murió.

—¿De qué secreto habla?

—De que alguien que podía ser su padre o su abuelo intimara tanto con ellas. A veces parecía un adolescente, sus amigas jóvenes formaban parte de esa locura. Me ha costado entender la amistad que los unía.

—¿Era solo amistad?

—Es lo que él decía, pero usted ha podido preguntárselo a ellas. En los diez años que estuvo conmigo, las criajas se hicieron mayores y fueron desapareciendo poco a poco. Puede que les molestara mi presencia. O, simplemente, dejaron de necesitarlo como un faro en sus vidas.

—¿Por qué vuelve a llamarlas «criajas» en vez de damiselas?

—No lo sé, siempre las llamaba así los primeros años. Recuerdo que una tarde se presentaron en Walden la bailarina y una artista

que vivía en Londres, conocida por sus *performances*. Las dos iban a una fiesta, llevaban ropa extravagante, una estaba tocada con un sombrero. Aparecieron como si hubieran salido de un anuncio o de un musical, sus rostros resplandecían y no podía dejar de mirarlas. Hablaban de modo sincopado: decían una frase o una palabra y soltaban una carcajada estridente. Se miraban con sonrisa cómplice y un poco maliciosa después de observarnos de reojo. Era fin de semana y nosotros acabábamos de recoger leña en el cobertizo, hacía frío. En aquel momento, con mi ropa de casa adaptada al espíritu Thoreau, me sentí fea con virutas de madera pegadas al jersey... Vivíamos una etapa parecida a la felicidad; pero compararme con ellas me hizo daño. Las damiselas se marcharon y nos besamos en el porche escuchando su risa alejarse. Tras la visita, tuve la certeza de que había una parte de su vida a la que jamás podría asomarme. Nunca conocemos del todo a las personas; él tenía una naturaleza oculta como todos los seres creativos. Aquella risa resbaladiza de sus amigas aún permanece en el aire al recordarlas.

No éramos sociables ninguno de los dos. Apenas nos movíamos de Walden los fines de semana. Él odiaba las reuniones y sobremesas largas, prefería coincidir con pocas personas a la vez. En aquellos años rechazábamos todas las invitaciones. Entre semana cada uno vivía en su casa, la rutina de vidas separadas nos hacía desearnos. Esa distancia física, intermitente, era una forma de preservar el amor, él siempre lo decía.

—¿No veían a nadie?

—Salvo las visitas de sus hijos, que pasaban semanas en Walden en vacaciones, y la gente del taller de escritura, los lunes de ocho a diez, apenas nos relacionábamos. Una pareja nos visitaba cada verano, llegaban a que les firmara un ejemplar de su último libro y

traían un obsequio. Como con todo el que se acercaba a verlo, hablaba unos minutos con ellos y les prestaba atención. Eran cariñosos, parecían admirarlo. En una de sus últimas visitas, cuando se marcharon, dijo: «Son estupendos».

«¿Ah, sí?», pregunté asombrada.

«Sí, se van enseguida.»

No pude evitar reírme. Nada comunica la verdad de las personas como lo que comparten con sus seres queridos: los atendía con cariño, pero estaba deseando regresar a su soledad.

—Háble me de su muerte.

—La muerte llegó con la klebsiella. Durante los años que ordené historias clínicas no encontraba mi lugar en el hospital, me mandaban de un sitio a otro hasta que recalé en Medicina Preventiva. Pero, cuando era muy joven, había trabajado en el mismo hospital en el que él murió. Es curioso, allí también hubo dos damiselas durante el último mes de su vida: una radióloga y una enfermera. A la enfermera le dijo una mañana delante de mí: «¿Cuántos se te han muerto hoy?». Y en aquellas circunstancias lo preguntó riendo. Estaba en la UCI, donde cuanto más graves están los pacientes, más silenciosos son, pero él se esforzaba en hablar.

Me gusta cómo ha retratado a algunas damiselas; a otras, no tanto... En ellas hay algo de mí y en mí mucho de ellas. Todas perseguíamos un sueño, el arte trata de eso. Y su fascinante coraje, la vocación entregada de escritor, como si la literatura fuera más importante que la vida, despertaba en nosotras el deseo de emularlo. Las damiselas hilvanan hebras que se unen por un cordón invisible.

—¿Se llevaban bien entre ellas?

—Algunas sí. Como le he dicho, hace poco murió mi hermana pequeña. Iba a llevarnos en su coche a San Sebastián poco antes de

que él muriera porque yo no conduzco. Tenía la ilusión de que se conocieran, él vio una vez en mi casa una foto de Mar y dijo: «Estás muy guapa ahí», porque nos confundió. Queríamos visitar el colegio donde yo había estado interna cuatro años, en Zumaia, camino a Donosti, y proyectamos el viaje, pero murió y no pudimos hacerlo. Inesperadamente, mi hermana también ha muerto. Todo lo que me había costado aprender a quererla en mi niñez se ha ido con ella. Su vacío me ha hecho sentir cuánto la quería. De niña fantaseé con matarla, nunca podré perdonármelo.

He encontrado una copia de la novela *Sola,* una obra juvenil del escritor. Así es mi vida ahora. Pensé que nunca podría vivir otro dolor tan grande, pero ese dolor es la edad. Este verano, tras la pandemia, me ha rodeado la muerte como un entrenamiento. Ha muerto una amiga periodista y una de las damiselas. Algo en mí quiere abandonar el mundo, dejar que el desastre haga su trabajo para descansar.

La muerte está al lado desde que nacemos, pero a veces nos saluda con impaciencia...: «Aquí estoy», parece decirme. «Dame un poco de tiempo», me dan ganas de responder, «aún tengo trabajo para dejar un recuerdo mejor.»

—Quizás influya trabajar en un hospital.

—No es eso; además, apenas puedo trabajar.

En las dos muertes intuí que iban a morir; a los dos les llevé algún libro al hospital. Al escritor, las *Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique y *De vita Beata* de fray Luis de León. Él me los pidió. También me pidió las *Fábulas* de Esopo. Me contó el final de la novela que estaba escribiendo, *Los inmaduros*. Quería releer la fábula de *La cigarra y la hormiga,* porque pensaba unir en la escena final a los personajes de *Las ciegas hormigas*—que pasaban

cargando su carbón frente al chalet de los indolentes— mientras aquellos artistas miraban pasmados sus afanes desde la distancia.

—¿Ese era el final?

—Sí, así lo pensó en la UCI. Tomé algunas notas de lo que él me dijo en el reverso de una circular con indicaciones de los ejercicios de rehabilitación respiratoria. Lo anoté casi al dictado porque me lo pidió:

> Al día siguiente, con el cielo todavía negro, las gentes salen a ver qué ha pasado, descubren un barco en las peñas, encallado. La Compañía del barco, como le pagan un buen seguro, lo abandona todo. ¡Qué más quiere la gente, que en pleno día empieza a acarrear carbón! Hay una parte del barco alejada y de difícil acceso a la que solo se puede bajar desde La Galea. El pueblo está uno o dos días y noches recogiendo el cargamento y, cuando ya lo han recogido todo, la Compañía cambia de criterio. Las autoridades empiezan a recuperar el carbón requisándolo de los caseríos de los vecinos. Toda esta actividad es contemplada desde el portalón de los vagos: están ante una clara demostración de la inutilidad del esfuerzo humano que les viene muy a cuento...

Y aquí recordó unas palabras de las *Fábulas* que sabía de memoria:

> Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, quiero, amiga, que me digas si son de alguna utilidad...

Uno de los artistas que viven en el chalet de «Los inmaduros» da la razón a la fábula; pero el chico joven, Andrés, ya ha sido atrapado por la familia de *Las ciegas hormigas,* los Jáuregui, al pasar horas recogiendo carbón con ellos, y queda de por vida unido a su espíritu.

Esa novela inacabada me deparó una sorpresa cuando la pasaba al ordenador: uno de los inmaduros, creo que el pintor, le decía a su novia exactamente lo que él me había dicho una tarde que le reñí

por llevar un jersey con un agujero cuando vino a Bilbao: «Pero... si yo voy dentro». La escena reproduce nuestro diálogo.

A mi hermana pequeña le llevé las *Meditaciones* de Marco Aurelio y *La comedia humana* de William Saroyan que él me había regalado. Todos esos libros han vuelto después a mí; los libros permanecen. «Escucho con mis ojos a los muertos», dice Quevedo en una preciosa definición de leer. Y ahora estoy sola, como su novela juvenil protagonizada por la tía solterona Sofía, sola con los libros.

Cada muerte ahonda la herida de las anteriores, excava nuestro hueco hacia la tierra. Hace poco descubrí una fotografía antigua recortada de una revista: una niña intenta tocar la silueta de otra que solo ha dejado el aura de su luz. Me evocó la muerte de mi hermana. Dónde estará *La muerte de Iván Ilich* de Tolstói, esa representación exacta del morir. Las historias clínicas se archivan; las historias narradas, también. Es solo un simulacro de atrapar la vida y engañar al destino.

—O sea, que murió por una klebsiella.

—Sí, vino la klebsiella con su manto de mariposa exótica que yo imaginaba etéreo y de color morado degradándose hacia el azul y violeta como una aguada.

Trabajaba en el Servicio de Medicina Preventiva, donde llamábamos bichos a las bacterias y microorganismos que vigilábamos. El nombre me sugería imágenes preciosas hasta que trajo su muerte. Allí me llamó desde otro hospital, donde lo habían llevado su hijo y su amigo. Precisamente, rellenaba los bichos en el cuadro de infecciones y lo dejé todo para salir corriendo.

La palabra klebsiella era más bonita que clostridium y estreptococos, recuerdo cuánto me gustaba. Mi imaginación ponía colores a aquellos bichitos microscópicos en una sinestesia que me ayudaba a escapar de la rutina. El cuadro de infecciones en el que clasificaba microorganismos y bacterias incluía nombres extraños, solo palabras. Y al rellenar un Excel para explicar el origen de las infecciones y atrapar los bichos contando y numerando registros, los veía de diferentes colores. Mi trabajo se acababa ahí. Sabía poco de los billones de microbios con los que convivimos, de las bacterias que aprenden a resistir, del universo microscópico en lucha con organismos que protegen y bacterias o virus que atacan... Cuando el resultado de un registro, arrastrado a veces durante meses, acababa en muerte, el color de la línea variaba de negro a rojo en la tabla: *exitus*. Siempre la misma palabra para ocultar la muerte en los hospitales. Era importante distinguir los registros del cuadro de infecciones de Excel con resultado de muerte: todos se iban al rojo. Solo era un cambio de color. *Klebsiella pneumoniae*-infección nosocomial. Somos polvo de estrellas, luz usada. «La luz usada deja polvo de mariposa entre los dedos», los versos de Jaime Gil de Biedma me persiguen desde los diecisiete años, cuando Santi, el librero de la librería Tango, me recomendó *Las personas del verbo* y aquella joya me deslumbró sin límites.

—¿Por qué recurre tanto a la literatura?

—Supongo que es pretencioso decir que estoy hecha de literatura; pero hay algo de cierto: ha sido la pasión más fiable de mi vida, la única que no se ha desvanecido y permanece inquebrantable desde los nueve años... Y, créame, sobrevivir a la vejez exige alguna pasión. ¿De qué hablábamos?

—De su muerte.

—Ah, sí. No estaba preparada para imaginar la muerte color violeta. Las alas de la muerte se lo llevaron vestidas de klebsiella y yo estaba allí. Se escondieron en el verso de Eliot y todos los atardeceres llevan su nombre desde entonces. Es la hora de la tristeza a plazos, la hora violeta. No pude ver su historia clínica, no me dejaron; alguien que no fui yo la cerró. Pero tenía que seguir haciendo registros, continuar mi trabajo... Y solo podía llorar. La capa de muerte cubre idéntica las historias clínicas que desde hace años ya son digitales. Vivir y morir se dan la mano, así se cierra el libro. Vino la klebsiella con su manto de muerte y sus alas aniquilaron la vida. Ni un atlas científico podría explicar lo que un verso: «Vendrá la muerte y tendrá tus ojos», dijo Cesare Pavese, el suicida elegante de habitación de hotel. Sé de quién serán los ojos que tendrá cuando venga.

—Así que ahora quiere que entreviste a la médica y a una matemática... ¿Con eso habremos llegado a saber todo lo que se puede conocer del escritor?

—¡Qué tontería! Nunca se llega a conocer del todo a las personas. Usted acabe el libro.

Radióloga

—¿Cuándo conoció al escritor?

—Yo trabajo en Urgencias, lo conocí cuando ingresó en el hospital. Al principio ni siquiera sabía que era escritor, pero nos hicimos amigos. Tuve que hacerle varias ecografías y resonancias para ver cómo evolucionaba la inflamación de sus órganos internos. Cada vez que repetíamos las pruebas, le explicaba el motivo para tranquilizarlo y siempre decía algo amable y original: no era como otros ancianos. Tenía mucho sentido del humor. Ingresó de madrugada, lo trajeron su hijo y un amigo médico porque vomitaba continuamente. A media mañana, me sorprendió pidiéndome el teléfono: «Tengo que llamar a mi novia». «Pero ¿es urgente?», le pregunté. «Estará preocupada: son más de las once y todos los días la llamo a las once al trabajo, no sabe nada de mí desde ayer.» Por lo visto, también estaba inquieto porque debía asistir esa misma mañana a la votación de un premio de literatura del Gobierno vasco, y quería que ella trasladara su veredicto al jurado. Había confiado hasta el último momento en poder asistir; pero le informé de que, como mínimo, permanecería dos o tres días en el hospital. Me hizo gracia que tuviera novia y le dejé mi móvil; se habían llevado el suyo, no lo encontramos. Una hora más tarde, apareció en Urgencias una mujer mucho más joven, eran pareja desde hacía años por lo que me enteré.

Una semana después, cuando supo que tenía un hijo pequeño, ella me trajo el único libro del escritor dirigido al público infantil,

Andanzas de Txiki Baskardo, y él escribió una dedicatoria temblorosa y encantadora para mi hijo. El niño dijo días después que el libro era genial y su mujer me llamó ángel por cómo había cuidado del escritor en la Urgencia, donde no podemos evitar el trato impersonal si los boxes están saturados y hay mucha gente en espera. Estuvo allí poco más de cuarenta y ocho horas y, cuando lo subieron a planta, empecé a visitarlo. Mis compañeros creían que nos conocíamos de siempre, pero no era así.

—Me sorprende que se hicieran amigos en tan poco tiempo.

—Era una persona extraordinaria, me preguntaba sobre mi trabajo y mi vida, lo fui conociendo y él también me contó muchas cosas. Por qué se había quedado calvo de manera fulminante cuando era joven, por ejemplo; aunque me dijo que no se lo contara a nadie. Todos nos volvemos vulnerables en un hospital y necesitamos conocer detalles de nuestra enfermedad; creo que el hecho de que fuera médico le inspiraba confianza, nos caímos muy bien desde el primer día. Yo hablaba con mis colegas para saber más de su caso y se lo explicaba todo detalladamente. Era una persona curiosa y atenta. Su muerte la provocó una infección, pero llegó a la Urgencia con varios órganos afectados, el tratamiento fue complejo y se alargó. Estuvo cinco semanas ingresado. Fui a verlo cuando lo trasladaron a Digestivo, de donde pronto decidieron moverlo a Cirugía porque, en casos como el suyo, las cosas se pueden complicar por la edad. Así fue. Mi exmarido es cirujano y opera específicamente esas patologías. Pero, antes de la operación, lo derivaron a Cuidados Intensivos para estabilizarlo. Y lo consiguieron, lo iban a mandar a casa a recuperarse sin operarle, ya estaba haciendo ejercicios de rehabilitación respiratoria con las fisios. Después, volvió nuevamente a la UCI.

—Así que tuvo dos ingresos en Cuidados Intensivos.

—Sí. Una mañana fui a verlo muy temprano porque salía de guardia. Lo encontré con la mujer; aún no era hora de visita, pero allí estaban los dos. Los vi por la cristalera en uno de los boxes, ellos no me veían entre tantos uniformes. La mujer se había colado cuando solo había actividad médica y de cuidados; no sé quién la habría dejado entrar. El caso es que estaba dándole un masaje en las piernas con un aceite especial para esos casos. Cuando los pacientes llevan tiempo ingresados, la piel se reseca mucho; levantaba los pies desde el piecero de la cama y masajeaba uno a uno los dedos varios segundos con una entrega que parecía profesional. Aquellos pies de anciano, encallecidos y deformados por la vida, los cogió entre sus manos al terminar y los besó. Al descubrirme hablando con un intensivista tras la cristalera, pareció que se avergonzaba y le arregló la cama. Cuando entré, él sostenía la letra de un tango en un papel y la dejó sobre el embozo; ella empezó a leer el periódico en voz alta. Le leía los chistes, respiraban complicidad.

Uno de aquellos días comí con ella porque vi que estaba sobrepasada y con los ojos llorosos. Acababa de discutir con los hijos del escritor; no sabían que habían formalizado su relación como pareja de hecho y, como no le dejaban decidir sobre el tratamiento, se lo contó. Se enfurecieron. Todo se complicó.

Hablé con él aquella tarde, me dijo que esperaron al fallecimiento de su primera mujer porque, aunque llevaban décadas separados, no le parecía bien desvincularse de la madre de sus hijos estando, como estaba, tan enferma, e ingresada en un sanatorio desde hacía cuarenta años. Me contó una escena estremecedora de cuando vivían juntos y sus hijos eran niños. Había dejado de querer a aquella mujer hacía mucho y hasta estaban legalmente separados, pero esperó por sus hijos. Pensaba decirles más adelante que había

formalizado su unión de pareja. Creo que le daba miedo la reacción de los hijos, miedo o pereza, no sé... Habló con ellos cuando se enteraron y no todos lo aceptaron bien. Fueron días muy complicados: él sufría, yo intentaba calmar los ánimos.

Una semana o diez días después, murió. No pudo remontar, aunque lucharon lo indecible para sacarlo adelante. Me quedé unas horas con su mujer. Estaba saliente de guardia y desayunamos juntas. La vi tan perdida y sola que me ofrecí a acompañarla en lo que necesitara. Al día siguiente, vino a recoger un informe médico y me esperó hasta la hora de salida; comimos en la cafetería juntas y luego fuimos en mi coche al cine de un centro comercial próximo, tenía el rostro desencajado. Me contó que la madrugada anterior, cuando la llamaron a medianoche para que volviera a la UCI porque habían decidido desconectarlo —la operación no había funcionado—, golpeó su cabeza contra la pared antes de salir de casa. Dijo que de niña le había visto hacer ese gesto a su madre y lo repitió miméticamente. Después fue dando tumbos hasta la parada de taxi cercana como si estuviera borracha. La vi enormemente sola, le di un Valium y le hice prometer que iría al médico a la mañana siguiente. Intenté distraerla, pero fue inútil. Tuvimos que salir del cine para que dejara de llorar. Dos días después, en el tanatorio, se respiraba tensión y me pidió que la acompañara a recoger sus cosas de la casa de Getxo, los hijos del escritor ni le hablaban. Estaba desconcertada porque siempre se habían llevado bien. Habían convivido en vacaciones y en Navidad durante más de diez años. Me aseguró que no iba a haber ningún problema. La casa era de ellos, todo estaba bien.

—¿Siguió viéndola?

—Muy poco, en un acto conmemorativo. Años después, cuando me operaron por un problema de salud, me visitó en casa de mi tía

en Negurigane durante la convalecencia. Después nos mandábamos mensajes en fechas señaladas; al final nos perdimos la pista. Me invitó a la presentación de un libro suyo, pero estaba de viaje en Guatemala con una ONG y no pude ir. Los recuerdo a los dos con un cariño muy especial.

Supe por una compañera del hospital que ella estuvo enferma durante años tras la muerte del escritor. El duelo se prolongó demasiado. La mente es un lugar resbaladizo, vivió en un cerco de sombras del que no sabía regresar. A veces sucede: hay gente que niega tanto a la muerte que parece querer ir a buscarla. Creo que ya se ha curado.

Matemática

—Nosotros lo conocimos porque llevamos a un crío de la escuela de Algorta, donde los dos éramos maestros, a su taller de escritura. Era un chaval problemático con tendencias suicidas al que le gustaba escribir. Lo aceptó sin problema. Nos cayó tan bien que lo invitamos a cenar una noche; entonces teníamos el chalet a medio hacer, así que cenamos en un restaurante. El proyecto de su taller, que no tenía ni cuota, a mi marido, tan reacio a las encorsetadas normas de la escuela, le encantó. Entonces Karmelo soñaba con abandonar la enseñanza y dedicarse a otra cosa.

Pronto vimos que el escritor llevaba una vida un poco alternativa, eso fue definitivo para que su personalidad cautivara a Karmelo. Empezamos a invitarlo a cenar a casa: lo recogíamos por la tarde y le devolvíamos a Walden de noche. «Deja de quejarte y haz algo», le repetía a Karmelo y, lo curioso, es que a él le hizo caso; yo llevaba tiempo diciéndole lo mismo. Se hicieron muy amigos. Cuando lo visitábamos en su casa, nos recibía en el porche, nos intrigaba que nunca nos invitara a entrar... Pero llegó el invierno, una tarde fuimos con nuestros tres hijos adolescentes, y nos pasó dentro. Vivía muy modestamente. Tenía una estufa de leña y Karmelo le llevó esa semana tacos de buena madera para quemar. Mi marido había talado unos montes, un terreno donde iba a construir una casa; su sueño era convertirse en contratista de obras. A partir de entonces, los camiones de madera fueron un nexo entre ellos hasta su muerte. También le regalamos una barandilla de madera de teca para el

porche en 2007 porque las escaleras de cemento estaban muy desgastadas y se podía caer.

No teníamos una relación íntima, él era un solitario; pero, de algún modo, nuestra amistad se fue afianzando. Cuando Karmelo abandonó la enseñanza y empezó con las obras, viajábamos al extranjero a escuchar conciertos. Hasta que la empresa creció, tuvimos bastante tiempo libre. Uno de nuestros hijos empezó a destacar como violinista y todos tienen formación musical, así que los llevábamos a *master class* y cursos de verano; nos gustaba que conocieran el ambiente musical centroeuropeo. Cuando volvíamos, le traíamos algún detalle al escritor. Nunca fallábamos al Concierto de Año Nuevo de Viena y unos Reyes le regalé unos zapatitos de bebé de colores vivos del Tirol que colgó en el pasillo de su casa.

Cuando mis hijos crecieron se entendía tan bien con ellos que, una noche, cenando todos juntos en nuestra casa, se me ocurrió entregarle un par de patucos de los chavales de cuando eran bebés: quise que tuviera algo de ellos. Los colgó también en el pasillo. Cada vez había más zapatitos allí, otras personas copiaron nuestro regalo y llegó a haber más de veinte pares de diminutos zapatos en las paredes. Entonces estaba muy solo y algunos días parecía deprimido, los síntomas eran claros; escribir con la entrega que él lo hacía exige ser muy fuerte... Karmelo se empeñó en sugerirle que fuera al médico o a un psicólogo. Cuando se lo dijo por segunda vez, se puso hecho una fiera, se enfadaron. «No necesito médicos ni médicas, ya tengo a mis hijos y la escritura.» Discutían bastante, a Karmelo el trabajo de la constructora le estresaba.

Años después, yo también había abandonado la escuela y daba clase de Matemáticas en un instituto; nos habíamos ido alejando sin remedio del escritor por las diferencias sobre su novela infinita. Mi marido leía capítulos de aquel novelón y le decía que debía suprimir

toda la parte del maestro y el adolescente sin piedad. Aquellas conversaciones sobre nacionalismo del alumno con don Manuel —que traducía *El Quijote* al euskera por las noches— sobraban; Karmelo lo tenía claro. Y Asier, el adolescente enamorado de la maestra, tampoco debía ocupar tantas páginas. «No tiene sentido contar en una novela los mismos hechos varias veces, eso es interminable», le repetía haciendo valer su formación de filólogo y su afición lectora. Pero el escritor no estaba de acuerdo en absoluto: «Esa mirada múltiple es el *busilis* de la historia», usaba mucho esa palabra cervantina.

Una primavera, cenamos juntos después de casi un año sin vernos. Aquella noche apenas hablamos de su novelón de más de tres mil páginas que ya había enviado a Espasa hacía meses sin que la editorial diera señal de haberlo leído. Cuando acabamos de cenar, nos dijo: «Tengo una noticia que daros». Lo miramos expectantes, convencidos de que era algo sobre la novela, pero no era eso. «Tengo una novia», dijo de repente. Mi marido se rio, conocía a alguna de sus amigas de vista.

«Pero ¿novia, novia?»

«Sí, una novia es una novia. Llevamos meses juntos.»

Nos costó convencerlo de que nos la presentara. Después de mucho insistir, conseguimos cenar los cuatro en el restaurante del Molino de La Galea. Estábamos convencidos de que aquello no podía durar, pero duró, ¡vaya si duró! Y cuando apareció ella, fue como si floreciera. O quizás también influyó que por fin iba a publicarle la novela una gran editorial. Cenamos y comimos juntos con frecuencia los primeros años; los invitábamos a nuestra casa. Ella escribía bien, me gustaban sus artículos del periódico y nos dejó un librito de cuentos publicado en Madrid. Siempre me pareció que había llegado a su vida con el enorme éxito de aquella novela a la que Karmelo le

había puesto tantos peros y que ella elogiaba sin medida. Se la publicaron en tres tomos, como una trilogía, y toda la crítica se rindió a su excelencia. Recibió premios importantes y empezaron a reeditar su obra anterior.

Como mi marido y el escritor se habían distanciado, a veces me escapaba a Walden para verlo por las mañanas. No estaba dispuesta a perder su amistad y lo acompañaba en su paseo diario. Hablábamos. Me explicó que, en los últimos veranos, habían definido cuatro itinerarios según le acompañaran las fuerzas. El primero, rodeaba el acantilado de La Galea: era para días excepcionales cuando se sentía «como un chaval», normalmente iban los dos juntos cuando ella no trabajaba; el segundo, también largo, acortaba por la Hípica y asomaba a La Galea un poco más adelante; el tercero y el cuarto, mucho más cortos, subían por La Venta y la ermita hasta el cementerio, para salir enseguida al acantilado a la altura del Molino. Una mañana, calculo que unos diez meses antes de su muerte, hicimos la ruta cuatro que reservaba para cuando «le fallaban las piernas». Lo noté fatigado. Me preguntó por mis hijos y sus novias, por nuestra vida y la empresa creada por Karmelo que absorbía su tiempo por completo. Aquel día me dijo que hacía dos meses habían hecho «los papeles». Se refería a su inscripción como pareja. Le pregunté qué opinaban sus hijos de la noticia.

«No les he dicho nada.»

«¿Por qué?»

«Yo tampoco sé si ellos están casados o viven arrejuntados por detrás de la iglesia.»

Le encantaba imitar el lenguaje de los aldeanos. En aquel paseo me contó un incidente entre su mujer y la pareja de su hijo. Los domingos por la noche, cuando ella se marchaba a Bilbao a dormir, le dejaba en un violetero, sobre la mesa de trabajo, una o dos flores

frescas; las cogía del jardín. El jardín y la huerta los cuidaba el hijo que más se parecía a su padre. Vivía con su novia en Algorta; pero, cuando hacía buen tiempo los fines de semana, dormían en el piso de arriba. Todas las primaveras y en verano, cada domingo la mujer cortaba flores del jardín antes de marcharse a Bilbao. Un viernes, al llegar a Walden, vio una flor de tela en el violetero, se le había ocurrido ponerla allí a la pareja de su hijo: «Total, si a él le da lo mismo». La mujer del escritor protestó, era un acuerdo entre ellos: antes de que las flores se marchitaran, ella volvería de Bilbao para sustituirlas, llevaban años haciéndolo así. Cosas de enamorados.

Cuando me lo contó, insistió en que no le había dicho nada a su hijo y prefería que no lo supiera. Pero después he comprobado que él mismo contaba a varias personas lo que aseguraba desear mantener en secreto. Como el motivo de su calvicie. Aunque yo lo sabía por él, dos personas diferentes me lo contaron con gran misterio tras su muerte. Me pregunto si, en el fondo, no deseaba que se conociera.

Cuando murió, Karmelo intentó arreglar las diferencias sobre su legado. Quedó con la mujer y le pidió que renunciara en favor de sus hijos o que se repartieran los títulos para evitar conflictos con los derechos. Pero ella no aceptaba modificar la voluntad del escritor. Los hijos creían que los derechos de autor eran bienes gananciales y las obras escritas cuando había estado casado legalmente con su madre les pertenecían; cambiaron dos veces de notario. No tenían razón. Son bienes privativos, el autor puede repartir esos derechos —que duran hasta bastantes años después de su muerte— como quiera.

—¿Volvieron a relacionarse con su mujer?

—No, sus hijos eran lo primero, yo lo tuve claro, y mantuvimos contacto solo con ellos. Pero eso también se ha acabado; salvo uno,

todos viven fuera. Después de la muerte del escritor hubo una lectura ininterrumpida de su novela del Athletic en la plaza de Algorta el Día del Libro. A la iniciativa de los chavales de un instituto de secundaria se sumaron familiares, amigos y también yo asistí. Leímos *Aquella edad inolvidable* de principio a fin. Participó gente del taller de escritura y su hijo. La mujer leyó una carta de Víctor Erice elogiando aquella novela, interesándose por los derechos para llevarla al cine. Se acercó a saludarme sonriente, pero la evité, le hice *la trece catorce*.

La última damisela

> La muerte era mucho más multitudinaria de lo que yo podía manejar.
>
> EMILY DICKINSON

—Todos estamos muriendo lentamente; pero, de repente, alguien muere del todo. Mi hermana murió en junio de 2020 y una damisela ha muerto mientras usted está escribiendo este libro. A Mar ya nadie podrá entrevistarla. *Hermana muerte,* escribió Thomas Wolfe en su inquietante saludo al más allá inspirado por cuatro personajes anónimos que mueren en Nueva York. Yo también tengo ahora mi particular hermana muerte. He comprendido cuánta verdad hay en cada paso que me acerca a ella. Tal vez Mar haya desembocado en el mismo mar que sus cenizas, la mar que, como su nombre, es inmensa. Mi hermana vivió cerca de Arrigunaga el último año de su vida, junto a la playa donde empezó todo. Su novio tenía un hijo que iba a un colegio en Getxo y, como compartía la custodia con su exmujer, compró con mi hermana una casa cerca del colegio próximo a la playa.

—¿Por qué dice que ella era la última damisela?

—Porque ellos debían de haberse conocido. Yo estaba segura de que cuando Mar, con su personalidad un poco errática, me preguntaba tanto por él, es que deseaba conocerlo y sabía que eso le ayudaría. Todo estaba preparado para que fuera así, íbamos a

hacer una excursión a San Sebastián los tres el fin de semana siguiente. No pudo ser porque él enfermó.

Cuando no existía nuestro hermano pequeño, mucho más joven, yo era la mediana; después nació el único chico y éramos dos medianas. Ahora me he quedado sola porque Mar ha dejado de existir, soy la mediana otra vez. Hay cosas que creía saber y no sé, escuchar el silencio me invita a recordar mis celos de niña. Conozco ese dolor, la triste envidia contra mi pecho. No he sabido cuánto quería a mi hermana pequeña hasta ahora. Nunca podré pedirle perdón.

—¿Por qué tenía celos?

—Me temo que no tiene explicación. Las relaciones entre hermanas son extrañas; o, quizás, bastaría decir que son extrañas las relaciones humanas. Miro una imagen recortada de una revista de arte de hace años y me pregunto por qué la guardé: una adolescente se acerca al hueco que ha dejado otra, el efecto es misterioso y etéreo. La fotografía es premonitoria: la ausencia de la niña que no está ilumina su silueta a los ojos de la que se queda. El duelo enseña el fulgor de la piel que ya no podemos acariciar. Esa niña es Mar, la que quise hacer desaparecer, la que ya no está. Yo soy la que la deja escapar y extiende el brazo buscando su luz. Siempre tuvo una ligereza altiva. «Pero ¿por qué eres tan intensa?», me preguntaba cuando intentaba acercarme. Y era como si el amor fuera un trabajo.

—¿Qué quiere decir?

—Su nacimiento partió en dos mi niñez. Nació cuando aún no había cumplido ocho años y no pude aceptar que atrajera de repente la atención de toda la familia y me robara los privilegios de ser la pequeña. A los pocos meses de su llegada al mundo, fuimos a un colegio internas Ana y yo, lejos de casa. Fue un momento cruel

de mi infancia. De niña Mar tuvo pleuresía, era débil, delgadita, mala comedora. Se crio a base de bollos de mantequilla, golosinas y chocolate.

Años después, Mar tendría quince o dieciséis años cuando, una primavera, el envoltorio que cubría su belleza eclosionó llevándose su adolescencia ensimismada. Se convirtió en un proyecto de mujer decididamente guapa. Empezó a hacer de modelo de peluquería, pasó por extravagantes cambios de peinado con distinto color de pelo y recorrió toda la gama de pelirrojos hasta quedarse en un rubio platino. Recuerdo especialmente su *look* Cleopatra porque fue el primero. El pelo muy negro y el flequillo delineado resaltaban el gesto altivo de aquella carita redonda. Alguien la había parado por la calle al volver del colegio vestida de uniforme y le propuso un trabajo de fin de semana. Aceptó sin pedir permiso, enfrentándose a nuestro padre, que casi la echó de casa al verla con aquel peinado. Unos meses después se iría él: habían concedido el divorcio y nuestros padres se separaron. Con el pelo, llegaron otros cambios. Mar salía de casa con uniforme, pero escondía en la mochila ropa extravagante, hacía pira, se cambiaba en el baño de una cafetería de la esquina, y se quedaba en el parque donde conoció a un chico que resultó ser un camello. Ya no tenía que enfrentarse a nadie, nuestro padre no estaba y a mi madre le abrumaba el divorcio. Mar se mostraba independiente, arisca; empecé a llamarla «el gato» por su hierática y silenciosa elegancia.

Los últimos años manteníamos la rutina de comer juntas una vez al mes, tenía que perseguirla un poco para conseguirlo, pero no importaba, ya me había acostumbrado.

El virus que estremeció nuestras vidas con la pandemia nos mantuvo alejadas tres meses y cuando acabó el confinamiento me enteré de su ingreso en el hospital. Era el 2 de junio de 2020.

Aunque no estaba permitida la entrada a los familiares, fui al hospital esa misma noche. Mi hermana tenía el cuerpo lleno de moretones y una gran herida en la espalda que no concordaba con los síntomas del covid que aseguraba tener. Me quedé unas horas y se me ocurrió leerle notas para un artículo en voz alta intentando distraerla: «La cultura inspira para la vida, es un lugar beneficioso para el alma». ¿Quién habrá visto el alma?, ¡qué valor al soltarle mis rollos! Al día siguiente la trasladaron a una habitación de aislamiento. Vimos un programa de citas en la tele, *First Dates*. No lo conocía, ni siquiera tenía sintonizada esa cadena en mi receptor de televisión.

Días después me enseñó a reírme de aquel decorado *kitsch* de corazones rojos del programa, a entender el enganche que provocaba. «Yo lo veo muchas veces», dijo mirando su tablet a la vez. Vimos unas fotos de Sara Carbonero después del cáncer, sonreímos ante la maravillosa perspectiva. Por fin conocía el origen de la herida de la espalda, una punción medular, y su diagnóstico. Pero no quería compartirlo con nadie que no fuera su novio.

Una semana después estalló como un cataclismo en la pequeña habitación de aislamiento otra noticia: la muerte de Pau Donés tras luchar cinco años contra el cáncer. Nos miramos, Mar duraría veintiséis días, aunque entonces no lo sabíamos; era el decimosegundo día de su ingreso... El miedo aullaba entre nosotras por aquella habitación. Repitieron la muerte del cantante en todos los informativos. Luego llegó su amor, tan guapo, con aquellos ojos azul mar. La muerte estaba lejos.

Al día siguiente seguí buscando pelucas de pelo rubio para engatusar al dolor y burlar a la muerte. Pelo precioso, natural, para ella que siempre fue una belleza, le preocupaba dejar de ser bonita, como si eso fuera posible... Estuve veintitrés días de aquella agonía

llorando cuando me alejaba del hospital, pensando que en tres o cinco años me quedaría sin hermana. Pronto tuve un presagio de muerte, veía la vida descabalgarse de aquel precioso y querido cuerpo ante mis narices, de aquellos pies de niña que yo había visto nacer cuya belleza había perfeccionado el paso del tiempo. Creía saber lo que era una pérdida, pero la vida nos entrena sin tregua en el interminable arte de perder.

En la foto de su perfil Mar tiene una imagen tomada buceando con su novio de ojos azules, los dos tan guapos que duele mirarlos. Estaban aprendiendo submarinismo. Sus cabezas pegadas parecen agitarse en un líquido amniótico. Ella con su pelo largo y rubio flota como una ondina y las gafas de buceo enmarcan sus ojos de mirada expectante, rodeada de azul. La imagen irreal es como un anuncio. Más que prometer una escapada paradisiaca de la rutina, parece escapar de la realidad. Murió con aquella foto en el perfil.

Su novio *ertzaina* podría haber sido modelo. Cuando llegaba de trabajar o del gimnasio al hospital, atraía miradas con mascarilla de las mujeres que visitaban en el coronavirus a sus confinados seres queridos. Los ojos de mi hermana se iluminaban al verlo llegar y un brillo eléctrico invadía la habitación. Yo sabía que sobraba, mi misión era rellenar huecos.

Meses después vi en el cine el documental que Pau Donés grabó al final de su enfermedad. Escuché una canción de homenaje, *Grita*. Mar ya no estaba, aún sigo gritando su muerte. Sus gritos de bebé y mi aullido al perderla tantos años después se parecen.

Justo antes del confinamiento, de aquellos tres meses en los que hablábamos por teléfono sin poder vernos, nos encontramos en un bar cerca del parque. Yo elegí aquel sitio porque había una exposición. Mar era dorada y rubia como el lingote de oro que me entregó.

«Toma, de parte de la tía», me dijo dándome un paquete cerrado.

«Pero ¿esto qué es?», me asombré, al desenvolverlo.

«Nada, lo vendes si quieres, vale mucho.»

«Pero... ¿por qué me lo da?»

«Nos lo ha dado a todos los sobrinos.»

Ella, la niña dorada, los repartía: era la preferida. Yo llevaba casi un mes intentando quedar con mi hermana y apareció con su novio. Tenían prisa, Mar siempre tenía prisa... Quería saber si le gustaba un *collage* de la exposición en el que el rostro de Audrey Hepburn aparecía atravesado por un rayo, y se lo enseñé. Ella me trajo aquel sorprendente regalo y yo compré el cuadro. Después del confinamiento, el primer día, mi hermana fue al médico y la ingresaron ante el alarmante resultado de su analítica.

Una tarde de aquellos veintiséis días de hospital Mar me pidió que le comprara las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Me sorprendió, no era lectora. Había intentado iniciarla varias veces deslizando algún título ligero entre los regalos de cumpleaños sin éxito. Pero le había hablado de las *Meditaciones* su novio y eso era otra cosa. «Siempre tengo en mi mesilla ese libro, no necesito comprarlo.» Nunca sabré si leyó al emperador filósofo, qué páginas hojeó, dónde se detuvieron sus ojos llenos de inteligencia y orgullo, ¿tal vez en mis subrayados?: «Si no es bueno, no lo hagas. Si no es verdad, no lo digas. Tú mismo debes juzgarlo». La palabra «mismo» con una *a* sobre la *o* para recordarme hasta qué punto ese mensaje concierne a mi vida llena de equivocaciones. No he puesto una coma desde entonces por si descubro una línea señalada por mi hermana Mar.

—Así que a su hermana también le llevó libros.

—Sí, siempre los libros, no hacemos otra cosa en la vida que contarnos historias. Recuerdo que cada día al salir del hospital, en plena pandemia, los árboles habían florecido y el jardín cubierto de

terciopelo verde me saludaba. Me parecía extraño que el mundo siguiera siendo tan bello mientras mi hermana se moría. Yo le lloraba a Ana por teléfono que Mar se moría y ella me aseguraba que no; sus palabras me consolaban cada atardecer desde la distancia. Conocía a muchas personas que se habían curado de una leucemia; cada tarde me hablaba de un nuevo caso. Quería dejarme engañar por mi hermana mayor con aquellas historias, pero sabía que la nena se moría. Lo sabía.

—¿También supo que el escritor iba a morir los últimos días?

—No era difícil verlo, la muerte avisa a su manera, aunque intentaba convencerme de lo contrario; de cómo iba a ser la vida en Walden durante la convalecencia: lo cuidaría con toda mi alma. Imaginábamos cómo viviríamos para conseguir llegar hasta los cien años, lo habíamos planeado juntos: «Cuántas cosas vamos a hacer cuando salgamos de aquí, muchachita, vamos a hacer locuras». Esa frase se me ha quedado grabada. Los seres humanos siempre contándonos historias, proyectándonos hacia el futuro. El sueño de imaginarnos volver a empezar es tan real en cada instante que se parece a la vida. Pero solo somos ficciones.

Me acuerdo de cuando jugaba a comedias con Ana y nuestras primas en el cuarto de arriba. ¿Mar aún no existía, o estaba en casa de la abuela porque era un bebé? No estoy segura. Comedias, ¡qué comedia la vida!

En aquel cuarto de jugar, diáfano como un anfiteatro de la infancia, el tejado se asomaba al río por una ventanita triangular que parecía un sombrero. Ensayábamos la vida en el borde mismo del asombro. La algarabía de voces, los disfraces de hada, los cancanes

y tules... Todo quedaba allí varado cuando bajábamos a comer o estudiar y el día se volvía aburrido de repente, gris como el invierno y las obligaciones. El cono plateado y la varita mágica permanecían olvidados en el cuarto de arriba hasta que subiéramos de nuevo a jugar.

«Tú eres ahora una de las hermanastras y tú el príncipe.»

«Yo no quiero ser el príncipe, quiero ser el hada.»

«Pero yo también quiero ser el hada, lo he pedido antes.»

«¿Tú por qué te metes si estás muerta hasta que te bese el príncipe?»

«No vale, no juego.»

«¿Cómo vas a ser hada si solo hay una varita mágica?»

«Pues yo tampoco juego.»

La seriedad de las niñas al jugar, la música de la infancia alejándose del mundo mientras la luz eterna de mediodía derramaba polvo de estrellas sobre nuestras cabezas...

Epílogo

El secreto

> Puse sobre mi vida mis dos manos para ver si aún estaba.
>
> EMILY DICKINSON

Todos los muertos van en procesión hacia el abismo profundo y oscuro. Se abre en la ría un sendero por el que caminan con lentitud desmayada mientras la ciudad duerme. Yo recorro el paseo de Olabeaga sin gente. Por eso me gusta, es un paseo secreto. Procuro ir cada día a primera hora o al atardecer. A veces, como hoy, no tengo fuerzas para caminar, pero estoy con ellos, aunque no me haya levantado de la cama. No quiero abrir los ojos para evitar que las imágenes del sueño se pierdan. Contemplo la escena, casi puedo tocarlos con la yema de los dedos. Al intentar huir, una fuerza me arrastra y la caravana sombría me mira con sus ojos vacíos; veo los cuerpos tenues evaporados de la vida vagar en sentido contrario al de mis pasos.

Parecen estilizadas sombras de sí mismos mientras deslizan sus pies de musgo al borde de la orilla con la marea baja. Un árbol con ramas desnudas exhibe en mitad del cauce un tronco hueco tan consumido que parece la corteza de la soledad. La cabalgata camina hacia él, pero lo atraviesa sin tropezar y se acerca sin acabar de cruzarse conmigo. Son como personajes de El Greco. No están por orden de edad, tampoco la fecha de su muerte marca el lugar en la fila, el tiempo se queda quieto alrededor. Pero ¿qué hacen?, ¿adónde

van?, ¿por qué me llaman? En cierto modo son de agua disuelta, planos como figuras de una acuarela gigante. Quisiera decir todo lo que no supe decirles en vida. Una sed de eternidad anima su esencia; ahí van como un inventario de la muerte: mi amor primero, sus ojos me miran por un instante y es como si hubiera inventado la mirada; mi querida hermana, después; también mi madre que apenas sobrevivió un año a Mar, arrastrando sus pesares. Junto a ella, esa amiga a la que yo tanto quería y que tiene algo en la mano. No consigo ver qué es. Parece un bolígrafo..., ella también escribía, ¡qué bien escribía Teresa! No es un bolígrafo, no, está fumando. Intentó toda su vida dejar de fumar y ahora coge el cigarro como una prolongación de sus dedos larguísimos. ¡Qué ironía!

Los argumentos de la vida se disuelven aquí. Ya no serán, me digo sobresaltada mientras veo sus almas evanescentes vagar entre el aire y el sendero de agua.

El suicidio mata la muerte, te libra de su posibilidad para siempre cuando vas a su encuentro. ¿Cómo vivirán en ese lugar? ¿Qué harán cuando ya no los vea? Trato de rescatar el sueño que se ha escapado sin permiso; me quedo quieta intentándolo y cierro los ojos con fuerza. La cama es un útero, un lecho de muerte. Ellos han llegado sin convocarlos desde los márgenes de la conciencia, pero se han ido y no puedo hacerlos volver. Son una caravana de desaparecidos. Tengo una nebulosa etérea en la cabeza. Mar me dejó un poco de luz dorada. Era encantadora y difícil como antes lo fui yo. Su miraba altiva de infinita distancia y el relámpago de sus labios desdeñosos guardaban un frío misterio... Parecía la combinación perfecta destinada al amor.

Yo soñaba que caminaba desnuda por la calle, cuántas veces se repite ese sueño. ¿Desnuda o solo descalza?, no lo recuerdo. La niña de siete años que era entonces imaginaba ser mayor y salió de su

cuarto para colarse en aquella habitación prohibida una tarde de verano... El calor invadía pesado el dormitorio de persianas medio bajadas: la habitación de nuestros padres en la casa vacía. Mar estaba en la cuna, yo agarraba los barrotes metálicos y fríos, la miraba dormir observando su quietud en la penumbra, oía filtrarse su respiración entre las capas del aire. No podía salir a jugar, castigada no recuerdo por qué. Me acerqué a la cuna y le tapé la boca con mis dos manos. El joyero donde había unas tijeras largas y afiladas estaba en el fondo de la habitación. Yo quería que durmiera para siempre.

«¿Y tú qué haces aquí?», apareció la chica en la puerta. «¿Cuántas veces te tengo que repetir que no puedes entrar cuando tu hermana está sola en la cuna?»

Mar lloraba con aullidos de gato bajo aquella cúpula metálica que un velo de plumeti envolvía para blanquear el dolor. La muchacha la sacó de allí y abrazó con dulzura su cuerpecito enano, sus sordos lamentos. «Pero ¿qué le has hecho a tu hermana?», gritó exasperada.

Aún recuerdo la penumbra candorosa de aquel abrazo y los pies del bebé colgando idénticos a los de mi muñeca Solete, que solo lloraba cuando le ponía las pilas y siempre estaba sin ellas, con el hueco desangelado a la espalda... «Sí, ahora hazte la muda otra vez», dijo la chica envolviendo aquellos piececitos en el mantón de angora.

No entendía qué hacía aquel bebé con cara de manzana rosada en la habitación de mis padres. La miraba como un enigma: todos decían que era preciosa, pero yo veía bien el bulto rojo, encogido y cubierto de pelo... ¡Era fea! Toda la casa estaba en silencio en el calor del verano y parecía como si la culpable del silencio fuera yo. La muchacha me miraba desafiante.

«Perdóname, Mar. Te llevaré a jugar con las palabras como cuando te convertiste en una mujer preciosa y categórica», y las palabras «siempre» y «nunca» salían altivas de tu boca: «Pero ¿por qué quieres hablar siempre del pasado?», preguntabas cuando intentaba invadir tu pensamiento, donde no me dejabas entrar; entonces aún creía que unir los recuerdos me ayudaría a comprender.

Soy aquella niña que no quería hablar. El atardecer derrama su penumbra sobre todas las horas de la infancia. Pienso en aquella tarde sepultada en el bisbiseo de los secretos mientras me pregunto: ¿qué hice exactamente?, ¿cómo te hice daño, chiquitina? La verdad huidiza se ha perdido en la memoria de los muertos.

Pocos meses después de tu desaparición murió también nuestra madre, que nunca se acordaba de nada. No llegó a sobrevivirte un año. Para ella la conspiración de nuestra niñez no existió porque ella misma era la infancia. La visité en la residencia días antes y, no sé por qué, le llevé un libro antiguo de fotos del valle de Arratia, un libro del fotógrafo artista de su pueblo, Felipe Manterola. Estuvimos en un patio entre parterres con flores, yo con mi impermeable azul Klein, ella con un anorak azul oscuro. Era mayo y la primavera insolente adorna las últimas fotos que nos hicimos juntas con un marco azul de cinerarias.

Mi madre hablaba con medias palabras, ya no quería decir nada. Yo cogía su mano y le ayudaba a pasar páginas, quería distraerla. Le enseñé una imagen del libro donde aparecía su hermano mayor en la escuela. Sostenía una liebre cogiéndola de las orejas, debía de ser una clase de Ciencias Naturales. Intentaba que me contara algo de su infancia; pero mi madre que nunca estuvo, que siempre se estaba

yendo, ni se acordaba. Ella, que había pronunciado tantas palabras que luego no se podían borrar, ya no decía una sola palabra. Le pedí que eligiera una foto de aquel libro maravilloso de imágenes de la Euskadi de principios del siglo xx. ¿Cuál le gustaba más? Al observar alguna, se le aceleraba el pulso y apretaba mi mano como si me hablara, igual que una niña. Inesperadamente, señaló la foto de una anciana vestida de negro de pies a cabeza cubierta con un pañuelo. Pero, he ahí el milagro, sostenía dos bebés con faldones de impoluto blanco y gorritos iguales. Parecían muñecas. ¿Quiénes eran? La mujer de negro las cogía orgullosa, una en cada brazo, como dos trofeos. ¿Eran sus nietas o solo posaban para el retrato? A mi madre siempre le gustaron las muñecas. Yo le cogía de la mano.

Horas antes de su muerte también cogí su mano. Era de madrugada y estábamos solas las dos en aquella habitación de hospital. El desenlace estaba próximo, pero quizás se podía alargar por lo que nos había explicado el equipo médico. Mi hermana mayor y mi hermano se habían ido a dormir a Bermeo y San Sebastián, yo me quedaba en Bilbao. La mano de mi madre apretaba la mía como si la corriente de la vida se tensara antes de dimitir. A veces, la morfina relajaba su ansiedad y se adormecía; pero, si se despertaba, volvía a apretar mis cuatro dedos y yo, con el pulgar, acariciaba su mano por fuera hasta que volvía a calmarse. Desde aquella mano casi fría me llegó el pulso último de un amor que hasta entonces nunca había sentido y tanto había echado de menos. Al final, más fuerte, más fuerte, hasta que pensé: «Ya está, ya ha sucedido».

Llamé al médico, eran las tres de la madrugada. Llegó con siete palabras misteriosas: «Ya tengo mi raíz bajo la tierra», que vislumbré una a una cuando aquel médico pelirrojo entró a la habitación: las trajo el silencio profundo de la muerte. No era capaz de recordar de quién eran ni cómo habían llegado hasta mí. Mi

madre muerta y yo preocupada por las palabras. Días después las descubrí en un poema de Ángela Figuera. La poeta que nació en la calle Espartero —donde también vivió nuestra madre tantos años y esa reunión imposible de personas que ha sido mi familia— me susurró ese verso desde el inconsciente, donde lo guardaba sin saberlo.

Mi madre, que podía dirigir ella sola un congreso sobre la tristeza, se sumergía en las sombras para siempre y me dejaba con un temor de luz apagada. Gracias a ella pertenezco al linaje de los extraviados, de los infelices. «Sí, me quedaré así unos minutos, a oscuras», le expliqué a aquel médico pelirrojo, «antes de llamar a nadie.»

Un mes después de la muerte de mi madre decidí firmar con mi segundo apellido, ese que me ha dado problemas desde el colegio, compuesto y complicado. En Madrid, cuando estaba interna, no lo entendían ni sabían escribirlo. Yo tampoco sé escribir... mi sueño de niña, mi sueño de siempre. Un veneno que no sé quién me ha inoculado y a veces es un antídoto contra la tristeza; pero, a menudo, abraza la melancolía. Me levantaré de la cama a intentarlo una vez más.

Los buenos escritores como mi amor no mueren nunca. No, ellos no mueren. Las damiselas lo recuerdan y aún son jóvenes, tal vez el arte de alguna sobreviva. Él era de una estirpe diferente, no se parecía a ningún hombre y, como una bella constelación, las damiselas orbitan alrededor. Me gustaría flotar en ese polvo de estrellas.

Poema para después

Y parecía llevar a cada paso
la meta de su viaje en la mandíbula.

CHANTAL MAILLARD

¿Dónde estabas tan lejos, amor mío?
¿Por qué has tardado tanto
y, ahora, ya nunca estás?
He recorrido la vida entera esperándote.

¿Cómo me enseñarás la muerte
ahora que empieza a ser tarde para casi todo?
¿Detrás de qué futuro guardaré el porvenir
que solo a ti te pertenece?
¿Quién me enseñará la risa
para huir de la obstinada tristeza?

Dame tu mano fuerte,
enséñame tu soledad altiva
con la luz apagada.
Deja que el dios silencio
me susurre que el campo no es un país extranjero
cuando no estés en él.

Conjúgame al oído cada tiempo verbal

del futuro no ser.
Dame solo un aliento de tu cuerpo adolescente
e intacto como el mármol,
viejo airado que aún
no me has enseñado la soledad.

Sin ti, sola sin ti
y con el mundo vacío alrededor.
¿De quién seré la muchachita?
¿Qué Cantar de los Cantares
leeré a los oídos de un dios imposible
que ya no escuchará mis lecturas?

Cuando tú te hayas ido,
cuando por fin te hayan escuchado
en el País que tan privilegiadamente
has comprendido.

Cuando los niños se llamen Roque,
cuando tú ya no estés...
¿Qué haré entonces
con la liviana servidumbre de adorarte?

(Leído el 31 de octubre de 2014 en el primer acto público
en memoria de Ramiro Pinilla, en Villamonte, Getxo.)

Agradecimientos

A José Javier Rapha Bilbao por tantas conversaciones entre 2015 y 2019, fue consolador recordar a su lado historias y anécdotas de los años en los que aún no conocía a Ramiro ni a él, cuando ambos eran amigos. «Para Ramiro tres eran multitud», me contó una de aquellas tardes.

A Andrea Alfaro de Julián, por su amistad valiente y por ser la primera lectora de este libro. A Alberto López Basaguren, generoso lector.

A Víctor Abad e Ibone Herrero, los mejores amigos de Ramiro, por regalarme su comprensión mientras fui su pareja y acoger mi duelo de después.

A Mónica Crespo y Clara Fraile por estar siempre. Y a quienes, como ellas, aportan e inspiran de diferente forma algún capítulo de este libro. He rellenado huecos e imaginado mucho para crear los perfiles de «Las damiselas» que retratan a Ramiro Pinilla. Pero la relación que mantuvo con sus amigas solo a ellas les pertenece. Me he servido de la imaginación para recrear misteriosos hechos reales enigmáticos para mí. Solo he sido rigurosa al preservar el afecto que se profesaban, lo contrario hubiera sido imperdonable. Gracias a: Begoña Ausin, Teresa Aranguren, Marta Barrón, Marga Bravo, Malena Carreras, Marian Gerrikabeitia, Jimena Larroque, Lucía Martínez Odriozola *(in memoriam),* Ane Ontoso, Rosa Rubio, Estibaliz San Sebastián, Gloria Soriano, Itziar (Gallahad), Arantza Yurre, Eva Zubero y Paula Zumalacarregui.

A mis dos hermanos, Ana y Patxi, por seguir existiendo.

A Ricardo Arana, Juan Luis Ibarra, Julián Méndez, Rosa Olivares, Marta de la Rica, M.ª Eugenia Salaverri, Carmen Torres Ripa e Ibon Zubiaur, les agradezco su aportación imprescindible a anécdotas de este libro.

A Itziar Mínguez Arnaiz, por el poema «Pretérito imperfecto» de su libro *Que viene el lobo* (Ed. Sistolá, Sevilla, 2016) reproducido en la página 189.

A Txani Rodríguez y los alumnos de la asociación literaria Alea por ayudarme con la escucha y observaciones de la primera versión de esta novela.

A veces siento que, entre cumpleaños y fechas de fallecimiento, la caravana de muertos que arrastro llena demasiados aniversarios en mi calendario: Ramiro, Mar, *amatxu,* mi amiga Teresa, el más pequeño de mis primos, que se suicidó; las dos mayores, que han muerto demasiado jóvenes, la única tía que sobrevivía a punto de ser centenaria y murió en noviembre, el escritor José Javier Rapha Bilbao... Los muertos nada reclaman, así que poco tendrán que decir.

Este libro habla de mí, exorciza fantasmas de mi propia vida y expurga diarios inconexos. Pasé de no querer superar el dolor por la muerte del escritor a recrearme en la tristeza y, finalmente, tras explorar mis cuadernos y aceptar los celos y la envidia que había sentido, a escribir e imaginar sus relaciones con otras mujeres antes de conocernos. La estructura ha sido difícil, como un rompecabezas hasta el final; favorece una lectura a capas o dos itinerarios: el de los diarios y el de las entrevistas. Pero *Las damiselas y el escritor* recrea sobre todo la vida del escritor Ramiro Pinilla y habla de sus amigas, a las que pido perdón si en algo las he molestado. En esta

novela he transferido recuerdos que no me pertenecen, escenas evocadas por otros. Y eso siempre es un riesgo, una osadía. Además, me he atrevido a que la imaginación fusione anécdotas de diferentes personas para trasladarlas a los personajes entrevistados —algunas entrevistas son ciertas y otras falsas, todas están noveladas—, como fórmula de acercamiento para explorar a un ser humano. He intentado plasmar la marca indeleble que algunos seres dejan en nosotros: cuántas veces se está muriendo en mí el escritor sin acabar de morirse del todo hasta que muera yo también.

Solo tengo una disculpa: escribir este libro me ha permitido aferrarme a la vida, resistir para seguir viviendo. Por eso mi agradecimiento a las personas reales que nombro y me han ayudado en este propósito quisiera ser eterno.

Bilbao, julio de 2025

Las damiselas y el escritor
María Bengoa

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Ilustración de la cubierta: © Diego Mallo

© María Bengoa Lapatza-Gortazar, 2025

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-1107-702-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

- Portadilla
- Dedicatoria
- Cita
- Un encargo Noviembre de 2023
- Primera parte. Mayusculitis(1970-1990)
  - Bailarina
  - Amor platónico
  - Madera
  - Actriz
  - Cabezas
  - Gatitos
  - Huelguista
- Segunda parte. Verbos irregulares(1980-2012)
  - Cuaderno naranja Junio de 2003-Navidad de 2004
  - Periodistas
  - Suicida
  - Concursante
  - Premio
- Tercera parte. Apoyo logístico(2012-2020)
  - Cuaderno verde 2005-2008
  - Guía
  - Hostelera
  - Secretaria
  - Limpiadora
- Cuarta parte. Geografía o historia(2014-2024)
  - Penúltima conversación con el biógrafo Febrero de 2024
  - Cuaderno de la muerte 2017-2024
  - Última conversación con el biógrafo Abril de 2024
  - Radióloga
  - Matemática
  - La última damisela
- Epílogo

El secreto
Poema para después
Agradecimientos
Créditos